

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

FACULTAD DE TEOLOGÍA

Gonzalo RUIPÉREZ ARANDA

**EL VALOR DEL TESTIMONIO DE LOS SANTOS
EN EL HORIZONTE DEL PENSAMIENTO
CONTEMPORÁNEO A PÍO XI**

Extracto de la Tesis Doctoral presentada en la
Facultad de Teología de la Universidad de Navarra

PAMPLONA

2008

Ad normam Statutorum Facultatis Theologiae Universitatis Navarrensis,
perlegimus et adprobavimus

Pampilonae, die 24 mensis octobris anni 2007

Dr. Augustus SARMIENTO

Dr. Henricus DE LA LAMA

Coram tribunali, die 16 mensis februarii anni 2007, hanc
dissertationem ad Lauream Candidatus palam defendit

Secretarius Facultatis
Sr. D. Eduardus FLANDES

Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia

Vol. LII, n. 1

PRESENTACIÓN

El 11 de febrero de 1923, Pío XI, apenas transcurrido un año del inicio de su pontificado, afirmaba tras la aprobación del decreto acerca de los milagros en la Causa de beatificación de la aún Venerable Teresa de Lisieux:

«¿Qué nos quiere decir Dios con esta variedad de obras? ¿Qué nos quiere decir Sor Teresa constituida como palabra de Dios? Porque ésta es la característica de Dios: hablar con las obras y sus obras hablan, enseñan» [DPXI, I, 91].

Teresa de Lisieux, aquella a la que el mismo Pío XI denominara «la estrella de su pontificado», constituida como palabra de Dios. La novedad y el valor de tal afirmación serán recordados explícitamente por pensadores como Von Balthasar e Yves Congar y retomada por el Papa Juan Pablo II en la Carta Apostólica que proclama a Santa Teresa del Niño Jesús como Doctora de la Iglesia Universal.

Ciertamente, si bien la conjunción armónica de verdades que se encuentra en tal afirmación ha pasado inadvertida durante siglos por gran parte del pensamiento teológico, siempre ha estado presente en la Iglesia aquella corriente de sabiduría cristiana que la proclamaba con su vida y con su enseñanza. De igual modo, nunca faltaron en la historia de la humanidad hombres y mujeres que, siguiendo el dictamen de su conciencia y en la búsqueda de la verdad, atisbaron algunos aspectos de la misma.

Es precisamente la pregunta acerca del porqué de la novedad y del valor de tal afirmación de Pío XI la que nos guía hacia aquel marco excepcional que supuso el horizonte del pensamiento humano y cristiano en las primeras décadas del siglo XX para un reconocimiento del testimonio de los Santos como palabra de Dios, como fuente primordial y formativa en el conocimiento moral.

Nuestra presentación en este extracto será desglosada en dos apartados: en primer lugar, indicaremos las razones que nos han llevado a realizar el trabajo que ahora se publica; en segundo lugar, señalaremos el método desarrollado en el proceso de la investigación.

LA ELECCIÓN DEL TEMA PRINCIPAL DE NUESTRO ESTUDIO: MOTIVOS Y RAZONES QUE LA FUNDAMENTAN

El principal motivo que nos llevó a la elección del tema de nuestro estudio y que nos ha orientado desde el origen de nuestra investigación fue el imperioso testimonio de dos verdades arraigadas profundamente en mí por la experiencia, por la razón discursiva y por el don e inteligencia de la fe cristiana.

La primera verdad, verdad de orden filosófico, señala aquella íntima unidad que toda verdad posee con la belleza y con la bondad en el conocimiento de toda realidad y, por tanto, aquel principio de unidad al que está llamada toda persona humana ¿Cuántas veces me habré repetido ante la ausencia de tal integración que si la verdad no es bella, o no es buena, no es verdad? ¿Cuántas veces he quedado asombrado y profundamente interpelado al contemplar la realización de tal unidad en la vida y enseñanzas de multitud de testigos que han pasado por mi vida?

La segunda verdad que originó nuestro estudio, verdad de carácter teológico, es la afirmación conciliar de que «sólo en el misterio del Verbo Encarnado se esclarece el misterio del hombre» [LG, 1].

Desde el inicio de nuestra investigación percibimos que ambos principios, en razón de aquella unidad propia de toda verdad, se encuentran íntimamente ligados en la realidad del testimonio cristiano. El misterio del Verbo Encarnado resplandece y se hace visible en aquellos que, habiendo sido configurados con Él por gracia del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, son, por ello, constituidos en testigos suyos. Ellos «no son la luz, sino testigos de la Luz», testigos del «Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros» [cfr. Jn 1, 8. 14].

El hecho de que nuestro trabajo brotara como un imperioso testimonio se debe también a que éste nace como una deuda de justicia y de gratitud, pues la verdad que en él se busca mostrar nos fue dada previamente bajo la forma de testimonio cristiano.

No es el momento ahora de señalar todos y cada uno de los testimonios que nos han mostrado en belleza y bondad el camino de la verdad, si bien consideramos oportuno indicar al menos alguno:

- La incesante búsqueda de la unidad del saber, y más concretamente del saber teológico, realizada por parte de muchos Santos, filósofos y teólogos en la segunda mitad del siglo XX e inicios del tercer milenio.
- El magisterio de Pablo VI. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, el célebre pasaje de la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, en el que el Pontífice observa que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros o si escucha a los maestros es porque son testigos»? [n. 41].
- La doctrina del Papa Juan Pablo II quien, en la glorificación eclesial de tantos hombres y mujeres, confirmó la verdad ya enunciada en su primera encíclica, *Redemptor hominis* publicada en el año 1978: «El hombre es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención» [n. 14]. Años más tarde, el 6 de febrero de 1992, él mismo afirmaría que «sin el testimonio continuo de la santidad, la misma doctrina religiosa y moral predicada por la Iglesia arriesgaría de ser confundida con una ideología puramente humana» [IGPII, XIV/1 (1992), 304-305].
- Y recientemente el magisterio de Benedicto XVI, quien ya en su primera encíclica señalara que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». Es Dios mismo «quien siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja», a través de los Santos, «los verdaderos portadores de luz en la historia» [Litt. Enc. *Deus Caritas est*, n. 1. 17. 40]. De este modo confirma el Santo Padre lo afirmado por el todavía Cardenal Ratzinger en su libro *Caminos de Jesucristo*, publicado en el año 2003: «Con frecuencia he afirmado mi convicción de que la verdadera apología del cristianismo, la demostración más convincente de su verdad contra todo lo que lo niega, la constituyen, por un lado, los Santos y, por otro, la belleza que la fe ha generado. Para que hoy la fe se pueda extender, tenemos que conducirnos a nosotros mismos y guiar a las personas con las que nos encontramos al encuentro con los Santos y a entrar en contacto con lo bello» [RATZINGER, J., *Caminos de Jesucristo*, Cristiandad, Madrid 2004 [2003], 39].

Todos ellos nos han animado a profundizar en el valor del testimonio cristiano, cuestión que, si bien supuesta en la ciencia teológi-

ca, no hemos encontrado suficientemente desarrollada en una buena parte de la enseñanza teológica, incluso en aquella más reciente. Prueba de ello es el silencio que se encuentra en muchos *Diccionarios de teología moral* o de *Ética teológica* de las voces: «mártir» y «martirio», «testigo» y «testimonio», «santo» y «santidad», «perfección», «imitación» y «seguimiento».

Ahora bien, si era conveniente, oportuno y necesario mostrar adecuadamente el valor del testimonio cristiano, ¿qué mejor testimonio podríamos elegir que el de los Santos, hombres y mujeres que, habiendo respondido con fidelidad al don divino de la gracia, Dios ha admitido en su gloria y ha elegido para que fueran señalados por la Iglesia como canon de testimonio cristiano?

Al señalar en los Santos glorificados por la Iglesia el canon del testimonio cristiano, la cuestión de nuestro trabajo se veía precisada. Sin embargo, la multitud de cuestiones históricas, filosóficas, jurídicas y teológicas ligadas a la cuestión de los Santos nos podía llevar a una posible dispersión en la investigación.

Era necesario encontrar una época, un autor, una corriente de pensamiento que desde su reflexión nos guiara e iluminara con autoridad y luz propia desde aquella distancia y cercanía pedagógicas necesarias en la transmisión y recepción de todo saber humano. La elección a favor del pontificado de Pío XI cumplía todas y cada una de las condiciones referidas, como así era atestiguado por el mismo Juan Pablo II: «los diecisiete años del pontificado de Pío XI han entrado en la historia, una historia tejida de acontecimientos cuyo peso continúa afectando a la vida de las naciones de hoy» [JUAN PABLO II, Discurso a los participantes en el Congreso internacional e interdisciplinar acerca del Papa Achille Ratti. *La figura y la obra del Sumo Pontífice Pío XI*, ORE, 2 abril 1989, 10].

A ello se añadía la novedad que suponía en la reflexión teológica un estudio al respecto. La figura del Papa Ratti, su magisterio y su época histórica han sido objeto de numerosas publicaciones, animadas recientemente por la apertura, el 18 de septiembre de 2006, del Archivo Secreto Vaticano correspondiente al pontificado de Pío XI. Ahora bien, en nuestra investigación no hemos encontrado en tal literatura, realizada a menudo a partir de unas preguntas, e incluso de prejuicios, de carácter sociopolítico, una reflexión profunda y serena acerca de la importancia que Pío XI y el pensamiento de la época conceden al valor del testimonio de los Santos.

Pronto nos dimos cuenta que era necesario realizar una investigación que abarcara y profundizara cuatro temáticas, reflejadas poste-

riormente en cuatro estudios: la atención al testimonio de los Santos a la luz del magisterio global de Pío XI; el pensamiento contemporáneo al respecto; un análisis de los textos más significativos del Papa relativos al tema elegido; y una consideración tanto de las fuentes magisteriales de Pío XI como de la amplia bibliografía concerniente a los temas tratados. Presentamos ahora el extracto del segundo de aquellos estudios, si bien esperamos que un día la investigación realizada pueda ver la luz en su armónica integridad.

EL MÉTODO DESARROLLADO EN EL PROCESO DEL TRABAJO

Una vez delimitada la cuestión a estudiar, surgía la pregunta acerca del camino a seguir para ahondar en la misma y, posteriormente, expresarla de un modo adecuado.

Apenas iniciada nuestra búsqueda, la multitud de cuestiones que iban apareciendo nos exigió desde el principio un primer criterio metodológico: una perspectiva interdisciplinar a través de la cual se buscara la unidad del saber desde sus mismos planteamientos metodológicos. Por ello, no sólo se trataba de una complementariedad e interrelación de la multiforme riqueza de las distintas ciencias del saber humanístico, sino también de aquella consideración de la relación intrínseca entre conocimiento y vida, entre verdad y existencia, entre teología y santidad.

Hemos buscado reflexionar acerca de aquellas aportaciones más representativas, directas o indirectas, realizadas por los autores contemporáneos de Pío XI. Ciertamente, algunas de estas propuestas no fueron, a menudo, sino una desmitificación e, incluso, una negación de la categoría del testimonio cristiano entre las cuestiones filosóficas o teológicas. Pero, sin lugar a dudas, tales posturas contribuyeron a una mayor profundidad y claridad argumentativas en el discurso acerca de tal categoría.

Esto conllevaba un estudio histórico descriptivo, a veces más analítico, otras más sintético, en el que cada autor fuera considerado en las coordenadas del horizonte de pensamiento entonces contemporáneo, si bien ayudados del conocimiento que acerca de ellas se tiene hoy en día.

De igual modo tal estudio histórico requería un acercamiento no sólo a aquellos pensadores considerados como los grandes de la época, sino también a aquellos otros que, aun no siendo considerados

como tales, o que, incluso, fueran anteriores a tal época, pudieran ofrecer una luz al respecto.

En este sentido, una de las mayores aportaciones que se hicieron por entonces a la ciencia humanística fue el retorno a las fuentes de los grandes autores de la historia del pensamiento y el estudio de su contexto histórico.

ÍNDICE DE LA TESIS

SIGLAS Y ABREVIATURAS	19
INTRODUCCIÓN	37

1

EL VALOR DEL TESTIMONIO EN EL MARCO DE LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA DE PÍO XI: ALGUNAS APORTACIONES

1.1. ALGUNAS CORRIENTES FILOSÓFICAS CONTEMPORÁNEAS	77
1.1.1. El neotomismo	87
1.1.2. La escuela agustiniana	98
1.1.3. La fenomenología	100
1.1.4. El movimiento existencialista	103
1.1.5. El humanismo cristiano	124
1.2. LAS FUENTES DEL CONOCIMIENTO MORAL Y DEL ACCESO COGNOS- CITIVO A LA VERDAD	128
1.2.1. El planteamiento filosófico del concepto de testimonio en la época	135
1.2.2. La relación entre moral y religión en el pensamiento filosó- fico de la época	141
1.2.3. La apertura filosófica al valor del testimonio	157

2

EL SABER TEOLÓGICO CONTEMPORÁNEO DE PÍO XI: PERSPECTIVA GENERAL

2.1. EL SABER TEOLÓGICO A COMIENZOS DEL SIGLO XX	231
2.1.1. La búsqueda de «los lugares teológicos» a comienzos del siglo XX	235
2.1.2. El testimonio de los Santos en el saber teológico	253
2.1.3. La cuestión de la historicidad en el saber teológico a co- mienzos del siglo XX	315

2.1.4. Hacia una renovación en la teología de la fe	340
2.1.5. La recuperación de la noción de experiencia: el camino para la unidad del saber teológico	365
2.2. ALGUNAS CORRIENTES DE RENOVACIÓN TEOLÓGICA	406
2.2.1. Un incipiente movimiento bíblico y ecuménico	426
2.2.2. La recuperación del estudio de los textos patrísticos	435
2.2.3. Signos de renovación teológica en la Iglesia ortodoxa	438
2.2.4. La reflexión acerca de la persona, el mensaje y la misión de Jesucristo	446
2.2.5. La cuestión acerca de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo ...	445
2.2.6. La atención al ser y a la misión de los laicos en la Iglesia	474

3

APROXIMACIÓN A LA TEOLOGÍA MORAL Y A LA TEOLOGÍA ESPIRITUAL DE LA ÉPOCA DE PÍO XI

3.1. HITOS HISTÓRICOS EN LA TEOLOGÍA MORAL DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX	480
3.1.1. La obra de San Alfonso María de Liguori [1696-1787] ...	480
3.1.2. La Escuela de Tubinga	484
3.1.3. La renovación del pensamiento tomista. La encíclica <i>Aeter- ni Patris</i>	486
3.2. NATURALEZA E INTERRELACIÓN DE LA TEOLOGÍA MORAL Y DE LA TEOLOGÍA ESPIRITUAL	489
3.3. ANOTACIONES ACERCA DEL CONTEXTO CULTURAL DE LA ÉPOCA ...	496
3.3.1. La crítica del pensamiento moderno y el progresivo desa- rrollo científico	496
3.3.2. El desarrollo y la crítica del pensamiento teológico protes- tante	501
3.3.3. La elección entre humanitarismo y cristianismo	502
3.3.4. Estado de los manuales de moral	506
3.3.5. La fragmentación del saber teológico	507
3.3.6. La afirmación de una moral negativa	511
3.3.7. La ruptura en la relación razón y fe, naturaleza y gracia ...	512
3.3.8. La vitalidad de la doctrina de la Iglesia y del testimonio cristiano	514
3.4. MOTIVOS PARA UNA RENOVACIÓN	515
3.4.1. El estudio de la historia del pensamiento teológico	516
3.4.2. El replanteamiento de las condiciones objetivas y subjetivas de la moral católica	520
3.5. ALGUNAS CUESTIONES PLANTEADAS EN LA REFLEXIÓN MORAL	550
3.5.1. Cristo y la Iglesia en la reflexión moral y espiritual	550
3.5.2. Algunos temas de moral aplicada	586

3.6. ALGUNAS CUESTIONES PLANTEADAS EN LA TEOLOGÍA ESPIRITUAL ...	592
3.6.1. La ascética y la mística en el único camino de la perfección cristiana	603
3.6.2. Una espiritualidad teológica	617
3.6.3. Una espiritualidad de acción y de unidad de vida cristiana ...	620
3.6.4. Una espiritualidad para los diversos estados y circunstancias de la vida ordinaria	622

4

LA PERFECCIÓN MORAL Y LA SANTIDAD CRISTIANA
EN LA LITERATURA CRISTIANA CONTEMPORÁNEA
DE PÍO XI: UNA PANORÁMICA

4.1. LA PERFECCIÓN MORAL Y LA PERFECCIÓN CRISTIANA	637
4.1.1. El deseo de la perfección en el hombre	638
4.1.2. El héroe y el sabio, modelos en la búsqueda de la perfección moral	643
4.1.3. La novedad de la Revelación cristiana	666
4.1.4. La unidad entre acción y contemplación en el Santo cristiano	676
4.2. LA NATURALEZA DE LA PERFECCIÓN Y DE LA SANTIDAD CRISTIANA ...	693
4.2.1. Algunas concepciones falsas e incompletas de la perfección en la vida cristiana	697
4.2.2. La naturaleza de la perfección cristiana	713
4.2.3. El camino de la perfección cristiana	729
4.2.4. La diversidad y el crecimiento de la perfección cristiana en la realización de la única santidad	747
4.2.5. La llamada universal a la santidad	758

5

SIGNOS DE RENOVACIÓN EN LA PEDAGOGÍA MORAL
Y EN LA ESTÉTICA CONTEMPORÁNEAS DE PÍO XI

5.1. NUEVOS PLANTEAMIENTOS EN LA PEDAGOGÍA MORAL	774
5.1.1. Algunos puntos débiles detectados en la educación moral cristiana	776
5.1.2. El surgir de tendencias pedagógicas ligadas a nuevas ideologías filosóficas	782
5.1.3. El debate acerca de la religión y de la moral en la pedagogía ...	790
5.1.4. La afirmación de la excelencia de la pedagogía moral cristiana	793

5.2. BÚSQUEDA DE NUEVAS FUENTES DE INSPIRACIÓN Y DE NUEVOS CAUCES Y MODOS DE EXPRESIÓN	796
5.2.1. La memoria histórica como fuente de conocimiento y recurso pedagógico	799
5.2.2. La novela y la poesía en la búsqueda de la realidad	800
5.2.3. La virtud educadora de la liturgia cristiana	803
5.2.4. El arte, testimonio de la fragmentación o de la unidad en el hombre	805
5.3. LA CUESTIÓN DE LA BELLEZA COMO FUENTE Y EXPRESIÓN DEL CONOCIMIENTO MORAL	805
5.3.1. La admiración como percepción de la belleza	809
5.3.2. Apuntes históricos acerca de la cuestión de la belleza en la ética y en la teología	811
5.3.3. La cuestión de la belleza en la literatura cristiana de la época	848

6

LA UNIÓN ENTRE VERDAD, BIEN Y BELLEZA: EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS

6.1. EL TESTIMONIO CRISTIANO	890
6.1.1. El testimonio cristiano, don divino	892
6.1.2. El testimonio cristiano, acción divina y humana	896
6.2. EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS	905
6.2.1. La continua presencia de los Santos	905
6.2.2. Identidad del Santo cristiano	919
6.2.3. La misión de los Santos	927
6.3. EL CRISTIANO ANTE EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS	943
6.3.1. El culto debido a los Santos	945
6.3.2. La imitación en el culto a los Santos en la Tradición de la Iglesia	948
6.3.3. La naturaleza de la imitación cristiana en cierta literatura de la época	964
6.4. LA CIENCIA HAGIOGRÁFICA Y LA LITERATURA HAGIOGRÁFICA A COMIENZOS DEL SIGLO XX	984
6.4.1. Los Bolandistas y la obra de Hipólito Delehaye [1859-1941]	985
6.4.2. Los diccionarios hagiográficos	988
6.4.3. La santidad propuesta en la literatura hagiográfica de la época	990

CONCLUSIONES	
--------------------	--

BIBLIOGRAFÍA	1063
Bibliografía contemporánea de Pío XI	1063
Bibliografía posterior a Pío XI	1105

BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS

ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS DE PÍO XI ACERCA DEL AMBIENTE CULTURAL, FILOSÓFICO Y TEOLÓGICO EN LA ÉPOCA

Libros

- AMOR RUBIAL, A., *Los problemas fundamentales de la filosofía y del dogma*, 7 vols., Seminario Conciliar, Santiago 1933 [recensión: STer, XXIII (1934) 756-758].
- ANDREAS, A., *Le Christ et le monde moderne*, Lethielleux, Paris 1935.
- BRÉHIER, E., *Les thèmes actuels de la philosophie*, Paris 1936.
- BREMOND, H., *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis la fin des guerres de religion*, 11 vols., Bloud, Paris 1915-1922 [véase el t. VIII: *La Métaphysique des Saints*].
- BRUNNER, A., *Ideario filosófico. El hombre de hoy ante los problemas fundamentales de la filosofía*, FAX, Madrid 1936.
- CERIANI, G., *Il clima filosofico del Novecento*, Milano 1938.
- CERIANI, G., *Orientamenti teologici del Novecento*, Vita e Pensiero, Milano 1938 [recensión: SCt, LXVII (1939) 740-741].
- COUBÉ, S., *Sainte Thérèse de l'Enfant Jésus et les crises du temps présents*, Flammarion, Paris 1936.
- DE SOLAGES, *Le problème de l'apostolat dans le monde moderne*, Spes, Paris 1934.
- DIEBOLT, J., *La théologie morale catholique en Allemagne au temps du Philosphisme et de la Restauration, 1750-1850*, Strasbourg 1926 [recensión: RevSR, VIII (1928) 476-478].
- GAUTHIER, J., PSS., *L'esprit de l'École française de spiritualité*, Bloud, Paris 1937.
- GUITTON, J., *La pensée moderne et le catholicisme*, 9 vols, 1936-1947.
- JOLIVET, R., *Études sur le problème de Dieu dans la philosophie contemporaine*, Vitte, Lyon/Paris 1932.
- LAVAUD, M.B., OP., *La mystique dans le mouvement catholique contemporaine. Renaissance et État présent des études mystiques*, Lieja 1931-1932.

- *Le monde moderne et le mariage chrétien*, 3 vols., Colección Moralia, Desclée, Paris 1935 [recensión: LVS, XXX (1935) 76-77].
- MAGNIN, E., *Un demi-siècle de pensée catholique*, Bloud, Paris 1937.
- NÉDONCELLE, M., *La philosophie religieuse en Grande-Bretagne, de 1850 à nos jours*, Bloud, Paris 1934.
- PLÁ Y DENIEL, E., *Los delitos del pensamiento y los falsos ídolos intelectuales*. Carta Pastoral, Calatrava, Salamanca 1938 [recensión: LVS, XXXV (1938) 78-79].
- TOTH, T., *Le Christ et les problèmes de notre temps*, Salvator, Tournai 1933.
- VERDIER, J., *L'Église devant le monde moderne*, Flammarion, Paris 1937.

Artículos

- AGUIRRE, M., *El renacimiento litúrgico moderno y su manifestación alemana*, RF, 106 (1934) 328-348.
- ANÓNIMO, *Características de la espiritualidad de hoy, según el P. J. De Guibert, SI*, LVS, XXX (1935) 153 [DSp IV, 988-990].
- *Il pensiero sociale contemporáneo*, CC, 79/II (1928) 502-514.
- *Il regno di Dio secondo alcuni filosofi moderni*, CC, 83/I (1932) 30-40.
- ARETA, G.M., *La pedagogia idealistica contemporanea*, SCt, LI/1 (1923) 257-273.
- BAINVEL, J.V., *État actuel des études mystiques*, RAP, XXXIII (1921) 280-290, 343-355.
- BERNAREGGI, A., *Le ragioni della attuale decadenza morale*, SCt, LIII/6 (1925) 161-177, 241-260.
- CAZES, M., OP., *Le renouveau mystique*, LVSp, I (1919) 280-284.
- CERIANI, G., *Visione metafisica e religiosa della società contemporánea*, «L'Assistente Ecclesiastico», 4 (1936) 123ss.
- COIRO, G., *Profonda crisi spirituale*, VCr, XI (1939) 547-559.
- COLOMBO, G., *Mirabile storia d'anime: un decenio di Azione Cattolica*, VP, XIX (1928) 493-496.
- CONGAR, Y.M.J., OP., *Il mondo moderno e la fede*, «Azione Fucina», 20 ottobre 1935, 3 novembre 1935, 17 novembre 1935.
- DE GUIBERT, J., SI., *En quoi diffèrent réellement les diverses écoles catholiques de Spiritualité*, «Gregorianum», 19 (1938) 263-279.
- DEZZA, P., SI., *L'affermazione di Dio nella moderna filosofia italiana*, CC, 83/I (1932) 497-513.
- FOREST, A., *Le problème de Dieu dans la philosophie contemporaine*, RThom, 37 (1932) 653-659.
- GILLET, L., *Les orientations de la pensée religieuse russe contemporaine*, «Irénikon collection», 1 (1927) 1-32.
- GUY-GRAND, G., *Quelques réflexions sur les idées morales après la guerre*, RMM, 28 (1921) 698-727.

- HERNÁNDEZ, E., *Necesidades presentes de la Ascética y Mística en los Países de habla española*, EE, 7 (1928) 180-196.
- JANSSEN, A., *L'enseignement de la théologie morale à l'Université de Louvain depuis sa restauration en 1834*, EThL, IX (1932) 646-662.
- JOLIVET, R., *Le thomisme et la pensée moderne*, RThom, 35 (1930) 374-400.
- LAVAUD, M.B., OP., *La mystique dans le mouvement catholique contemporain*, NV, VI (1931) 225-251].
- MADOZ, G., *Un decenio de estudios patristicos en España (1931-40)*, RET, 1 (1940) 919-962.
- MARCHETTI, O., *Gli studi ascetico-mistici nell'ultimo ventennio*, SCt, 18 (1920) 461 ss.
- MERSCH, E., SI., *Corps mystique et humanité contemporaine*, NRTh, LXII (1935) 225-237.
- MESSINEO, A., SI., *Il mondo senz'anima*, CC, 85/I (1934) 616-623.
- MICHELET, G., *La crisi attuale de la morale*, RAP, II (1906) 97-113.
- MIGNOSI, P., *San Tommaso e il pensiero moderno*, «La Tradizione», marzo-aprile (1919) 81-89.
- PÉREZ GOYENA, A., SI., *Le mouvement théologique en Espagne*, NRTh, LVI (1929) 704-713.
- POLLET, V.M., OP., *L'insegnamento di San Paolo e il nostro tempo*, VCr, X (1938) 430-435.
- PRZYWARA, E., SI., *Le mouvement théologique et religieux en Allemagne. L'après-guerre*, NRTh, LVI (1929) 565-575.
- SAUDREAU, A., *La renovación de los estudios espirituales en Francia*, LVS, XX-XII (1936) 270-277.
- *Los amigos y adversarios de la Mística a través de los siglos*, LVS, XXVII (1934) 289-297; XXVIII (1934) 3-11.
- VAN HOUTRYVE, I., OSB., *Las razones del movimiento litúrgico*, Extracto de la «Revista Litúrgica», Luis Gili, Barcelona 1934 [recensión: LVS, XXIX (1935) 310].
- VERMEERSCH, A., SI., *Cinquant'anni di teologia morale*, SCt, LVIII/15 (1930) 257-277.
- *Soixante ans de théologie morale*, NRTh, LVI (1929) 863-884.
- WEBER, L., *La morale d'Epictète et les besoins présents de l'enseignement moral*, RMM, 13 (1905) 836-858, 14 (1906) 342-360, 15 (1907) 327-347, 17 (1909) 203-233.
- WILMS, J., OP., *Mística alemana y mística española*, LVS, XXVII (1934) 224-236, 361-373.
- ZACCHI, A., OP., *La moderna metaphisica alla luce dei principi di San Tommaso*, «Angelicum», IV (1927) 95-113.
- ZEIGER, I., SI., *De conditione theologie moralis hodierna*, PrMCL, 8 (1939) 177-189.

ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS DE PÍO XI ACERCA DEL VALOR DEL TESTIMONIO MORAL Y DE LA SANTIDAD EN LA UNIDAD DEL SABER TEOLÓGICO

Libros

- ADAM, K., *Vom Wesen des Katholizismus*, Augsburg 1924 [*La esencia del catolicismo*, Biblioteca de doctrina católica, Santa Catalina, Buenos Aires 1937-recensión: LVS, XXXIV (1938) 175; ELE, Madrid 1955].
- ALLARD, P., *El martirio*, Voluntad, Madrid 1926 [*Dix leçons sur le martyre, données à l'Institut catholique de Paris (Février-Avril 1905)*, Lecoffre, Paris 1906].
- ANILE, A., *Bellezza e verità delle cose*, Vallecchi, Firenze 1935 [recensión: CC, 86/II (1935) 604-615].
- ARCARI, P., *Il Genio, l'Eroe, il Santo*, Vincenzo Colonnello, Milano 1935.
- ARRIGHINI, A., *I Dottori della Chiesa*, 2 vols., Marietti, Torino-Roma 1936.
- AUDOLLENT, Mgr., *Histoire de l'Église par les saints*, Paris 1927.
- BALDUCCI, P.A., OP., *L'Eucaristia perenne rinnovamento della Redenzione in se stessa e nella vita dei Santi*, Vita Cristiana, Firenze 1934 [VCr, VI (1934) 597-608, 749-762; VII (1935) 27-43, 401-413].
- BARON, R., *Pour que ta vie soit belle*, Col. Parole de vie, Desclée, Paris 1937.
- BOYER, A., *Le Catéchisme vivant*, Desclée, Paris 1935.
- CERIANI, G., *Dottrina e vita del Corpo Mistico*, La Scuola Cattolica, Vene-gono Inf. (Varese) 1939 [recensión: SCt, LXVII (1939) 741].
- CORDOVANI, M., OP., *Il problema della bellezza*, Collegio San Domenico, Arezzo 1926 [recensión: MDom, 43 (1926) 146-150].
- *Saggezza e Santità*, Santa Lega Eucaristica, Milano 1931 [recensión: MDom, 48 (1931) 67-70].
- DANIÉLOU, M., *Action et Inspiration*, Beauchesne, Paris 1938 [recensión: RAM, XIX (1938) 87-89].
- DE BOISSIEU, A., OP., *La patience enseignée par les saints*. La Vie Spirituelle, Desclée, Paris 1926.
- DE GUIBERT, J., SI., *El educador apóstol, su preparación y ejercicio de su apostolado*, Gili, Barcelona 1908, 3ª ed.
- DE JESÚS SACRAMENTADO, C., OCD., *La perfection et la mystique*, Bruges 1932.
- DEBIZE, *L'educazione della carità*, Santa Lega Eucaristica, Milano 1924.
- DELACROIX, H., *Ascétique et mystique*, Bloud, Paris 1913.
- EHRARD, R.P., *L'amour ou la grande force morale*, Aubanel, Avignon 1925.
- FESTUGIÈRE, A.J., OP., *L'idéal religieux des grecs et l'Évangile*, Lecoffre, Paris 1932 [recensión: CC, 84/I (1933) 474-480].
- FLEW, N.R., *The Idea of Perfection in Christian Theology*, Oxford 1934.

- FLORENSKIJ, P.A., *La colonna e il fondamento della Verità*, Milano 1998, 2ª ed. [1914].
- GARNIER, A., *A l'école des Saints*, Desclée, Paris 1936.
- GILLET, M.S., OP., *El valor educativo de la moral católica*, Sáenz de Jubera, Madrid 1910-1911 [recensión: MDom, 47 (1930) 355-357] [El valor educativo de la moral católica...].
- GIULIOTTI, D., *Le due Luci: Santità-Poesia*, SEI, Torino 1933 [La introducción fue redactada en 1930 como *Prefazione* a HELLO, E., *Profili di Santi*, Firenze 1930, VII-XIV]
- GOMÁ Y TOMÁS, I., *El valor educativo de la Liturgia católica*, 2 vols., Casulleras, Barcelona 1940, 2ª ed. amp.
- GROU-CADRÉS, SI., *Jésus en Croix, ou la Science du Crucifix*, 1927.
- GUALA, G., *Il valore della Croce prima e dopo Gesù Cristo*, Desclée, Roma 1930 [recensión: CC, 83/I (1932) 361-364; ME, LV (1930) 350].
- HÉRITIER, J., *Intelligence et Mystique*, Librairie de France, Paris 1930 [recensión: CC, 81/IV (1930) 531-538].
- HEURTEVENT, R., *Pour nos Instituteurs chrétiens. Leur Sacerdoce: sacrifice, science et sainteté*, Bloud, Paris 1930.
- JANVIER, M.A., OP., *La Passion de Notre Seigneur Jésus Christ et la morale chrétienne*, Lethielleux, Paris 1932 [recensión: ME, LVII (1932) 222].
- JÉGLOT, C., *La jeune fille à l'école des saints*, Spes, Paris 1934 [recensión: LVSp, XLII (1935) 222].
- JOLY, E., *Psicología de los Santos*, Juan Gili, Barcelona 1911 [1902].
- JÜRGENSMEIER, F., *Der Mystische Leib Christi als Grundprinzip der Aszetik. Aufbau der religiösen Lebens und Strebens aus dem Corpus Christi Mysticum*, Schöningh, Paderborn 1933 [recensión: LVS, XXIX (1935) 67-68; SCt, LXV (1937) 217] [Morcelliana, Brescia 1937; Plantin, Buenos Aires 1956].
- LODIEL, D., SI., *Nos raisons de croire*, Paris 1901.
- LOZANO, S.M., OP., *Unidad de la vida santa y de la ciencia sagrada*, Fides, Salamanca 1942 [1932] [recensión: LVS, XXIV (1932) 440-44] [la primera parte son artículos en «La Vida Sobrenatural», a partir de 1921; la segunda, artículos de «La Ciencia Tomista»].
- MARIANI, B., «*Venite ad me omnes*» ossia *Il Regno di Gesù Cristo*, vol. III: *Regno morale nei Santi*, Marietti, Torino 1929-1931.
- MARITAIN, J., *Arte e scolastica*, Morcelliana, Brescia 1980 [1920].
— *Primauté du spirituel*, Plon, Paris 1927.
- MASSÉ, D., *Le ragioni della vita dinamica*, Segni dei tempi, Fidenza 1936 [recensión: SCt, 66 (1938) 218].
- MENÉNDEZ-REIGADA, A., OP., *La ciencia del amor*, Toledana, Madrid 1923 [recensión: LVS, VII (1924) 216, XI (1926) 70-71].
— *Unidad específica de la contemplación cristiana*, Salamanca, Madrid 1926 [recensión: LVS, XIII (1927) 213-214].

- MERSCH, E., SI., *Morale et Corps Mystique*, Universelle, Bruxelles 1937 [Bilbao 1963].
- MEYER, L., SI., *First Lessons in the Science of the Saints*, Saint Louis 1903, 2ª. ed.
- NORCINI, A.M., OP., *La comunione dei Santi*, Zelli, Arezzo 1930 [recensión: MDom, 47 (1930) 76-77].
- OJEA Y MARQUEZ, S., *Fuente de santidad y ciencia o sea el Sagrado Corazón de Jesús: exposición oratoria de sus letanías amenizada con parábolas, símiles y ejemplos*, San Francisco de Sales, Madrid 1907.
- PAULOT, Mgr, *La science de la Croix*, Cerf, Juvisy 1933.
- PETERSON, E., *Les témoins de la Vérité*, Le Seuil, Paris 1944 [ID., *Testigos de la Verdad* [1937], en ID., *Tratados teológicos*, Cristiandad 1966 [1951-1956], 73-101 [PETERSON, E., *Testigos de la Verdad* [1937]...].
- PLUS, R., SI., *La sainteté catholique*, Bloud, Paris 1929 [Marietti, Torino 1933; Difusión, Buenos Aires 1941].
- RADEMACHER, A., *Religion und Leben: ein Beitrag zur Lösung des christlichen Kulturproblems*, Herder, Freiburg i.B. 1926 [Atenas, Madrid 1940].
- RICHARD, T., OP., *Théologie et pieté d'après Saint Thomas*, Lethielleux, Paris 1935.
- RULLA, A.M., OP., *La comunione dei Santi*, Torino 1934.
- SAWICKK, F., *Die katholische Frömmigkeit, ihre Grundlagen, ihr Wesen und ihr Recht*, Schöningh, Paderborn 1921.
- SCHELER, M., *El Santo, el genio, el héroe*, Nova, Buenos Aires 1961 [*Vorbilder und Führer*, obra inacabada].
- SÖDERBLOM, N., *Dieu vivant dans l'histoire*, Paris 1937.
- SORTAIS, G., *Valeur apologétique du martyre*, Bloud, Paris 1905.
- SPIRAGO, F., *Catecismo en ejemplos*. III parte: *La perfección cristiana*, Políglo-ta, Barcelona 1925.
- SULLIVAN, G., «*Los sembradores de la belleza*», Arnoldo Moen, Buenos Aires 1920.
- TERMIER, P., *La vocation de savant*, Desclée, Paris 1929 [recensión: RevSR, X (1930) 728-729].
- VALENTIN, Fr.-BRETON, M., OFM., *La Communion des Saints, Histoire, Dogme, Piété*, Bloud, Paris 1934 [recensión: RevSR, XVI (1936) 91-93].
- VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND, *Los mártires o el triunfo de la religión cristiana*, Apostolado de la Prensa, Madrid 1916.
- VON HILDEBRAND, D., *Santidad y virtud en el mundo*, Rialp, Madrid 1972 [1933].
- WAGGETT, N., *Knowledge and Virtue*, Clarendon, Oxford 1924.
- WYSER, P., *Theologie Als Wissenschaft*, Salzburg-Leipzig 1938.
- ZUNDEL, M., *El poema de la Santa Liturgia*, PPC, Madrid 1991 [1926, 1934] [*El poema de la Santa Liturgia...*].

Artículos

- ALLO, E.B., OSB, *Vie intérieure et art sacré*, LVSp, XXIX (1928) 300-310.
- ANASTASIA, CD., *Recreación mística: la santidad y la mística*, LVS, XI (1926) 101-106.
- ANÓNIMO, *I Santi alle sorgenti della santità*, RLit (1939) 233-235.
- *La liturgia cattolica nel suo aspetto pedagogico*, RLit, XIV (1927) 246-248 [recensión a un discurso del Nuncio en España, Card. Francesco Ragonesi, publicado en el «L'Osservatore Romano»].
- APOSTOLUS, *Témoins au milieu du monde*, LVSp, L (1937) 296-299.
- APRAIS, J., *Témoins du divin*, LVSp, XLIII (1935) 322-323.
- ARINTERO, J.G., OP., *Du désir de la perfection*, LVSp, I (1919) 296-302.
- *La verdadera perfección cristiana implica vida mística*, CTom, 19 (1919) 170-182, 291-305.
- BARBERA, M., SI., *Pedagogia cristiana vissuta*, CC, 88/IV (1937) 348-361.
- *Per un insegnamento vivo della religione*, CC, 89/II (1938) 385-399.
- BARBEY, L., *Le point de départ de l'éducation chrétienne*, NV, IX (1934) 249-264.
- BARON, M., *La science de l'ascétisme*, «Études», CVIII (1906) 820-833.
- BAUDRILLART, A., *Lucent Lux Vestra!*, RAP, XXXVII (1923) 193-207.
- BAYLAC, J., *Valeur éducative de la morale catholique*, BLE, XXIV (1923) 97-114.
- BÉRARD, H., OSB., *Action et contemplation*, LVSp, XX (1929) 129-162, 241-257.
- BERNAREGGI, A., *La testimonianza della carità. Lettera ai docenti della fine di giugno del 1937*, en ID., *Professione, cultura, società. Scritti*, Studium, Roma 1954, 317-318.
- BOISSELOT, P., *La foi, connaissance affective*, LVSp, 41 (1934) 81-94.
- BOLOGNI, I., OP., «*Contemplata aliis tradere*», VCr, VII (1935) 189-204.
- BOUSQUET, J., *Science et charité*, RAP I (1905) 214-218.
- BRUCKBERGER, R., OP., *Réconciliation par la sagesse*, RThom, 45 (1939) 163-178.
- BUSNELLI, G., SI., *Del governo dell'arte e del suo valore educativo*, CC, 87/I (1936) 453-464.
- CABASSUT, A., OSB., *Contemplation et humilité*, LVSp, XV (1926) 569-574.
- CAPPUYNS, M., *Liturgia et théologie*, QLP, octubre 1934, 249-272.
- CARME, M.J., OP., *Le Surhomme et le Saint. A propos d'articles récents*, LVSp, II (1920) 420-424.
- CARRO, V.D., OP., *La perfección cristiana y la vida mística*, LVS, II (1921) 27-34.
- CERIANI, G., *Teologia vivente*, SCt, LXVII (1939) 720-727.
- CLAEYS-BOUUAERT, M., SI., *Morale et corps mystique*, NRTh, LXV (1938) 225-226.

- CLAPARÈDE, E., *Expériences collectives sur le témoignage*, «Archives de psychologie», 5 (1905) 344-387.
- COHAUSZ, O., *Mehr Pflege der geistlichen Theologie*, ThPQ, 85 (1932) 225-245.
- CONGAR, Y.M.J., OP., *Sur l'inclusion de l'humanité dans le Christ*, RSPHTh, XXV (1936) 489-495.
- CONGRÉS TÉRÉSIE DE MADRID, *Efficacité de la contemplation pour l'accroissement des vertus*, LVSp, VIII (1923) 485-486.
- CORSINI, O., *Il problema della bellezza*, MDom, 43 (1926) 146-150.
- CHAILLET, P., *La tradition vivante*, RSPHTh, XXVII (1938) 161-183.
- CHARLIER, H., *Sur l'esthétique chrétienne*, LVI, VIII (1930) 328-341.
- DE BLOIS, L., *Tout homme devrait tendre à la perfection*, LVSp, II (1920) 486-488.
- DE BOISSIEU, A., OP., *La Communion des saints*, LVSp, XII (1925) 143-144.
- DE GUIBERT, J., SI., *Charité parfaite et désir de Dieu*, RAM, VII (1926) 225-250.
- *El concepto de perfección*, LVS, XXX (1935) 390-392 [RAM, Julio-Septiembre de 1935].
- *Ce n'est pas la science qui chasse la croyance*, RAp, I (1905) 547-549.
- *Apologétique vivante*, RAp, I (1905) 337-351.
- DE JESÚS CRUCIFICADO, C., OCD., *La perfección cristiana y sus grados*, MCarm, XXXVIII (1934) 212-218, 420-425; XXXIX (1935) 164, 207, 539 [recensión: *Unidad de la ciencia de la perfección según San Juan de la Cruz*, LVS, XXX (1935) 393-394].
- DE MIERES, M., OMCap., *El dogma de la Comunió dels Sants*, EFr, XXX-VII (1926) 161-171, 321-329; XXXVIII (1926) 241-249.
- DE SANTA CLARA FRÍAS, A.J., OSF., *El divino magisterio en una niña de seis años*, LVS, IX (1925) 137-138 [Texto antiguo].
- DE VATHAIRE, J., *La liturgie et la vie du Corps Mystique*, LVSp, XXXV (1933) 402-405.
- DE VRIES, W., SI., *Lex supplicandi, lex credendi*, EL, XLVII (1933) 48-58.
- DEMAN, Th., OP., *Composantes de la théologie: sapientia et scientia*, RSPHTh, XXVIII (1939) 386-434.
- *L'accroissement de la charité*, RSPHTh, XIX (1930) 107-113.
- *Sur l'organisation du savoir moral*, RSPHTh, XXIII (1934) 258-280.
- DOMÍNGUEZ BERRUETA, J., *Sabiduría humilde*, LVS, XXXVII (1939) 35-37.
- *Lo científico en la espiritualidad*, LVS, XXX (1935) 265-271.
- DONDAINE, H.F., OP., *La grâce du témoignage*, LVSp, LI (1937) 225-237.
- DUPOUEY, P., *Art et sainteté*, LVI, XXIX (1934) 326-328.
- *Témoignage*, LVSp, XXXIX (1934) 154-176.
- DUPRAT, E., *Les rapports de la connaissance et de l'action d'après John Dewey*, RMM, 37 (1930) 535-550, 38 (1931) 107-123.
- EMMERICH, A.C., *Todos los Santos son frutos de la Pasión*, LVS, II (1921) 394-395 [Texto antiguo].

- FARGUES, M., *Valeur éducative des formes d'art*, LVSp, LI (1937) 201-204.
- FERNÁNDEZ, A., SI., *Los dos ideales*, STer, XXVI (1938) 124-127.
- FERRARE, H., *Le valeur spirituelle de l'Art*, NV, X (1935) 154-173.
- FESTUGIÈRE, A.J., OP., *Le sage et le saint*, LVI, XXVII (1934) 390-408.
- FOSSATI, M., *Nella luce della santità*, OR, 31 maggio 1936, 35-36.
- GARRIGOU-LAGRANGE, R., OP., *Science et Sagesse*, RThom, 41 (1936) 630-634.
- *Contemplation et vie apostolique*, LVSp, XXIV (1930) 109-111.
- *La contemplazione del Salvatore secondo la teologia*, VCr, VI (1934) 10-18.
- *La perfection chrétienne consiste principalement dans la charité*, LVSp, III (1920) 81-99.
- *La théologie et la vie de la foi*, RThom, 40 (1935) 492-514.
- *Unité et élévation de la vie apostolique, synthèse de la contemplation et de l'action*, LVSp, XIX (1928) 387-410.
- GAUDEL, A., *Pour une meilleure connaissance religieuse du mystère du Christ*, RevSR, XIII (1933) 219-227.
- GIABBANI, A., OSB., *Il primato della contemplazione*, VCr, XI (1939) 246-276, 361-371.
- GIACON, C., SI., *Il transcendente nell'arte e nella scienza al XII Congresso Nazionale Italiano di Filosofia*, CC, 88/IV (1937) 395-408.
- GILSON, E., *Art et métaphysique*, RMM, 23 (1916) 243-267.
- *Béatitude et contemplation*, LVI, XX (1932) 181-194 y 357-368.
- GLORIEUX, P., *L'Action catholique et l'enseignement dogmatique*, LVI, XXVIII (1934) 357-381.
- GOYAU, G., *La Divine Comédie: l'épopée de la Communion des saints*, RevSR, I (1921) 324-337.
- GUARDINI, R., *Educazione dei sensi e della attenzione*, SCt, 61 (1933) 97ss.
- GUISAN, R., *La notion protestante de la sainteté*, RThPh, XXII (1934) 266-284.
- HEERINCKX, G., OFM., *L'imitazione dei Santi*, VCr, VI (1934) 175-208 [recensión: LVS, XXX (1935) 320].
- HEERINCKX, J., *Perfectio christiana essentialiter in charitate consistit*, «Apostolicu», II (1931) 121-125.
- HUGON, E., OP., *La Communion des Saints*, LVSp, X (1924) 551-559.
- ILLA, I., OP., «*Caritas Christi urget nos*», «*Angelicum*», VI (1929) 229-235.
- JANVIER, M.A., OP., *La modération des saints*, DC, V (1921) 226-228.
- JORET, D., OP., *Dieu contemplé dans son image*, LVSp, XX (1929) 483-485, XXI (1929) 35-55.
- JOURNET, Ch., *L'Apostolicité, propriété et note de la véritable Église*, RThom, 43 (1937) 167-200.
- *L'argument du martyr*, NV, VI (1931) 285-300, VII (1932) 200-204.
- LABERTHONNIERE, L., *Le témoignage des martyrs*, «*Annales de philosophie chrétienne*», 153 (1906-1907) 60-90.

- LABOURDETTE, M., OP., *Le développement vital de la foi théologale*, RThom, 43 (1937) 101-115.
- *Savoir spéculatif et savoir pratique*, RThom, 44 (1938) 564-568.
- LAJEUNIE, E., OP., *Harmonie de la vie intellectuelle et de la vie d'oraison*, LVSp, XXXVI (1933) 85-86.
- *La prudence des saints*, LVSp, XVI (1927) 589-609.
- LAVAUD, M.B., OP., *L'étude chrétienne de l'expérience des saints*, NV, VI (1931) 344-361.
- *Les études ecclésiastiques et la piété*, LVSp, VII (1922) 449-460, VIII (1923) 563-576, IX (1923) 292-302.
- *Mystique et sainteté*, NV, VII (1932) 18-43.
- *Nécessité de la science sacrée. Théologie et vie intérieure*, LVSp, X (1924) 289-303.
- *Théologie et apostolat*, LVSp, X (1924) 600-618.
- LEMONNYER, A., OP., *La théologie spirituelle comme science particulière*, LVSp-Supplement, 30, 158-166.
- LENOIR, R., *Sur les rapports de la religion et de la morale*, RMM, 28 (1921) 583-589.
- LIPPERT, P., *Die Wissenschaft vom inneren Leben*, ZAM, 1 (1926) 2-12.
- LOZANO, S.M., OP., *Perfección mística y perfección de la caridad*, LVS, VI (1923) 233-245.
- *Unidad de la ciencia sagrada y de la vida santa*, LVS, I (1921) 22-30, XXIV (1932) 145-155.
- LUMINI, L., *Teologia y liturgia*, SCt, LX (1932) 3-16.
- MARCHETTI, O., SI., *La sfera di attività della carità*, «Gregorianum», II (1921) 13-41.
- MARITAIN, J., *Sur l'appel à la vie mystique et à la contemplation*, en ID., *De la vie d'oraison*. Louis Rouart et fils, Paris 1924, 72-95.
- *Action et contemplation*, RThom, 43 (1937) 19-50.
- MERSCH, E., SI., *Incarnation et vie spirituelle*, RAM, X (1929) 337-367.
- *Le Christ Mystique, centre de la théologie comme science*, NRTTh, LXI (1934) 449-475 [recensión: SCt, LXII (1934) 760].
- *Sainteté de chrétiens, sainteté de membres*, NRTTh, LVIII (1931) 97-113.
- MESNARD, P., *Témoins du divin*, LVSp, XLXI (1936) 320-327; LIII (1937) 108-112.
- MESSAUT, J., OP., *Le rôle intellectuel de la théologie dans l'apostolat*, RThom, 40 (1935) 330-386.
- MEYLAN, L., *Une philosophie de la vie spirituelle: le pluralisme moral*, RThPh, XVII (1929) 41-51.
- MONDRONE, D., SI., *Finchè i ideale non brilli. Novella*, CC, 86/III (1935) 380-394.
- MOUROUX, J., *Sur la genèse de la certitude morale*, RAp, 59 (1934) 689-702.
- MURA, E., *La communion des Saints*, LVSp, XLI (1934) 123-138 [recensión: LVS, XXIX (1935) 150].

- NIECHAJ, M., *Methodus et valor argumentationis dogmaticae ex factis liturgicis*, en AA.VV., *Acta VI. Conventus Velehrad*, Olmütz 1933, 196-205.
- NOBLE, H.D., OP., *L'homme moral est celui qui possède les vertus morales*, LVSp, VIII (1923) 391-393.
- *L'unité de la conscience morale*, LVSp, IV (1921) 95-107.
- *Liaison de la vie contemplative et de la vie active*, LVSp, VIII (1923) 377-386.
- ODDONE, A., *L'amicizia. Studio psicologico e morale*, VP (1936) 100.
- OSENDE, V., OP., *Cuestiones místicas: unidad de vía*, LVS, XI (1926) 84-95.
- *Idea del apostolado según los Santos*, LVS, XXXV (1938) 23-33.
- *Sobre la unidad de la vida espiritual*, LVS, XXVI (1933) 150-158.
- P.A.C., *¿Son los Santos buenos para la vida?*, LVS, XIV (1927) 322-325.
- PACI, I., OP., *Scienza ed apostolato sacerdotale*, VCr, VIII (1936) 154-164.
- PAULOT, Mgr, *De l'amitié*, LVSp, XIV (1926) 213-215.
- PEETERS, L., SI., *L'amitié chrétienne*, NRTh, LIV (1927) 136-139.
- PERANCHO, T., OP., *Camino de perfección*, LVS, X (1925) 172-173.
- *Los Santos y el fin del mundo*, LVS, XIV (1927) 316-321.
- PERRET, M.Ch., OP., *La notion d'exemplarité*, RThom, 41 (1936) 446-469.
- PETERSON, E., *¿Qué es teología?* [1925], en ID., *Tratados teológicos*, Cristianidad 1966 [1951-1956], 15-26.
- PICHERY, E., OSB., *La charité et le progrès dans la connaissance de Dieu*, LVSp, XV (1926) 415-449.
- PINARD, H., *Unité de la conscience morale dans l'humanité*, RSR, 11 (1921) 227-233.
- PUCETTI, A., OP., *Contemplazione e azione*, MDom, 45 (1928) 411-419.
- QUINN, E., *The consistency of the martyrs*, DR, 53 (1935) 10-18.
- RABEAU, G., *Le témoignage d'une vie chrétienne*, LVI, XIX (1933) 10-23.
- REYRÉ, V., *Art et vie spirituelle. Le chemin du divin Amour*, LVSp, X (1924) 619-623.
- RICHARD, L., *La Rédemption, mystère d'amour*, RSR, 13 (1923) 193-217, 397-418.
- RIGNANO, E., *La morale de l'harmonie de la vie*, RMM, XXXVI (1929) 101-112.
- RIMAUD, J., *Le caractère spirituel de la morale chrétienne*, RSR, 24 (1934) 385-401, 25 (1935) 159-169.
- RIVIÈRE, J., «Theologia», RevSR, XVI (1936) 47-57.
- *Autour de la question du Martyre*, RAp, IV (1907) 625-642.
- ROJO, A., OSB., *Contemplación y Liturgia*, LVS, XXXI (1936) 45-55, 191-200.
- *Vida interior y vida litúrgica*, LVS, XXXI (1936) 362-370, 438-445.
- ROLAND-GOSSELIN, M.D., OP., *Béatitude et désir naturel*, RSPTh (1929) 193-222.
- ROLLAND, E., *Science et morale*, LVI, XXVII (1934) 278-293.

- ROUSSELOT, P., *Les yeux de la foi*, RevSR, 1 (1910) 241-259, 444-475 [Encuentro, Madrid 1994].
- SÁENZ DE TEJADA, J.Mª., SI., *Divina Pedagogia*, MCJ, LXXIV (1929) 230-235.
- SALET, G., SI., *La Croix du Christ, unité du monde*, NRTh, LXIV (1937) 225-260.
- SALOTTI, C., *Il progresso della Chiesa (secolo XIX) nell'azione dei suoi Santi*, OR, 15 marzo 1923.
- SARTRE, J.P., *Structure intentionnelle de l'image*, RMM, 45 (1938) 543-609.
- SAUDREAU, A., *El estado místico es la consecuencia moral del estado ascético*, LVS, XXXIV (1938) 26-37.
- *La contemplación y el amor unitivo en el estado místico*, LVS, VIII (1924) 380-390.
- *Progreso del alma en la perfección*, LVS, XI (1926) 217-231.
- *L'âme des Saints*, LVSp, XXXVIII (1934) 152-166.
- SCAGLIA, S., *Comunione dei Santi e culto verso questi nuovi monumenti*, PCl, VII (1928) 601-60.
- SILVA, E., *Grandeza del apostolado cristiano*, LVS, XVI (1928) 243-250.
- SIMONIN, H.D., OP., *Connaissance et similitude*, RSPTh, XX (1931) 293-303.
- SOLI, E., *Psicologia dei Santi*, ME, LVII (1932) 63 ss.
- SOR SUSANA Mª. DE RIANYS, *Vida de unión en la acción*, LVS, XXII (1931) 213-214 [Texto antiguo].
- STEIN, E. (TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ, OCD), *La lucha por el bien supremo. Vivencias y confesiones de un laico de vida santa sobre la perfección cristiana en el mundo* [1934], en ID., *Obras...*, IV, 1023-1024.
- *Verdad y claridad en la enseñanza y en la educación* [1926], en ID., *Obras...*, IV, 62-70.
- SOURIAU, E., *Sur les moyens et le portée d'une esthétique de la grâce: notes méthodologiques à propos d'un livre récent*, RMM, 43 (1936) 269-300.
- SUÁREZ, A., OP., *Filosofía de la santidad*, LVS, VIII (1924) 337-340, IX (1925) 312-317.
- SUPINO, J.B., *Disposizione morale per lo studio del cristianesimo*, MDom, 43 (1926) 203-214.
- SURIN, J.J., SI., *El camino de los Santos*, LVS, VII (1924) 142-143 [texto antiguo: citando ID., *Traité de l'Amour de Dieu*, I, X].
- TANQUEREY, A., *Le Verbe incarné, source de vie surnaturelle, synthèse doctrinale et pratique*, LVSp, XII (1926) 377 y 520.
- TASCON, T., OP., *Note sur le place du don de sagesse dans la théologie morale thomiste*, RThom, 35 (1930) 415-425.
- TRANCHO, A., *Los fundamentos tomistas de la moralidad*, CTom, XXXVIII (1928) 20-34.
- VALENSIN, A., SI., *L'objet propre de la théologie spirituelle*, NRTh, LIV (1927) 161-191.

- VALETTE, F., OP., *Religion et Vie: une théorie activiste de la sainteté*, RThom, 40 (1935) 515-536 [recensión a RADEMACHER, A., *Religion et Vie*, Cité Chrétienne, Bruxelles 1934 [1926].
- VALLS DOMENECH, J., *El dinamismo del amor*, LVS, IV (1922) 307-317.
- VAN HOUTRIYE, I., *La voce della Chiesa. Vita liturgica*, RLit, XIV (1927) 204-209, 240-242.
- VAN ROEY, E., *De Caritate forma virtutum*, EThL, I (1924) 43-65.
- VEGA, A.C., OSA., *Valor característico de la moral de Santo Tomás*, CDios, CXL (1925) 444-456.
- VERGNAUD, G., *Le fondement de la morale*, RAp, XLI (1926) 17-30.
- VERMEIL, E., *Religion, moral et métaphysique*, RMM, 28 (1921) 577-582.
- VESCOVO DI VIVIERS, *Efficacia della liturgia*, RLit, XVII (1930) 262-267.
- VIALATOUX, J., *Raison naturelle et religion surnaturelle. De la convenance du surnaturel dans la vie intellectuelle*, RAp, LI (1930) 257-277.
- VILLER, M., *Le martyre et l'ascèse*, RAM, VI (1925) 105-142.
- *Les martyrs et l'Esprit*, RSR, 14 (1924) 544-551.
- *Martyre et perfection*, RAM, VI (1925) 3-25.
- VILLUENDAS, L., OFM., *La amistad cristiana*, LVS, X (1925) 241-245.
- VINCENT, M., *Les oeuvres et la mystique*, LVSp, XI (1924) 304-314.
- VON CAHSTONAY, P., *Der Mystische Leib Christi und die Aszetik*, ZAM, XI (1935) 235.
- WAFFELAERT, G.J., *De methodo seu modo procedenti in theologia morali*, EThL, I (1924) 5-14.
- WEBER, J., *La liturgie et «la didascalie de l'Église» (Pie XI) par son enseignement dogmatique*, en AA.VV., *La vrai visage de la Liturgie*, Mont-César, Louvain 1938, 89-114.
- WEISS, A., OP., *Cómo los Santos salvan y juzgan al mundo*, LVS, VII (1924) 211 [Texto antiguo].
- WUST, P., *Sagesse et Sainteté*, LVI, XLV (1936) 9-18.
- ZUNDEL, M., «*Infra actionem*». *À la source de l'action*, LVI, XLVIII (1937) 352-353.

ESTUDIOS POSTERIORES ACERCA DE LA TEOLOGÍA MORAL EN LA ÉPOCA DE PÍO XI

Libros

- AA.VV., *La teologia morale nella storia e nella problematica attuale*, Miscellanea P. L.B. Gillon, OP., Pontificia Università San Tommaso, Massimo, Milàn 1982.
- *Morale chrétienne et requêtes contemporaines*, Tournai-Paris 1954.

- ANGELINI, G.-Valsecchi, A., *Disegno storico della teologia morale*, EDB, Bologna 1972.
- CAFFARRA, C., *La prassi nella teologia del XX secolo*, Cittadella, Assisi 1976.
- CERIANI, G., *La morale di Cristo*, Como 1944.
- CREMASCHI, S., *L'etica del novecento dopo Nietzsche*, Caroca, Roma 2005 [recensión: RFNS, XLVIII (2006) 157-159].
- DEMAN, T., *Aux origines de la théologie morale*, Montreal/Paris 1951.
- FERNÁNDEZ, A., *La reforma de la teología moral. Medio siglo de historia*, Aldecoa, Burgos 1997.
- FORD, J.C., SI.-KELLY, G., SI., *Problemas de teología moral contemporánea*, vol. I: *Teología moral Fundamental*, Sal Terrae, Santander 1962 [1961].
- GALLAGHER, J.A., *Time Past, Time Future. An Historical Study of Catholic Moral Theology*, Paulist, New York 1990.
- GERARDI, R., *Storia della morale. Interpretazione teologiche dell'esperienza cristiana. Periodi e correnti, autori e opere*, EDB, Bologna 2003.
- GILLEMANN, G., SI., *La primacía de la caridad en teología moral*, Colección «Veritas et Justitia», Desclee, Bilbao 1957[1952].
- GILLON, L.B., *Cristo e la teologia morale*, Romane Mame, Roma 1961.
- *La teologia morale nella storia e nella problematica attuale*, Roma 1982.
- HADROSSEK, P., *Der Bedeutung des Systemgedankens für die Moralthologie in Deutschland seit der Thomas-Renaissance*, Zink, München 1950.
- HÄRING, B., *Das Heilige und das Gute*, Erich Wewel, Freiburg i.B. 1950.
- *La ley de Cristo. Tratado de teología moral*. 3 vols., Herder, Barcelona 1961 [1954].
- JONSEN, A.R.-TOULMIN, S., *The Abuse of Casuistry. A History of Moral Reasoning*, University of California, Berkeley 1988.
- LANZA, A.-PALAZZINI, P., *Teologia morale generale*, Roma 1952.
- LECLERCQ, J., OSB., *La enseñanza de la moral cristiana*, Desclee, Bilbao 1952 [1949].
- *Les grande lignes de la philosophie morale*, Vrin, Paris 1947 [Las grandes líneas de la filosofía moral, Gredos, Madrid 1960].
- LEONARD, A., *El fundamento de la moral. Ensayo de ética filosófica general*, BAC, Madrid 1997 [1991].
- MELINA, L., *Moral: entre la crisis y la renovación*, Eiusa, Barcelona 1996 [1993].
- MOUROUX, J., *L'expérience chrétienne. Introduction a une théologie*, Aubier Montaigne, Paris 1952.
- PINCKAERS, S.Th., OP., *Las fuentes de la moral cristiana*, Eunsá, Pamplona 1988 [1985].
- REIFERT, J., *Modelle christozentrischer Ethik. Eine historische Untersuchung in systematischer Absicht*, Patmos, Düsseldorf 1984.
- SLATER, T., *A short history of moral theology*, New York 1909.
- THILS, G., *Tendances actuelles en théologie morale*, Gembloux 1940.

- TILLMANN, F., *Elementos de la moral católica*, Dinor, San Sebastián 1959 [*Katholische Sittenlehre*, Patmos, Düsseldorf 1949, 8ª ed.].
- VIDAL, M., *Moral y espiritualidad. De la separación a la convergencia*, Madrid 1997.

Artículos

- ANGELINI, G., *El desarrollo de la teología católica en el siglo XX. Breve reseña histórica*, en DTI, IV, 747-820.
- *La crisi della morale*, RCI, 70/10 (1989) 662-675.
- ANTOLÍ, M., *El principio fundamental de la moral desde Hirscher a Tillmann*, AnValent, 8 (1982) 19-102.
- AUBERT, J.M., *Morale et casuistique*, RSR, 68 (1980) 167-204.
- BONANDI, A., *Modelli di teologia morale nel ventesimo secolo*, «Teologia», 24/I (1999), 89-138, 24/II, 206-243.
- CAFFARRA, C., *Historia de la teología moral*, en DETM, 436-453.
- *Moral fundamental*, en DTI, III, 565-582.
- CAPONE, D., CSSR., *La morale dei moralisti*, «Seminarium», XI (nova series) (1971) 639-659.
- CAPONE, D., *La teologia morale, ieri, oggi*, PPast, 41 (1971) 539-557.
- CASEMENTI, S., *La teologia morale ieri, oggi*, PPast, 53 (1974) 822-827.
- CITTERIO, F., *Appunti per un capitolo di storia della teologia morale: dal Tridentino al secondo Concilio Vaticano*, SCt, 115 (1987) 495-539.
- DEL NOCE, A., *La morale comune dell'ottocento e la morale di oggi*, en AA.VV., *Il problema morale oggi*, Bologna 1969, 81-132.
- DELHAYE, Ph., *La théologie morale d'hier et d'aujourd'hui*, RevSR, 27 (1953) 112-130.
- ERMECKE, G., *Die katholische Moral heute*, ThGl (1951) 127-142.
- GERARDI, R., *Linee di rinnovamento fino al 1960*, en ID., *Storia della morale. Interpretazione teologiche dell'esperienza cristiana. Periodi e correnti, autori e opere*, EDB, 2003, 449-476.
- GRANDIS, G., *La teologia morale*, en AA.VV., *Metodología teologica*, LORIZIO, G.-GALATINO, N. (dir.), San Paolo, Milano 1994, 468-501.
- JORIO, T.A., SI., *Morale e diritto in Italia nella prima metà del secolo vigesimo*, SCt, LXXX (1952) 399-423.
- KLEBER, K.H., *Die Bedeutung des Reformkatholizismus für die Geforderte Erneuerung der Moralthologie im 19. Jahrhundert*, STMo, 28 (1990) 415-436.
- LANGLOIS, C., *Faire l'histoire du catholicisme: l'exemple de la théologie morale à l'époque contemporaine*, en AA.VV., *Approches scientifiques des faits religieux*, JONCHERAY, J. (dir.), Beauchesne, Paris 1997, 105-123.
- MIGLIETTA, G.M., *Percorsi per una fondazione cristologica della teologia morale: passaggi, interrogativi, soluzioni*, ED, LIV/1 (2001) 175-189.

- PETIT, J.C., *La compréhension de la théologie dans la théologie française au XXe siècle. Vers une nouvelle conscience historique: G. Rabeau, M.D. Cnenu, L. Charlier*, «Laval Théologique et Philosophie», 47 (1991) 215-229.
- PINCKAERS, S.Th., OP., *Renouveau de la théologie morale*, LVI, XXVII/10 (1956) 1-2.
- PRZYWARA, E., *Corpus Christi mysticum-Eine Bilanz*, ZAM, 15 (1940) 197-215.
- SAMPERS, A., *Bibliographia circa theologicam moralem S. Alfonsi 1938-1971*, STMo, 9 (1971) 341-357.
- URDANOZ, T., OP., *La teología moral desde la encíclica «Aeterni Patris». Progresos y crisis posterior en su centenario (1879-1979)*, en ACTI, vol. I, 350-379.
- *La teología moral desde la encíclica «Aeterni Patris»*, «Sapientia», 35 (1980) 481-498.
- VEREECKE, L., *Historia de la teología moral*, en DTM, 816-843.
- *Histoire et Morale*, «Mélanges de Science Religieuse», 13 (1956) 5-18.
- *Préface à l'histoire de la théologie morale moderne*, STMo, 1 (1963) 87-120.
- ZALBA, M., SI., *Inquietudes metodológicas en teología moral*, «Arbor» (3 marzo 1955) 1-19.
- *Un siglo de teología moral (1880-1980)*, EE, 56 (1981) 1133-1176.
- ZIEGLER, J.C., *La teología moral*, en TSX, III, 264-304.
- *Ekklesiologie und Moralthologie. Ihre Beziehung im 20. Jahrhundert*, ThGl, 87 (1997) 329-345, 527-540.

ESTUDIOS POSTERIORES ACERCA DE LA TEOLOGIA ESPIRITUAL EN LA ÉPOCA DE PÍO XI

Libros

- AA.VV., *Bibliographia Internationalis Spiritualitatis*, Teresianum, Roma 1968 ss.
- *Histoire de la Spiritualité chrétienne*, 3 vols., Aubier, Paris 1960-1966.
- *Histoire de la Spiritualité Chrétienne. 700 auteurs spirituels*, L'Atelier/Ouvrières, Paris 1996.
- *L'Antropologia dei maestri spirituali*, Simposio Istituto di Spiritualità dell'Università Gregoriana, Roma 28 abril-1 mayo 1989, BERNARD, Ch.A., SJ. (dir.), Paoline, Milano 1991.
- *La spiritualità come teologia*, Simposio di teologia spirituale organizzato dall'Istituto di Spiritualità della Pontificia Università Gregoriana, Roma 25-28 aprile 1991, BERNARD, Ch.A. (dir.), Paoline, Cinisello Balsamo (Milano) 1993.

-
- *La spiritualità cristiana nell'epoca contemporanea*, BORRIELLO, L.-DELLA CROCE, G.-SECONDIN, B. (dir.), Borla, Roma 1985 [*Storia della spiritualità*, vol. 6; recensión: RVS, 39 (1985) 339].
 - *La spiritualità cristiana nell'età moderna*, BROVETTO, C. (dir.), Borla, Roma 1987.
 - *La spiritualità. Ispirazione, ricerca, formazione*, Borla, Roma 1984.
 - *La teologia spirituale*, Atti del Congresso Internazionale 2000, OCD, Teresianum, Roma 2001 [AA.VV., *La teologia spirituale...*].
 - *Le scuole cattoliche di spiritualità*, Vita e Pensiero, Milano 1949 [con abundante bibliografia].
 - *Problemi e prospettive di spiritualità*, GOFFI, T.-SECONDIN, B. (dir.), Brescia 1985.
 - *Spiritualità, fisionomia e compiti*, Las, Roma 1980.
 - *Spiritualité contemporaine. Défis culturels et théologiques*, Fides, Québec 1997.
 - ÁLVAREZ GÓMEZ, J., *Historia de la vida religiosa, 3: Desde la «devotio moderna» hasta el Concilio Vaticano II*, Instituto Teológico de la vida religiosa, Madrid 1990.
 - ARTUSO, L., *Liturgia e spiritualità. Profilo storico*, Messaggero, Padova 2002.
 - AUMANN, J., *Sommario di storia della spiritualità*, EDB, Bologna 1986 [1985].
 - BARSOTTI, D., *Magistero dei Santi. Saggi per una storia della spiritualità italiana dell'800*, AVE, Roma 1971.
 - BELDA, M.-SESÉ, J., *La «cuestión mística». Estudio histórico-teológico de una controversia*, Eunsas, Pamplona 1998.
 - BERNARD, C.A., *Teologia spirituale*, Paoline, Roma 1983.
 - BORRIELLO, L., *La spiritualità cristiana nell'età contemporanea*, Roma 1985.
 - CHIOCCHETTA, P., *La spiritualità tra Vaticano I e Vaticano II*, Studium, Roma 1984.
 - DE LUBAC, H., SI., *La posterità spirituale di Gioachino da Fiore. II. Da Saint-Simon ai nostri giorni*, en ID., *Opera Omnia*, vol. 28, Jaca Book, Milano 1984 [1981].
 - DE PABLO, D., *Historia de la espiritualidad cristiana*, Espiritualidad, Madrid 1990.
 - FOUILLOUX, E., *Au Coeur du XXe siècle religieux*, Ouvrières, Paris 1993.
 - GARCÍA, C., *Corrientes nuevas de teología espiritual*, Madrid 1971.
 - *Naturaleza de la teología espiritual según los autores del siglo XX*, Burgos 1971.
 - *Teología espiritual contemporánea. Corrientes y perspectivas*, Monte Carmelo, Burgos 2002.
 - GAUTHIER, J., *La spiritualité catholique*, Le Rameau, Paris 1953.
 - GILSON, E., *Théologie et histoire de la spiritualité*, Vrin, Paris 1943.
 - GOFFI, T., *Storia della spiritualità (XX secolo)*, en AA.VV., *La spiritualità contemporanea*, BOUYER, L.-ANCILLI, E. (dir.), vol. 8, EDB, Bologna 1987.

- GOFFI, T.-SECONDIN, B., *Problemas y perspectivas de espiritualidad*, Sigüeme, Salamanca 1986.
- GUERRA, A., *Introducción a la teología espiritual*, EDECA, Santo Domingo 1994.
- LAUDAZZI, C., OCD., *Teologia spirituale. Temi fondamentali*, Teresianum, Roma 1990.
- MARCOCCHI, M., *Spiritualità e vita religiosa tra cinquecento e novecento*, Morcelliana, Brescia 2005.
- MATANIC, A., *La spiritualità come scienza. Introduzione metodologica allo studio della vita spirituale cristiana*, Paoline, Cinesello Balsamo 1990.
- *Spiritualità cattolica contemporanea*, La Scuola, Brescia 1965.
- PINCKAERS, S.Th., OP, *La vida espiritual*, Edicep, Valencia 1995 [1984].
- RAHNER, K., *Frammenti di spiritualità per il nostro tempo*, Brescia 1973.
- REQUENA, F.M^a., *Espiritualidad en la España de los años veinte. Juan G. Arintero y la revista «La Vida Sobrenatural» (1921-1928)*, Eunsa, Pamplona 1999.
- *La revista «La Vida Sobrenatural» (1921-1928). Una aportación a la historia de la vida espiritual en la España contemporánea*, Tesis Doctoral presentada en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1999.
- ROYO MARIN, A., *Los grandes maestros de la vida espiritual*, BAC, Madrid 1973.
- RUMI, G., *Santità sociale in Italia tra Otto e Novecento*, SEI, Torino 1995.
- SAUDREAU, A., *La spiritualité moderne. Progrès de la doctrine dans les cinq derniers siècles*, Bloud, Paris 1940.
- SESÉ, J., *Historia de la espiritualidad*, Eunsa, Navarra 2005.
- SCHALLER, J.P., *Direction spirituelle et temps modernes*, Paris 1971.
- ŠPIDLÍK, T., *La spiritualità dell'oriente cristiano. Manuale sistematico*, Pontificium Institutum Orientale, Roma 1985 [con extensa bibliografía].
- WIESMAYER, J., *La vita cristiana in pienezza: sintesi storico-teologica della spiritualità cristiana*, EDB, Bologna 1989.

Artículos

- AA.VV., *La spiritualità del cristiano*, CommunioI, 135 (1994) 5-100.
- ANCILLI, E., *Orientamenti di spiritualità contemporanea*, «Seminarium», XIV (nova series) (1974) 203-230.
- BARRA, G., *Aspetti della spiritualità contemporanea*, «Tabor», 11 (1957) 305-317, 491-505.
- BERNARD, A.Ch., *Teologia spirituale*, en *Nuovo Dizionario di teologia. Supplemento I* (1982) 2101-2114.
- BESNARD, A.M., *Tendencias dominantes en la espiritualidad contemporanea*, «Concilium», 9 (1965) 26-47.

- BOSCH, V., *Los precedentes de la llamada universal a la santidad del Concilio Vaticano II*, en AA.VV., *Dar razón de la esperanza...*, 809-826.
- BESRET, B., *Courants spirituels de notre temps*, LVSp, 90 (1954) 615-690.
- BORRIELLO, L., *Storia della spiritualità. Periodo moderno e contemporaneo*, en AA.VV., *Compendio di teologia spirituale*. In Onore di Jordan Aumann, OP., DE CEA, E.G. (dir.), PUST, Roma 1992, 65-80.
- BOUTRY, Ph., *Une théologie morale en transition. Rigorisme et liguorisme dans la formation du curé d'Ars*, «Religion en transition» (1700), 155-170.
- CÁRCEL, V., *La espiritualidad del S. XX a través de la revista MCarm*, MCarm, 83 (1975) 17-50.
- CASTELLANO, J., *Teología espiritual*, en AA.VV., *La teología del XX secolo...*, III, 195-232.
- *Intentos de renovación en la teología espiritual antes del Concilio Vaticano II: J. Bouyer, G. Thils, H.U. Von Balthasar*, «Teresianum», 52 (2001) 191-202.
- *La spiritualità. Un tema affascinante e aperto*, «Testimoni», 8 (1997) 10-12; 9 (1997) 9-11.
- CATHERINET, F.M., *Vingt-cinq ans d'action dans l'ensemble du mouvement spirituel*, LVSp, 26 (1944) 71, 249-268.
- CROCE, G., *Presenza dei laici nella spiritualità del Novecento. IV. Scrittori cristiani spagnoli*, RVS, 41 (1987) 341-352.
- CUENCA TORIBIO, J.M., *El catolicismo francés de la primera mitad del siglo XX visto por un español*, «Hispania Sacra», 49 (1997) 5-14.
- DE PABLO, D., *Evolución de la teología espiritual: Siglo XX. De la teología ascética y mística a la teología espiritual*, «Teresianum», 532 (2001) 113-140 [en AA.VV., *La teología spirituale...*, 113-140].
- DE ROSA, G., *La spiritualità del laico prima del Concilio (1900-1960)*, en AA.VV., *Spiritualità dei laici. Contributi di studio*, Roma 1966, 17-32.
- ENRICO DI SANTA TERESA, *Luci ed ombre nella spiritualità moderna*, RVS, 1 (1947) 65-80.
- ESTRADA, J.A., *La renovación de la espiritualidad*, «Proyección», 39 (1992) 239-251.
- GARCÍA, C., *La «cuestión mística» y la escuela carmelitana*, en AA.VV., *La Teología spirituale...*, 141-167.
- *La teología espiritual. Autonomía e interdisciplinariedad*, en AA.VV., *La teología spirituale...*, 459-487.
- GOMIS, J., *Vida y corrientes en la espiritualidad contemporánea*, en AA.VV., *Historia de la Espiritualidad*, II, Juan Flors, Barcelona 1969, 530-594.
- GONZÁLEZ MARTÍN, M., *La espiritualidad en los momentos de las grandes crisis de la Iglesia*, en AA.VV., *Espiritualidad para un tiempo de renovación*, Semana de teología espiritual 3, Toledo-julio 1977, Centro de Estudios de teología espiritual, Toledo 1978, 15-40.
- GOGOLA, Wieslaw, *I primi manuali il nostro secolo: Adolfo Tanquerey, Johannes a Cruce Brenninger e Joseph de Guibert*, en AA.VV., *La teologia spirituale...*, 183-190.

- GUERRA, A., *Proceso histórico en la formación de la teología espiritual*, en AA.VV., *La teologia spirituale...*, 23-68.
- ILLANES, J.L., *Spiritualità e teologia in Spagna al principio del XX secolo*, en AA.VV., *La spiritualità come teologia*, Simposio di teologia spirituale organizzato dall'Istituto di Spiritualità della Pontificia Università Gregoriana, Roma 25-28 aprile 1991, BERNARD, Ch.-A. (dir.), Paoline, Ciniello Balsamo (Milano) 1993.
- JIMÉNEZ DUQUE, B., *Espiritualidad y apostolado*, en AA.VV., *Historia de la Iglesia en España. La España contemporánea*, GARCÍA VILLOSLADA, R. (dir.), BAC, Madrid 1979, 395-474.
- JIMÉNEZ DUQUE, B., *Tendencias principales de la espiritualidad contemporánea*, «Arbor», 35 (1956) 1-16.
- LECLERCQ, J., OSB., *Jalons dans une histoire de la théologie spirituelle*, «Seminarium», XIV (nova series) (1974) 111-122.
- *Un demi siècle de synthèse entre histoire et théologie*, «Seminarium», XVII (nova series) (1977) 21-35.
- MANDRINI, T., *Venticinque anni di teologia spirituale*, SCt, 74 (1946) 89-91.
- MOIOLI, G., *Teología espiritual*, en DTI, I, 27-61 [NDE, 1349-1358].
- *A proposito de teologia spirituale e del suo insegnamento*, SCt, 102 (1974) 624-634.
- *Fermenti di spiritualità nell'Italia Settentrionale post-unitaria*, SCt, 106 (1978) 446-460.
- *Il problema della teologia spirituale*, SCt, 94 (1966) 1-26.
- OLAZARÁN, J., SI., *Características de la Espiritualidad contemporánea*, en AA.VV., *Sobre la perfección cristiana*, Ponencias de la 1ª Semana de Espiritualidad, Centro de Estudios de Espiritualidad-Universidad de Salamanca (21-26 abril 1952), Juan Flors, Barcelona 1954, 209-260.
- PARENTI, R., *Alcune questioni attuali di spiritualità*, «Città di vita», 2 (1947) 6, 30.
- PINCKAERS, S.Th., OP., *Qu'est-ce que la spiritualité? I. Morale, Ascétique, mystique, spiritualité?*, NV, 1 (1990) 7-19.
- QUERALT, A., *La espiritualidad como disciplina teológica*, «Gregorianum», 60 (1979) 320-375.
- REQUENA, F.M^a., *Vida religiosa y espiritual en la España de principios del siglo XX*, AHI, XI (2002) 39-68.
- ROIG GIRONELLA, J., *Los estudios de ascética y mística y las corrientes filosóficas modernas*, «Manresa», 15 (1943) 3-18.
- ROS, S., *Definiciones de la teología espiritual en el siglo XX*, «Teresianum», 52 (2001) 303-318.
- SCHIETTECATTE, J., *Teologia spirituale e psicologia: la controversia tra Anselmo Stolz e Gabriele di Santa Maria Maddalena*, en AA.VV., *La teologia spirituale...*, 169-182.

- SECONDIN, B., *Spiritualità. Traguito storico e modernità*, en AA.VV., *Spiritualità in dialogo. Nuovi scenari dell'esperienza spirituale*, Paoline, Roma 1997, 27-52.
- SOLIGNAC, A.-DUPUY, M., *Spiritualité*, en DSp, 14, 1142-1173.
- SORRENTINO, D., *Storia della spiritualità e teologia. Necessità e fecondità di un neso*, «Asprenas», 46 (1999) 163-194.
- *Sul rinnovamento della teologia spirituale*, «Asprenas», 41 (1994) 511-532.
- TOFANELLO, G., *La sete di Dio nel mondo occidentale. Semi di contemplazione nel XX secolo*, en AA.VV., *Vedere Dio. Incontro tra Oriente ed Occidente*, SPITERIS, Y.-GIANESIN, B. (dir.), EDB, Bologna 1994, 235-251.
- TOUZE, L., *Sur Jésus-Christ Travailleur dans la spiritualité Catholique (1850-1930)*, en AA.VV., *Dar razón de la esperanza...*, 1057-1074.
- URDÁNOZ, T., *Las tendencias actuales en teología espiritual a la luz de la teología tomista*, CTom, 82 (1955) 225-284.

ABREVIATURAS DE LA TESIS

SIGLAS DE FUENTES UTILIZADAS

Fuentes del magisterio pontificio

- AAS *Acta Apostolicae Sedis*. Commentarium officiale, Typis Polyglottis Vaticanis, Romae 1909-1928, Città del Vaticano 1929 ss.
- CVAT II Concilio Vaticano II: Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación postconciliar, BAC, Madrid 1975, 8ª ed.
- SC-Const. *Sacrosanctum concilium*, 4 dic. 1963.
 - LG-Const. Dogm. *Lumen Gentium*, 21 nov. 1964.
- DenzHün *El magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitio-num et declarationum de rebus fidei et morum*, DENZINGER, H.-HÜNERMANN, P. (dir.), Herder, Barcelona 1999 [versión castellana de la 38ª ed. alemana, Herder, Friburg i.B. 1991].
- DPXI *Discorsi di Pio XI*, BERTETTO, D., SDB. (dir.), 3 vols: [vol. I: 1922-1928; vol. II: 1929-1933; vol. III: 1934-1939], Vaticana, Città del Vaticano 1985, 2ª ed. [1960-1961] [recensión: «Salesianum», XXII (1960) 479-480].
- IGPII *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vaticana, Città del Vaticano.
- IPVI *Insegnamenti di Paolo VI*, Vaticana, Città del Vaticano.
- Las abreviaturas de los libros sagrados según *Catecismo de la Iglesia Católica* [JUAN PABLO II, *Catecismo...*].

Fuentes de la Tradición

- LAMBERTINI, P., *Opus de Servorum Dei...*, LAMBERTINI, P., *Opus de servorum Dei beatificatione, et beatorum canonizatione* [1ª ed. Formis Longui excusoris archiepiscopalis, Bologna, 1734-1738; 2ª ed. Padova 1743; 3ª ed. Roma 1747-1749], en BENEDICTI XIV Pont. Opt. Max. Olim Prosperi Cardinalis de Lambertinis *Opus de servorum Dei beatificatione et Sanctorum canonizatione in septem volumina distributum*, editio novissima, Prati 1839-1842.

- Padres Apostólicos...*, *Padres Apostólicos*, RUIZ BUENO, D. (dir.), edición bilingüe completa, BAC, Madrid 1965.
- PG *Patrologiae Cursus Completus. Series Graecae*, MIGNE, J.P. (dir.), 166 vols. Parisiis 1857-1886.
- PL *Patrologiae Cursus Completus, seu bibliotheca universalis (...)* Series latina in qua prodeunt Patres, Doctores Scriptoresque Ecclesiae Latinae a Tertulliano ad Innocentium III, MIGNE, J.P. (dir.), 219 vols. y 4 de índices, Parisiis 1844-1864.
- S. Ag... SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín*, edición bilingüe, 22 vols., Pontificia Universidad de Salamanca, BAC, Madrid 1946-1967.
- S. Agustín... SAN AGUSTÍN, *Obras completas de San Agustín*, edición bilingüe, Promovida por la Federación Agustiniana Española (F.A.E), BAC, Madrid 1983-2002 ss. [véase particularmente, XXV: *Sermones* (5ª) 273-338, *Sermones sobre los mártires* (1984); XXVI: *Sermones* (6º): *Índices bíblico, litúrgico y temático de todo el Sermonario Agustiniano* (1985)].
- S. Th. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, Pontificia Universidad de Salamanca, PP. Dominicos (dir.), edición bilingüe con el texto latino de la edición crítica Leonina, 16 vols., BAC, Madrid 1950-1964.
- SANTO TOMÁS, *In (...) Sent.*, SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Scriptum in quatuor Libros Sententiarum magistri Petri Lombardi*, P. Mandonnet, M.F. Moos, Parisiis 1929-1947.
- SANTO TOMÁS, *Summa contra Gentiles*, SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentiles de veritate Catholicae Fidei contra errores infidelium*, Leoniane, Romae 1918-1920 [Suma contra los gentiles, I-II, BAC, Madrid 1952-1953].
- SANTO TOMÁS, *Super (...)*, SANTO TOMÁS, *Super Epistolas S. Pauli Lectura*, Marietti, Taurini-Romae 1953 [de entre ellas, sigo la traducción italiana del *Comentario a la Carta a los Romanos: Comento alla Lettera ai Romani*, I-II, Città Nuova Roma 1994].
- SANTO TOMÁS, *Super Ioann.*, SANTO TOMÁS, *Super Evangelium S. Ioannis Lectura*, Marietti, Taurini-Romae 1952 [*Commento al Vangelo di San Giovanni*, I-III, Città Nuova, Roma 1990-1992].
- SCh *Sources chrétiennes*, DE LUBAC, H., SI.-DANIÉLOU, J., SI. (dir.), Cerf, Paris 1941ss.
- SANTA TERESA DE LISIEUX, *Manuscritos...*, SANTA TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma. Manuscritos autobiográficos*, BAC, Madrid 1997.
- SANTA TERESA DE LISIEUX, *Manuscrit [A, B, C]...*, THÉRÈSE DE LISIEUX, *Oeuvres Complètes*, Cerf/DDB, 1997.

SIGLAS Y ABREVIATURAS DE DICCIONARIOS, COLECCIONES Y OBRAS DE FRECUENTE CITACIÓN

- AA.VV., *Dar razón de la esperanza...*, AA.VV., *Dar razón de la esperanza. Homenaje al profesor Dr. Jose Luis Illanes*, TRIGO, T. (dir.), Universidad de Navarra, Pamplona, 2004.
- *La teología del XX secolo...*, AA.VV., *La teología del XX secolo. Un bilancio*, 3 vols., CANOBBIO, G.-CODA, P. (dir.), Città Nuova, Roma 2003.
- *La teología espiritual...*, AA.VV., *La teología spirituale*, Atti del Congresso Internazionale 2000, OCD, Teresianum, Roma 2001.
- *La santità cristiana...*, AA.VV., *La santità cristiana, dono di Dio e impegno dell'uomo*, ANCILLI, E. (dir.), Pontificio Istituto di Spiritualità del Teresianum, Roma 1980.
- *Las Causas...*, AA.VV., *Las Causas de canonización hoy. Teología y derecho*, QUINTANA, R. (dir.), Delegación Episcopal para las Causas de los Santos de la Archidiócesis de Madrid, Col. Temas Perennes, n. 7, Scire-Balmes, Barcelona 2003.
- San Vicente mártir: servidor y testigo..., AA.VV., *San Vicente mártir: servidor y testigo*. En el XVII Centenario de su martirio, Actas del XII Simposio de teología histórica 5-7 mayo 2004, Valencia 2005.
- ACTI AA.VV., *Prospettive teologiche moderne*. Atti del VIII Congresso Tomistico Internazionale, VIII vols., Pontificia Accademia di San Tommaso, Città del Vaticano 1981.
- ARCARI, P., *Il Santo...*, ARCARI, P., *Il Santo*, en ID., *Il Genio, l'Eroe, il Santo*, Vincenzo Colonnello, Milano 1935.
- ARINTERO, J.G., OP., EvOrg, ARINTERO, J.G., OP., *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia, I: Evolución orgánica* Calatrava, Salamanca 1911.
- ARINTERO, J.G., OP., EvDoc, ARINTERO, J.G., OP., *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia, II, Evolución doctrinal*, Calatrava, Salamanca 1911.
- ARINTERO, J.G., OP., EvM, ARINTERO, J.G., OP., *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia, III: Evolución mística*, Calatrava, Salamanca 1908 [reeditada y modificada por el autor en su publicación de 1921].
- ARINTERO, J.G., OP., MecDiv, ARINTERO, J.G., OP., *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia, IV: Mecanismo divino de los factores de la evolución eclesiástica*, Calatrava, Salamanca 1908.
- AUBERT, R., *El medio siglo...*, AUBERT, R., *El medio siglo que preparó el Vaticano II*, en NHI, V, 469-567 [publicación de 1964].

- CONGAR, Y.M.J., OP., *La fe...*, CONGAR, Y., *La fe y la teología*, Herder, Barcelona 1981 [1968].
- DE GUIBERT, J., SI., *Lecciones...*, DE GUIBERT, J., SI., *Lecciones de teología espiritual*, I, Razón y Fe, Madrid 1953 [1922-1942].
- DEFTM MONDIN, B., *Dizionario enciclopedico di filosofia, teologia e morale*, Massimo, Milano 1994, 2ª ed.
- DETM *Diccionario enciclopédico de teología Moral*, ROSSI, L.-VALSECCHI, A. (dir.), Paulinas, Madrid 1986, 5ª ed. con suplemento [1973].
- DEVC *Diccionario enciclopédico de la vida consagrada*, Claretianas, Madrid 1989.
- DM *Diccionario de mística*, BORRIELLO, L.-CARUANA, E.-DEL GENIO, M.R.-SUFFI, N. (dir.), San Pablo, Madrid 2002 [1998].
- DTC *Dictionnaire de théologie catholique contenant l'exposé des doctrines de la théologie catholique, leurs preuves et leur histoire*, VACANT, A.-MANGENOT, E. (dir.), continuado por AMANN, E., 30 vols., Paris 1909 ss.
- DTF *Diccionario de teología fundamental*, LATOURELLE, R.-FISICHELLA, R.-PIÉ-NINOT, S. (dir.), San Pablo, Madrid 1992.
- DTI *Diccionario teológico interdisciplinar*, PACOMIO, L. (dir.), 4 vols., Sígueme, Salamanca 1982-1983 [1977].
- GILLET, M.S., OP., *El valor educativo de la moral católica...*, GILLET, M.S., OP., *El valor educativo de la moral católica*, Sáenz de Jubera, Madrid [1910-1911].
- HELLO, E., *Fisonomías de Santos...*, HELLO, E., *Fisonomías de Santos*, I, Barcelona 1904, 2ª ed. [1875].
- HTC VILANOVA, E., *Del Vaticano I al Vaticano II*, en ID., *Historia de la teología cristiana*, III: Siglos XVIII, XIX, XX, Herder, Barcelona 1992 [Barcelona 1989].
- JOLY, E., *Psicología de los Santos...*, JOLY, E., *Psicología de los Santos*, Juan Gili, Barcelona 1911 [1902].
- MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?...*, MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*, De Presenza, Roma 1950 [1932].
- MARTINELLI, P., OFMCap., *La testimonianza...*, MARTINELLI, P., *La testimonianza. Verità di Dio e libertà dell'uomo*, Collana Diaconia alla Verità 9, Paoline, Milano 2002.
- MHI AA.VV., *Manual de Historia de la Iglesia*, IX: *La Iglesia mundial del siglo XX*, JEDIN, H.-REPGEN, K. (dir.), Herder, Barcelona 1984 [1979] [MHI, IX].
- PETERSON, E., *Testigos de la Verdad* [1937]..., PETERSON, E., *Testigos de la Verdad* [1937], en ID., *Tratados teológicos*, Cristiandad 1966 [1951-1956] 73-101.
- PLUS, R., SI., *La santidad...*, PLUS, R., SI., *La santidad católica*, Difusión, Buenos Aires 1941 [1929].

- STEIN, E., *Obras...*, STEIN, E., *Obras completas*, I: *Estudios autobiográficos y cartas*, Monte Carmelo, Burgos 2002; IV: *Escritos antropológicos y pedagógicos*, Monte Carmelo, Burgos 2003.
- TANQUEREY, A., *Compendio...*, TANQUEREY, A., *Compendio de teología ascética y mística*, Palabra, Madrid 2000, 3ª ed. [1923-1924].
- TSX AA.VV., *La teología en el siglo XX. Perspectivas, corrientes y movimientos en el mundo cristiano y no cristiano*, VORGRIMLER, H.-GUCHT, R. (dir.), 3 vols., BAC, Madrid 1973 [1970].
- ZUNDEL, M., *El poema de la Santa Liturgia...*, ZUNDEL, M., *El poema de la Santa Liturgia*, PPC, Madrid 1991 [1926, 1934].

SIGLAS DE REVISTAS CITADAS

AHI	«Anuario de Historia de la Iglesia»
AnValent	«Anales Valentinus»
BLE	«Bulletin de Litterature Ecclésiastique»
BOEAB	«Boletín (Oficial Eclesiástico) del Arzobispado de Burgos»
CC	«La Civiltà Cattolica»
CommunioE	«Revista Catolica Internacional Communio»
CommunioI	«Strumento Internazionale per un lavoro teologico: Communio», «Rivista Internazionale di Teologia e Cultura Communio»
CSt	«Cristianesimo nella storia»
CTom	«La Ciencia Tomista»
DC	«La Documentation Catholique»
DR	«Downside Review»
EE	«Estudios Eclesiásticos»
EThL	«Ephemerides Theologicae Lovanienses»
LVI	«La Vie Intellectuelle»
LVS	«La Vida Sobrenatural»
LVSp	«La Vie Spirituelle»
MCarm	«El Monte Carmelo»
MCJ	«El Mensajero del Corazón de Jesús»
MDom	«Memorie Domenicane»
ME	«Monitor Ecclesiasticus»; «Il Monitore Ecclesiastico»
NRTh	«Nouvelle Revue Théologique»
NV	«Nova et Vetera»
OD	«L'Osservatore Romano» [edición semanal de lengua italiana]
OR	«L'Osservatore Romano» [edición diaria de lengua italiana]
ORE	«L'Osservatore Romano» [edición semanal de lengua castellana]
PCI	«Palestra del Clero»
PrMCL	«Periodica de re Morali, Canonica, Liturgica»

PPast	«Presenza Pastorale»
QLP	«Questions liturgiques et paroissiales»
RAM	«Revue d'Ascétique et de Mystique»
RAp	«Revue Apologétique»
RET	«Revista Española de Teología»
RevSR	«Revue des Sciences Religieuses»
RF	«Razón y Fe»
RLit	«Rivista Liturgica»
RMM	«Revue de Métaphysique et de Morale»
RSPTh	«Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques»
RSR	«Recherches de Science Religieuse»
RThom	«Revue Thomiste»
RTL	«Rivista Teologica di Lugano»
RVS	«Rivista di Vita Spirituale»
SCt	«La Scuola Cattolica»
ScTh	«Scripta Theologica»
STer	«Sal Terrae»
STMo	«Studia Moralia»
ThGl	«Theologie und Glaube»
ThPQ	«Theologisch-praktische Quartalschrift»
TSt	«Theological Studies»
VCr	«Vita Cristiana»
VP	«Vita e Pensiero»
ZAM	«Zeitschrift für Ascese und Mystik»
ZKT	«Zeitschrift für katholische Theologie»

OTRAS SIGLAS

AA.VV.	Autores varios	
a.	articulus artículum	artículo
c.	capitulum/capitula	capítulo / capítulos
Cfr.	Confert, Conferatur	Compárese
Col.	Columna	Columna
Coll.	Collectio	Colección
dir.	director / directores	
d./disp.	disputatio	
EDB	Edizioni Dehoniane Bologna	
ELE	Editorial Litúrgica Española	
ESD	Edizioni Studio Domenicano	
<i>Ibid.</i>	<i>Ibidem</i>	Mismo autor y obra antes citados
ID.	Idem.	Mismo autor antes citado

lect.	lectio	
lib.	librus	libro
n./nn.	numerus/numeri	número / números
OCD.	Ordo Carmelitarum Discalceatorum	Carmelitas Descalzos
OFM.	Ordo Fratrum Minorum	
OM.	Ordo [Fratrum] Minimorum	Mínimos de San Francisco de Pablo
OFMCap.	Ordo Fratrum Minorum	
Cappucinatorum	Capuchinos	
OFMConv.	Fratrum Minorum Conventualium	Franciscanos Conventuales
OMI.	Oblati Mariae Immaculatae	Mis. Oblatos de María Inmaculada
OP.	Ordo Fratrum Praedicatorum	Orden de predicadores (Dominicos)
OSA.	Ordo [Eremitarum] Sancti Augustini	Orden de San Agustín (Agustinos)
OSB.	Ordo Sancti Benedicti	Benedictinos
OST.	Ordo Sanctissimae Trinitatis	Trinitarios
part.	pars	parte
Presb.	Presbiterus/	Presbítero
q.	questio o quaestiuncula	cuestión
SDB.	Societas S. Francisci Salesii	Sociedad de don Bosco (Salesianos)
SI.	Societas Iesus	Compañía de Jesús (Jesuitas)
t.	tomus	tomo
vol./vols.	volumen/volúmenes	

LA UNIÓN ENTRE VERDAD, BIEN Y BELLEZA: EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS

En el campo de la teología fundamental es de todos conocida la así llamada «Cuestión de Lessing» que tuvo lugar a finales del siglo XVIII. Gotthold Ephraim Lessing interpeló por entonces a todos los cristianos planteando una objeción, en el fondo profundamente razonable, según la cual no es posible reconocer la autoridad de la Revelación de Dios sin pruebas, sin signos actuales de su presencia¹. A él, se añadieron otros muchos filósofos modernos que se manifestaron en una marcada hostilidad a la categoría de testimonio, considerándola falta de una fiabilidad epistemológica. De modo comprensible, los autores que proponen un acercamiento iluminista o idealista a la verdad y al conocimiento se intranquilizan cuando llega el momento de explicar un aspecto crucial de la revelación cristiana y de la verdad en general: lo concreto y contingente de las mediaciones creadas a través de las cuales la recibimos².

Concretamente, en la segunda mitad del siglo XIX y a comienzos del siglo XX, la fe cristiana sufre un violento ataque que perdura, de un modo u otro, hasta nuestros días. En gran medida, las distintas instancias culturales, intelectuales, sociales y políticas parecieron conjugarse contra la Iglesia y contra la creencia religiosa. Más que un ateísmo, tal ataque parecía promover una humanidad nueva; una humanidad que, desligada no solamente de Dios, sino de la misma cuestión acerca de Dios, busca sus causas y principios primeros en éxitos meramente terrenos: Marx en la sociedad, Freud en el psicoanálisis, Nietzsche en la voluntad de poder.

Uno de los puntos esenciales de este ataque fue precisamente la crítica radical del valor del testimonio humano y cristiano, realizada de un modo particularmente significativo por parte de Nietzsche, uno de los ideólogos más influyentes en la cultura contemporánea.

En otoño de 1888, Nietzsche escribía su famoso *El anticristo*. En su libro, el filósofo alemán ataca duramente al martirio cristiano afir-

mando de éste ser el «peor testimonio de la verdad»³. La pretensión de la razón moderna afirma abiertamente con Nietzsche se expresa en su afirmación «el verdadero testimonio es nuestra propia doctrina»; afirmación que no es desconocida en la historia, pues la encontramos ya en los gnósticos, en los comienzos mismos de la Iglesia, como lo afirmara San Ireneo de Lyón en su polémica con ellos⁴.

En enero de 1889, Nietzsche, delirando y auto proclamándose Dios y sucesor de Cristo, ingresaba en una clínica psiquiátrica. En aquel mismo mes, un joven convertido a la fe cristiana, Charles de Foucauld, llegaba a Nazaret, con el propósito de participar en la Cruz de Cristo mediante la abnegación, y la entrega de la propia de vida como imitación de la de Cristo⁵. «Estas encargado –decía Charles de Foucauld– de gritar el Evangelio sobre los tejados, no con tus palabras, sino con tu vida»⁶.

Más aún. En aquel mismo año de 1889, una joven de dieciséis años, Thérèse de Lisieux, escribía a su hermana una carta en la que anunciaba proféticamente una dimensión fundamental de los mártires del siglo XX:

«Dios es digno de admiración, pero, sobre todo, es digno de amor. Amémosle pues..., amémosle lo bastante como para sufrir por Él todo lo que Él quiera, incluso los dolores del alma, las arideces, las angustias, las frialdades aparentes... ¡Es gran amor amar a Jesús sin sentir la dulzura de este amor! ¡Es un verdadero martirio! Pues bien, ¡muramos mártires! [...] Es el martirio ignorado, sólo conocido por Dios y que el ojo de la criatura no puede descubrir, martirio sin honor, sin triunfos»⁷.

Esta joven se lanza a una aventura que será justamente la de «partir desde su propio incendio» –usando las palabras de Nietzsche– para allí encontrar el de Dios. Tanto el Beato Charles de Foucauld, como Santa Teresa de Lisieux, son dos, de entre otros muchos testigos de Cristo, que señalaron a principios del siglo XX la respuesta cristiana al programa nietzschiano de liberar al hombre de Cristo, de la moral y de la verdad en nombre de su libertad⁸.

La cuestión del martirio, entendido como testimonio vivo de verdad, amor y belleza, a partir del mismo testimonio ofrecido por los Santos, no cierra la posibilidad a una apología del cristianismo, entendida ésta como discusión dialéctica, ni niega el valor apologético propio del martirio, en cuya perspectiva apologética era comúnmente considerado como un signo importante a favor del origen divino de la religión cristiana⁹. Sin embargo, sí desplaza el método de

este discurso, y por lo tanto, el modo de comprender su mismo fundamento. Si antes el método apologético buscaba, mediante la dialéctica, defender la verdad de la doctrina cristiana, el método propuesto a partir del testimonio de los Santos busca, mediante el valor evangelizador del mismo testimonio, proponer la verdad y la vida de Cristo¹⁰. Si en el método apologético el fiel creyente encuentra en el martirio un innegable apoyo para la fe, en el método que parte del valor del mismo martirio, todos, fieles e infieles, tienen la posibilidad de admirar, de reconocer y de imitar la vida virtuosa que encuentran en los mártires; posibilidad que abre, a su vez, en su cumplimiento, el poder afirmar con el propio testimonio, tanto de palabra, como de obra, el amor de Cristo¹¹. Tal propuesta de la verdad cristiana ha sido cada vez más solicitada y apreciada desde comienzos del siglo XX¹².

De este modo, la Iglesia, ante los interrogantes planteados por afirmaciones contrarias a ella y como manifestación de la riqueza que va redescubriendo en el tesoro de gracia y de verdad que le anima, mostrará la excelencia y validez perenne de su doctrina entre otros innumerables modos, a partir en la reflexión que muchos autores cristianos realizan acerca del testimonio cristiano y, concretamente, acerca del testimonio de los Santos.

1. EL TESTIMONIO CRISTIANO

En el capítulo primero de nuestro trabajo tuvimos la posibilidad de poder tratar acerca del testimonio como conocimiento, privilegiando, en cierto modo, la figura del sujeto receptor y la cuestión de la validez epistemológica del conocimiento testimonial.

En el presente capítulo, la cuestión del testimonio parte de la significación teológica de este término, según es comprendido por los autores de la época que nos atañe. El testimonio visto desde este punto de vista, considerado principalmente a partir de la naturaleza del objeto del testimonio, se focaliza, por ello mismo, en la figura del testigo con quien se relaciona necesariamente, privilegiándola, de este modo, a la realidad del receptor, sin negar por ello la esencia interpersonal en todo testimonio. El testimonio dado por Cristo de sí mismo, fundamentado en el testimonio que el Padre y el Espíritu dan de Él, llama y requiere de testigos a los que Dios elige para que, en su humano testimonio, vivan y hagan vivir la misma vida de Dios¹³.

1.1. El testimonio cristiano, don divino

El testimonio de la vida cristiana es sobre todo, y antes de manifestarse como acción humana, un don divino. «La verdad nueva –afirma Karl Adam– no emerge de las profundidades de la naturaleza humana en su carácter específico [...] sino que, esencialmente, es un don de lo alto»¹⁴.

En el día de Pentecostés, Dios concede a la Iglesia el Espíritu Santo, en cumplimiento de la promesa del Salvador y para inaugurar el gran testimonio que ella debía dar de Cristo ante los hombres. Con esta afirmación se expresa que el progreso de la Verdad en las almas es obra propiamente divina; obra del Espíritu Santo, que es el Espíritu de la Verdad, pues es Él quien convierte a los hombres y les lleva a amar la Verdad¹⁵.

Ahora bien, el Espíritu Santo creó en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, un templo y un órgano vivo, en el que expresa su testimonio. El Espíritu Santo, presente en la Iglesia, es el Maestro de la Verdad, y concede a su Esposa una multitud de carismas y dones por medio de los cuales Él sigue difundiendo la Verdad divina. Por ello –afirman muchos autores cristianos– Dios concede continuamente a la Iglesia, y a la humanidad, a través de aquella, testimonios vivos de su presencia amorosa en la historia de los hombres¹⁶. Esta vida aparece a los hombres como un tipo de Evangelio en acción. Este don del Espíritu Santo, que se convierte en el ministerio propio de todo cristiano, consiste esencialmente en presentar a los hombres el objeto de la fe bajo una luz especial que es la luz del testimonio¹⁷. Allí donde está presente penetra hasta el fondo del corazón del hombre no pidiendo actos externos, sino después de haber tocado la misma conciencia a la que inspira los sentimientos más nobles¹⁸.

La vida de los Santos y la historia de la Iglesia se desenvuelve bajo la guía del Espíritu Santo, quien indica, por medio de ella, el sentido del plan de Dios y de la Revelación de su misterio. En su misericordiosa providencia, Dios ha enviado a cada uno de los Santos, hijos predilectos de la Iglesia, para recordar al mundo su destino y sacarlo de su vida corrompida¹⁹. Recordemos que en la Edad Media a los Santos Padres se les llamaba sencillamente *sancti*, queriendo con ello indicar que aquellos hombres habían sido instrumentos del Espíritu Santo para explicar las Escrituras y precisar las normas de la verdadera religión²⁰. Así como el Concilio de Trento afirma que el contenido de la Tradición es el Evangelio, son los Santos quienes lo viven y, por lo tanto, quienes nos lo enseñan²¹.

En el pensamiento tanto moral como espiritual se ha ligado frecuentemente la gracia del testimonio como aquella gracia característica que deriva del sacramento de la confirmación. Dios concede al bautizado el vigor de la gracia propio de un miembro adulto del Cuerpo Místico de Cristo cuyo acto propio es la confesión pública de la fe de Cristo, confesión libre y fuerte *coram regibus et principibus* hasta el sacrificio de la vida²². En medio de una humanidad caída por el pecado original donde se libra un verdadero conflicto entre una multitud de ideales humanos, el cristiano es enviado a anunciar con su vida su adhesión a Cristo, a dar un testimonio de la Verdad. La adhesión profunda de la inteligencia y del corazón humano, manifestado en una confesión humilde y llena de coraje, es un signo vivo del valor de la Verdad que ha conquistado tal testigo, y está llamada a difundirse en todos los hombres²³.

En este don del testimonio cristiano, Dios concede a todo hombre la gracia no sólo de comprender fácilmente la verdad cristiana y vivirla en su propia vida, sino íntima e inseparablemente unida a ésta, la gracia de ser su testigo, en cuya gracia está la propia perfección de todo hombre. Frente a todo tipo de frialdad o de miedo, el testimonio cristiano manifiesta que Cristo nos llama a una existencia que transfigura nuestra personalidad. Nos llama a una perfección donde lo verdadero, lo bueno y lo bello se identifican. Es un llamamiento al heroísmo, pues pide una consagración entera de nuestras vidas, al mismo tiempo que dilata todas nuestras potencialidades. Dios, con un método inimaginable, quiere pasar a través de la humanidad de aquellos a quienes se ha ligado en el Bautismo²⁴.

1.2. El testimonio cristiano, acción divina y humana

Dios conoce al hombre que ha creado. En los tres ámbitos en los que Dios ha dispuesto que el hombre pueda conocer la verdad –directamente, remotamente, indirectamente– es por medio de esta última, a través de la revelación divina, como normalmente se ha comunicado a los hombres. La verdad se comunica normalmente por medio del testimonio.

Dios conoce el hecho de que todo hombre ejerce una influencia sobre sus semejantes. Dejando al lado la significación de la acción en cuanto mero trabajo exterior en la transformación de una materia, nos referimos con este término a aquel obrar humano que expresa y muestra en toda su transparencia la realidad íntegra del ser del hom-

bre. Es inseparable de su espíritu y no puede fructificar sino en su amor. Ciertamente, puede manifestarse en una acción exterior, pero lleva impreso el sello de la persona y deja entrever su alma. Esta acción es considerada como testimonio, pues participa de aquel grado de transparencia del ser mismo, con la fuerza y el atractivo del bien que se ha hecho ya vida²⁵.

Considerada en estos términos, y se sea consciente o no, la acción de un hombre influye sobre el misterio del ser que la recibe, sobre la autonomía de su vida interior, sobre el carácter único de su persona. De aquí la necesidad previa de analizar críticamente toda acción humana, dado el deseo de adherirnos sólo a aquella que haga madurar nuestra libertad. Dado que nuestra autonomía encuentra su cumplimiento en la santidad absoluta, la realización plena de nuestra libertad será el conocer su testimonio, su Verbo, que por razón de la Creación y de la Redención está más íntimo en nosotros que nosotros mismos: Jesucristo²⁶.

La humanidad de Cristo tiene su Yo en el Verbo, ella subsiste en Dios en una relación viviente con Él. Al ser su apertura a Dios infinita, su apertura al hombre no tiene límites. En esta universalidad puede difundirse en cada una de nuestras humanidades y asimilarla a su ser para erradicar de cada uno su yo impuro, atraerlo a Dios y revestirlo del Verbo y para hacer desempeñar en él aquella transparencia que es el candor de la luz eterna. De este modo la santa humanidad de Cristo llega a ser, en nosotros, la fuente de una acción que tiene su principio en Dios.

Para que tal asimilación a su Yo divino se obre en nosotros. Él mismo quiso dar testimonio de aquello que el hombre está llamado a vivir si quiere ser verdaderamente tal: el misterio de la Cruz y de la Resurrección que en la Eucaristía se nos manifiesta como memorial perpetuo de su testimonio. Nuestra identificación con Dios y nuestro testimonio lleva consigo una ruptura de nuestro yo para que hagamos nuestro lo que es suyo: *Este es Mi Cuerpo y esta es Mi Sangre...*, habiendo hecho Él suyo lo que es nuestro: *Oh admirable intercambio!*... Es entonces cuando los ojos humanos se abren por la fe al conocimiento del misterio de Dios y del misterio del hombre²⁷. Tras el testimonio de la Redención de Cristo y su acogida en el hombre, éste, redimido en la misma muerte de Cristo, renace a una vida nueva manifestada en la adoración a Dios y en el deseo de vivir plenamente según la voluntad divina²⁸. Tal divina voluntad ha querido que la obra redentora de su Hijo continuara en la misión de la Iglesia²⁹. En esta inhabitación recíproca de todos en Cristo y de Él en todos, todo valor humano adque-

re un sentido y significado nuevo: nadie puede apropiarse del acto redentor sin comunicarlo a sus hermanos, siguiendo la ley profunda de la vía trinitaria donde la actividad del ser divino vive en el don de las relaciones personificantes³⁰. Actuar, en el sentido cristiano y más sublime de la palabra, es, pues, revestirnos de Cristo y llegar a *ser perfectos como nuestro Padre es Perfecto*. Toda la acción ha de ser ordenada a la gloria de Dios por la perfección del alma consumida en la caridad y llevada por el Espíritu Santo hacia la vida eterna.

Ahora bien, la santidad de Dios, propuesta como modelo a los hombres no puede ser imitada por ellos más que de un modo mediato dada su infinitud. Tras el modelo inmediato de Cristo, los Santos, y las escuelas de santidad a partir del testimonio de sus fundadores, reproducen, cada uno a su manera, algún rasgo de la absoluta belleza de Dios. La plenitud de la gracia que está en Cristo nuestra Cabeza, se difunde en los Santos, sus miembros, con una riqueza inaudita de modalidades y matices: es la belleza y la perfección de la Iglesia, al mismo tiempo que una exigencia de su misión en medio del mundo³¹. Ellos manifiestan, por un lado, la universalidad de la llamada de la santidad y el poder de su adaptación a todos los climas, condiciones o momentos históricos y sociales; por otro, y ligado a esta rica variedad de rostros que posee la santidad, la inmaculada unidad y verdad de la perfección cristiana³².

El cristiano, como testigo de Dios, de Cristo y de su Iglesia, encuentra que su testimonio se expresa ante los hombres, a semejanza del testimonio divino, como una propuesta y no como una exigencia, de tal manera que una de sus características es la de ser la primera sollicitación sobre el espíritu³³.

En una aceptación de las dos fases de abstracción propias del conocimiento humano, *apprehensio* y *juidicium*, el carácter tangible del modo como Dios se revela por medio del testimonio no impone al hombre un *juidicium* de la verdad que contiene, sino que «suave y firmemente» conduce al posible creyente a realizar el *juidicium* respecto de la verdad revelada, para abrazar la verdad que contiene, e identificarse con ella³⁴. La gracia de Dios busca una recepción plenamente humana para que hunda sus raíces en el alma. En el testimonio, la verdad reconoce la naturaleza del hombre y no se impone³⁵. Por más que la verdad divina sea «visible» e innegable en la vida de Cristo y de los cristianos, su aceptación requiere invariablemente por parte del hombre una apertura interior a la gracia divina, y una respuesta personal libre que nunca puede ser anónima o dada por supuesto. La admiración, fruto del testimonio, es el primer comienzo de la adhesión

a lo testimoniado. Esta admiración nacía, en primer lugar, en el testigo, quien, en una atención respetuosa y universal a todo lo creado, es capaz de contemplar en todo la huella de lo divino³⁶.

El cristiano anhela, en el amor que tiene al Salvador, imitar y reproducir en sí mismo su imagen³⁷. El testimonio cristiano requiere que en el ejercicio de la caridad y de la fortaleza cristiana, el hombre prefiera a Cristo y a la virtud que a Él le dirige, antes que a cualquier otro bien como pueda ser la vida física, la estima o la amistad humana. En este sentido, se afirma que todo testimonio cristiano, ya el ejercido en la paciencia o aquel supremo del martirio, es el triunfo de la caridad, forma de todas las virtudes, pues de ella toman su fuerza³⁸. Sin embargo, «en cada Santo brilla particularmente una virtud y esta luz particular, la prontitud con la cual realiza los actos de esta virtud, dándole al Santo su fisonomía propia, distinguiéndole de los demás y verificando en él lo que la Iglesia dice de cada uno de los Confesores: *Non est inventus similis illi, qui conservavit legem Excelsi*»³⁹. Esto dará margen a la infinita variedad de ejemplares que incesantemente nos será dado admirar⁴⁰.

No es de ignorar, sin embargo, que el cristiano, consciente de la vocación a la que ha sido llamado, se encuentra inserto en medio de un mundo y de un medio que pretende imponerle sus propias leyes. Este hecho es una de las razones por las que su testimonio se hace realmente admirable: por aquella perfecta cohesión y equilibrio entre la doctrina que el testigo de Dios anuncia y su propia vida, así como por la sorprendente adaptación de aquella verdad a las exigencias de la más estricta psicología⁴¹. Más aún: el valor de la experiencia religiosa que ofrece la acción cristiana radica en que sus afirmaciones, según se puede verificar, han tenido cumplimiento en el testigo⁴². De hecho, como es preciso temer a los peligros de las ilusiones, a las exageraciones del sentido personal y a las fantasías más o menos quiméricas que pueden presentarse y turbar las mejores voluntades, el mismo Señor ha establecido como madre y garante del testimonio cristiano a la Iglesia. En ella, Dios ha elegido a los Santos para que, en su libertad, expresaran de un modo propio e irrepetible, «modélico», la verdad de Cristo, su bondad, su belleza y sus exigencias⁴³.

2. EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS

De un modo extraordinario nos introduce en este apartado una afirmación de Charles Péguy que encontramos en una carta dirigida a André Gide en 1912: «Los verdaderos hijos de la Iglesia callan, su-

fren y rezan; son más de cuantos os podáis pensar, pero es necesario estar en medio para conocerles»⁴⁴.

2.1. La continua presencia de los Santos

A mediados del siglo XIX, John Henry Newman presenta al lector el catálogo de Santos ingleses que había formado como preparación de la Serie de sus vidas que empezó a publicar por aquellos años. Introduce este catálogo con las siguientes palabras:

«Poseer la historia del pasado es una compensación por los desórdenes y perplejidades de los últimos tiempos de la Iglesia. A los que hoy vivimos se nos ha ahorrado presenciar la ruptura de la Ciudad de Dios, cosa que nunca imaginaron los primitivos creyentes, pero, por otro lado, podemos asistir al espectáculo a lo largo de una época que es causa de los infortunios que actualmente ensombrecen la Iglesia. Si fueron bienaventurados los que vivieron en los tiempos primitivos y vieron frescas las huellas de Nuestro Señor, y oyeron el eco de la voz de los Apóstoles, también lo somos nosotros porque nos cabe la dicha de ver a este mismo Señor revelado en sus Santos. Las maravillas de su gracia en el alma del hombre, su poder creador, sus dones inagotables, su obrar multiforme, todo eso lo conocemos nosotros y no ellos, que nada saben de San Gregorio, San Bernardo, San Francisco y San Luis. Así pues, al fijar los ojos en la historia de los Santos —y al sacarla a la luz—, no hacemos más que gozar del consuelo y del premio a las tribulaciones que el Señor, en su bondad, ha previsto para nuestro bien»⁴⁵.

De todos modos, los ataques contra la identidad y naturaleza de los Santos continuaron. Nos encontramos, desde mediados del siglo XIX, con un vivo interés por parte de algunos en afirmar que la Iglesia había muerto; o que si todavía estaba viva, carecía de energía pues no disponía de vigor para engendrar nuevos Santos. De este modo se expresaron, entre otros, Proudhon, Michelet, León Denis, Aulard y Guignebert⁴⁶. Por otra parte, era lógico que, una vez que no se creyera en la verdad del misterio cristiano y no se considerara siquiera la posibilidad de su conocimiento ni, incluso, de su existencia, la santidad de la vida moral no sería sino fruto de unas imágenes cristianas ligadas a una cierta tradición⁴⁷.

En este sentido, es conocida la afirmación de Jean Paul Sartre, pocos años más tarde:

«El santo es un muerto; en este mundo, él no existe. La Iglesia canoniza todavía, aunque lánguidamente; sus fieles mismos tienen el senti-

miento de que los Santos pertenecen al pasado [...] La santidad me repugna, con sus sofismas, su retórica y su delectación morbosa; ella no tiene más que un único uso hoy en día: permitir a los hombres de mala fe razonar falsamente»⁴⁸.

Gran parte de los autores cristianos reaccionan ante las continuas afirmaciones racionalistas y laicistas⁴⁹. «Nuestra edad, saciada de “naturalismo”, no cree fácilmente en la existencia de los Santos. Y, sin embargo, no hay nada más inexacto»⁵⁰.

Algunos de ellos se preguntan cómo explicar —en el caso de que fueran exactas estas afirmaciones— la floración de Santos que «sobrea-bundan allí por donde vas, y en todo momento histórico» como lo afirma Raul Plus⁵¹. Lo expresa de igual modo Martindale al afirmar que hablar de santidad es «hablar de la eternidad de Dios y de Cristo»⁵². Y lo afirma Thomas Eliot al señalar que a los cristianos, al igual que a Cristo, se les perseguirá a lo largo de la historia, pues «lo que ha sucedido una vez, siempre puede suceder»⁵³.

Más aún: ¿por qué no mostrar en toda su universalidad, como lo hicieron los Apologistas de los primeros siglos, aquel valor del testimonio cristiano?, reivindica Ernesto Hello en el prefacio de su obra *Fisonomía de Santos*⁵⁴.

Sin embargo, es el mismo Georges Bernanos, conocido por su confianza en «una Iglesia que es la Iglesia de los Santos», quien afirma en *Jeanne, relapse et sainte* con tristeza: «¿Pero quién se preocupa de los Santos?»⁵⁵. Él mismo, años más tarde, en 1936, año de la publicación de la novela *Diario de un cura rural*, detecta que el «mundo se halla consumido por el tedio»; un aburrimiento y una fragmentación que disimuladas bajo los rasgos de un activismo desenfrenado, son enfermedades espirituales y, en consecuencia, requieren remedios del mismo tipo. Desde el fondo de su parroquia, aquel cura rural había presentado el camino de la curación: «creo que si un santo lo hubiera llamado...»⁵⁶.

El testimonio de la vida de los Santos había sido —como así es reconocido por los mismos críticos de la Iglesia— como «signo de contradicción», motivo de conversión a la fe para unos, y ocasión para un rechazo irracional para otros⁵⁷. Alguna explicación —en todo rigor científico— había que dar ante tal espectáculo ya no sólo de coherencia y de unidad de vida que ofrecían las vidas de los Santos, sino también por los innegables resultados psicológicos y sociales que generaban sus testimonios⁵⁸.

Algunos autores cristianos son conscientes de que el discurso apolo-gético en numerosas ocasiones no tenía en cuenta, debido a su for-

ma expositiva, su falta de profundidad intelectual ni la dificultad de comprensión. Le critican que éste olvidara, a menudo, el objetivo último de toda pedagogía cristiana y, por lo tanto, los medios para llegar a éste⁵⁹. La apologética —afirman estos—, modalidad de la tarea educativa cristiana, debía ser no tanto un estudio como un apostolado, no tanto una ciencia como un arte: «el arte de conquistar las almas a la verdad católica»⁶⁰.

La apologética es consciente de que cuenta con dos medios para su ejercicio: con los razonamientos de los apologistas y con la vida de los cristianos. Y, si bien no se ha de adherir a la fe sino después de que este acto sea aprobado como justo por la razón y ordenado como necesario por la conciencia, son dos las fuentes principales para el camino de la fe: el corazón del hombre que, a medida que se forma, reconoce mejor su debilidad y su necesidad de Dios, y la historia religiosa, que muestra cómo la bondad de Dios está inclinada hacia los hombres no solamente para colmar sus necesidades sino para sobrepasar sus deseos. Debido a la fidelidad de Dios, jamás —por degenerados o perfeccionados que hayamos sido o podamos ser— cesan numerosos hombres y mujeres de darnos advertencias o infundirnos alientos. Advertencias y alientos que nos impulsan a la semejanza con aquellos, a la vez que se nos dan los medios oportunos para ello⁶¹. En este sentido, se afirma por gran parte de los pensadores que sólo la vida posee la capacidad de presentarse con fuerza, luz y calor suficientes para persuadir al hombre y llevarle hacia la verdad⁶². Las palabras, ciertamente, no son inútiles; no se puede prescindir de ellas. Pero más pujante que el lenguaje del papel impreso es el de la historia vivida⁶³. El rostro del Santo y del libertino reflejan dos mundos, y sin grandes esfuerzos de análisis, sino por un sentido natural más profundo que la misma razón, adivinamos la santidad o el vicio en sus rostros⁶⁴.

Un apologista cristiano que se contenta con las palabras no llegará sino a una especie de estética religiosa mal entendida, pues para conducir las almas a la moral evangélica es necesario el recurso que aporta la vida religiosa y santa del testimonio cristiano; entre otros motivos, porque el instinto de imitación en el hombre prevalece sobre las apreciaciones intelectuales que se le ofrecen, así como su deseo de verdad relativiza toda elucubración teórica⁶⁵. La vida del testigo no concede sólo la convicción ante la verdad sino, en razón de su luz, la persuasión y la atracción a la misma. *Verba movent, exempla trahunt*⁶⁶.

Como es sabido, para el P. Arinterro la mayor acreditación de la Iglesia es la santidad de sus mejores fieles. La santidad es título irrecu-

sable de verdad. En la consideración de «una apologética integral», y ante el positivismo y el criticismo reinante, el Padre Arintero afirma en 1911 que «donde brilla la santidad verdadera allí esta visiblemente el *Dedo de Dios*»⁶⁷.

Para el P. Arintero, el método apologético más universal, más eficaz, más suave y más en armonía con las condiciones del pensamiento, era la exposición positiva, viviente y palpitante de los misterios de la vida cristiana y de todo el proceso de la deificación de las almas. Es mostrar prácticamente que lo sobrenatural no llega a nosotros como una imposición, no nos priva de ser hombres, sino que nos hace «sobre-humanos, hijos de Dios y *dioses por participación*»⁶⁸. Tal armonía de lo natural y lo sobrenatural se encuentra de modo ejemplar en una vida santa, a la que llama el P. Arintero, «una apologética en acción»⁶⁹. La apologética no debe confiar tanto *in persuasibilibus humanae sapientiae verbis*, cuanto *in ostensione spiritus et virtutis*; para que la fe *non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei* [1Co 2, 45]⁷⁰. De ahí que los Santos obren más conversiones que los sabios⁷¹.

La historia, por otra parte, confirma estas observaciones al mostrarnos cómo, a través de los siglos, la verdadera causa de la difusión del Evangelio y de la cultura que lleva consigo en su anuncio, nos la encontramos, no tanto en la justicia y fuerza de los argumentos desarrollados cuanto en la fuerza comunicativa de la vida de los cristianos⁷². Se ha de añadir que este testimonio es de una especial influencia cuando es ofrecido por hombres sabios y Santos, en aquellos donde se abrazan de un modo extraordinario la ciencia y la fe, siendo cada uno de ellos una viva apología de la religión y de la cultura cristianas⁷³.

La necesaria reivindicación de la misión educativa de los Santos es, por lo tanto, especialmente oportuna en nuestros días –afirman muchos autores cristianos– debido al decaimiento e increencia acerca del valor de la virtud. Más aún: para formar verdaderamente a los hombres es necesario señalar el amor y la práctica de la virtud como ideal realizado en los Santos antes que el miedo o la huida del vicio y de sus efectos y consecuencias. Señalar esto último sin lo primero será conducir al joven a una violencia inútil. Es más eficaz educar el alma de los jóvenes con pensamientos bellos y entusiasmos generosos y alegres propios de la virtud, que con las culpas y miserias humanas; animarle con la visión de los Santos ejemplos y no con moverlo con el espectáculo morboso de las caídas del pecado⁷⁴. Si es verdad que ambos han de estar presentes en la obra educativa, lo han de estar según una subordinación y preferencia: el Espíritu de amor, como fuente noble

de la fuerza y de la constancia de la voluntad al bien, debe predominar sobre todo impulso o perturbación de temor, aunque éste fuera bueno⁷⁵.

Todo ello nos lleva a afirmar con Maritain que es en el contexto vital del testimonio cristiano donde se ha de buscar y entender racionalmente la respuesta a cualquier cuestión relativa a la vida moral concreta⁷⁶. Son momentos históricos donde la gran palabra consiste en rehabilitar la memoria abriéndola testimonialmente a todas las gentes de buena voluntad⁷⁷. En este mismo sentido, el joven sacerdote Montini en una carta de 1918 dirigida a un amigo afirmaba: «El cristianismo debe ser un martirio, un testimonio»⁷⁸.

2.2. Identidad del Santo cristiano

La primera pregunta que se hace el jesuita Caryl Charles Martinale en las «conferencias» que transmitió desde Londres, Birmingham, Nottingham y Manchester entre el 24 de enero y el 8 de mayo de 1932 fue la siguiente: ¿Qué es un Santo?⁷⁹.

Martindale es consciente del deterioro que ha sufrido la palabra, aunque, en positivo, se mantiene el reconocimiento del valor del Santo en afirmaciones como: «yo no soy un santo, pero ciertas cosas no las admito». Este supuesto le lleva directamente a afirmar que la primera noción que ha de darse acerca de los Santos es que «los Santos fueron personas humanas»⁸⁰. Esto mismo había sido ya afirmado a finales del siglo XIX Ernesto Hello en el prefacio de su obra *Fisonomía de Santos*⁸¹.

Ahora bien, «¿qué es lo que ha hecho posible –se pregunta Martinale– esta selección de personas que sobreviven de tal modo a los siglos, no como seres memorables, sino como realidades inmortales?»⁸². «¿Qué tienen de especial estos hombres a los que reconocemos como Santos?»⁸³. ¿Por qué son «los seres más excelso del universo», según la afirmación de Santo Tomás?⁸⁴.

Ciertamente, no la belleza física, ni el haber sido grandes pensadores o conocidos hombres de ciencia, ni el haber ocupado puestos eminentes en la política, en el mundo de las finanzas o en la sociedad⁸⁵.

Tampoco la santidad la constituye el pertenecer a una clase social, ejercer una concreta actividad, vivir en un país o en un período histórico concreto⁸⁶.

La principal afirmación en la identidad de la santidad cristiana es que en los Santos se cumple realmente el sublime designio divino

descrito por San Pablo: *Dios los previó, los amó, los eligió, los predestinó, los santificó, los glorificó*⁸⁷. Los Santos son, pues hechura de Dios y glorificaciones de su gracia⁸⁸. Es Martindale quien afirma que «no es la proclamación, ni el ensalzamiento sobre los altares lo que hacen al Santo. Los Santos los hace Dios»⁸⁹. O en palabras de Du Bos —como nos transcribe Paolo Arcari—: «se puede ser un gran hombre por sí mismo, pero santo no se puede ser más que por Dios y por medio de las operaciones de Dios»⁹⁰. Esta verdad primera y fundamental la encontraremos en cada una de sus características personales, y en todas y cada una de sus virtudes.

De este modo, al fijar nuestra atención en las virtudes que fueron testimoniadas por los Santos se comprende que la primera virtud que el Santo encarnó en su vida fue la fe oblativa en Dios: «Los Santos son Santos porque están dedicados a Dios, son consagrados, y es ésta una cosa rara, tan rara que muchísimos no han tenido ocasión de notarla»⁹¹.

Ahora bien —afirma Martindale—, también los Brahmanes o los Sufís mahometanos, a su modo, han alcanzado y vivido a su modo la certeza de la divinidad. Sin embargo, hay algo en el Santo que le distingue absolutamente del Budista, del seguidor de Zoroastro, del Ocultismo, algo que los diferencia del humanitario, del filántropo o del reformador: «los Santos son cristianos»⁹². Los Santos «alcanzan a Dios como Dios quiere ser alcanzado, mediante Cristo y en Cristo»⁹³. Esta es la mayor diferencia de los Santos con cualquier otro hombre no santo. «Los Santos son —con las palabras de San Pablo— *en Cristo*, y en ellos, *Cristo vive*»⁹⁴.

Esta unión con Cristo es lo que hace posible al Santo no sólo la permanencia en su identidad personal, sino su pleno desarrollo⁹⁵. Se entiende de este modo cuál es el origen de la fuerza, de la vitalidad, de la asombrosa influencia que tuvieron y tienen para con el resto de los hombres⁹⁶.

Ellos no razonaron de un modo voluntarista: «Dios ama la humanidad, por lo tanto, yo debo hacer también lo mismo»⁹⁷. Y aunque el Santo es, esencialmente, un hombre que obra una impensable cantidad de trabajo humano, no actúan por pura y simple fuerza de voluntad, ni gracias a los medios por los que los hombres actúan de un modo superior a la media. El Santo vive en un grado de elevación, con una intensidad, una perseverancia de acción, que él sabe que no es debida en primer lugar a él. Todas las frases como «autosugestión», «sublimación», «altruismo» o, incluso, «armonía con el infinito», y así otras, son absurdas; más aún: vulgares, cuando se habla acerca de los Santos⁹⁸.

El Santo es un hombre sobrenatural, sobrenaturalizado: todos sus sentidos y potencias –físicas, psicológicas y espirituales– adquieren un nuevo horizonte y una nueva vida, plenamente humana, por el don gratuito de Dios: la gracia⁹⁹.

En todo –parafraseando un texto de Paolo Arcari–, el Santo «bajo la costra de la inmundicia, superando el olor fétido del vicio con el olor pío de las lágrimas, verá la sonrisa de Dios, sentirá la presencia de Dios, las promesas de la Belleza increada»¹⁰⁰. Más aún. Precisamente en razón de este principio divino que le guía en su integridad, el Santo, lejos de todo voluntarismo excluyente, es una «apología y glorificación del deseo y de la voluntad de vivir»¹⁰¹.

Todo en el Santo se explica únicamente a partir del amor que le une directamente a Cristo¹⁰². Teniendo *aquella voluntad que era la misma de Cristo Jesús*, y un corazón semejante al Suyo, ama intensamente y sacrifica su vida hasta el extremo¹⁰³.

No es de extrañar, por tanto, que todo Santo busque casi instintivamente ser semejante a Cristo, quien sufrió por todos y cada uno de los hombres, sus hermanos, y se aleje de aquello que le pueda hacer más difícil aquella semejanza y unión perfecta¹⁰⁴.

Es verdad que, al adentrarnos en las vidas de los Santos, reconocemos innumerables modos por los que el Santo llega a ser Santo, al recoger en una armonía superior –como afirma el profesor Arcari– aparentes opuestos¹⁰⁵.

Aun así, hay un camino que goza de un cierto privilegio en la senda de la santidad. Paradójicamente, el Santo, en este deseo de felicidad en la unión con Dios, encuentra en el amor al dolor, el lugar de encuentro con Cristo muerto y resucitado. Ningún Santo se acerca al dolor como fin en sí mismo: su espíritu de renuncia no es por melancolía, rebeldía, fanatismo, morbosidad, autocastigo, temor o escrúpulos. Todo buen cristiano sabe que la Vida de Cristo pasó por su Pasión y Muerte. No es el razonamiento, sino el amor que le une a Cristo por el que el Santo desea sufrir por Cristo y junto a Él. Más aún: poseyendo su mismo Espíritu, su corazón se rompe al contemplar los grandes pecados del mundo y toda forma que el culto del Yo puede asumir. Todo en ellos se convierte por este motivo en una tarea imposible para el hombre sólo, pero no para el hombre en Dios¹⁰⁶.

En esto –afirma Arcari– el Santo se distingue radicalmente tanto del genio como del héroe¹⁰⁷. De ahí que el Santo se confirme en una convicción fundamental: es deudor en todo para con Dios¹⁰⁸.

2.3. La misión de los Santos

Una primera afirmación acerca de la misión de los Santos nos la ofrece Martindale al decir que «los Santos no son solamente realidades, sino fuerzas». Los Santos fueron y son personas vivas y verdaderas con las cuales millones de personas sostienen poder entrar en relación vital, regulando sus vidas tras dicho encuentro, como es atestiguado por la experiencia¹⁰⁹.

Ahora bien, ¿qué buscan los Santos en los hombres? se pregunta Arcari¹¹⁰. Él mismo esboza una primera respuesta, ya determinante:

«El Santo, no sólo a diferencia del genio, sino también, y más aún, del héroe, ha venido al mundo para traer la división; ha venido no como signo de concordia y de paz, sino signo de batalla; ha sido puesto para que los hombres cumplan dentro de sí la elección suprema [...]»¹¹¹.

Es el mismo Arcari quien añade:

«El Santo busca en los hombres no la semejanza consigo, sino la semejanza con Él. Los ama no solamente en la medida, sino por los caminos y por los signos con los cuales Él se revela en ellos, por la imagen que se vislumbra en ellos, por el sagrado depósito del cual están repletos y que peligra con ellos en el pavoroso viaje de la existencia [...] El Santo los mira, y ama su universalidad renegada, traicionada, contaminada y, sin embargo, cierta a la prodigiosa intuición de su caridad obstinada. Y como el más cierto y más frecuente rayo de divinidad sobre la frente del hombre es el signo del dolor, así el Santo busca y ama el dolor del hombre: lava con el dolor las impurezas que esconde en los rostros devastados la parentela sublime»¹¹².

Al estudiar la obra del Padre Arintero, un principio constante de su doctrina es la afirmación de la Comunión de los Santos entre los miembros del Cuerpo Místico de Cristo: la Iglesia es un organismo vivo en el que se expande la vida divina de Jesucristo, bajo la animación del Espíritu Santo y al cual se incorporan todos los bautizados como miembros vivos¹¹³. Todos estos miembros, solidarizados en una misma comunión, se benefician recíprocamente en proporción con su propio vigor vital. Los Santos, por la plenitud de su vida en Jesucristo, son los que la redundan con mayor amplitud sobre el resto de los miembros y sobre toda la comunidad eclesial¹¹⁴.

Tal influencia es descrita por el Padre dominico en sus diversas dimensiones, todas ellas unidas en las vidas de aquellos que reviven e

irradian la vida santísima de Jesucristo. Ayudándonos de algunas de sus indicaciones como guía en nuestro estudio, señalamos cinco dimensiones de esta influencia benéfica¹¹⁵. En cada una de ellas indicaremos otras contribuciones de la Tradición y de la época al respecto.

- *Los Santos, luz para la inteligencia y el corazón del hombre*

Los Santos son los que más ahondan en la verdad de los misterios de Cristo; por ello, el Padre Arinterro habla acerca de la «influencia iluminadora» de los Santos. «Con el Espíritu de revelación que poseen, son la luz del mundo»¹¹⁶.

La Tradición de la Iglesia desde los Santos Padres ha ido afirmando incesantemente la luz que ofrece la vida de los Santos a los hombres de cada época. Los Santos son una escuela lúcida de la santidad cristiana¹¹⁷. Los Santos nos «dan la certidumbre de que puede existir en realidad un ser semejante a ellos», son «como llamaradas blancas en la negra noche de la vida»¹¹⁸.

El Padre Arinterro publica entre 1908 1911 su admirable obra *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*. Fundamentada en la sabiduría de la Tradición de la Iglesia, y con el apoyo de muchos de sus contemporáneos, el profesor Arinterro nos indica que la doctrina católica, en su proceso doctrinal, y más concretamente en su evolución dogmática, posee en los Santos una de sus mayores riquezas. Ellos son «los Santos Evangelios vivos»¹¹⁹.

Apoyado en textos de diversos autores, como el Padre Cormier y el Padre Caussade, el Padre Arinterro, al concluir el apartado dedicado a «la progresiva manifestación de las virtualidades latentes en el Depósito sagrado», reconoce válidos los sobrenombres que se han dado a las vidas de los Santos: «el quinto Evangelio», «una página del Evangelio de Dios», «la Carta de Cristo», etc.¹²⁰.

Otro autor, Giovanni Minozzi, describe una humanidad sedienta de vida y cansada, humillada por el fiasco de tantas experiencias amargas, gime como Magdalena ante el sepulcro vacío: *Tulerunt Dominum meum et nescimus ubi posuerunt eum!* He aquí —afirma Minozzi— «que los Santos nos señalan el camino, rompen los velos y hacen resplandecer al Señor en su camino»¹²¹.

Tal beneficio de los Santos, sin embargo, presupone una condición previa en el sujeto destinado a iluminar y llamado a contemplar. Sólo una vida virtuosa puede interpretar de modo pleno la identidad del Santo, es decir, la naturaleza de su unión con Dios en Cristo por medio del Espíritu Santo¹²².

- *Influencia renovadora de los Santos*

Es a finales del siglo XIX, cuando Santa Teresa de Lisieux nos señala al final de su autobiografía que la misión de los Santos fue, es y será fundamental en bien de la vida de la Iglesia y del mundo:

«Así levantaron el mundo, así lo siguen levantando los Santos que aún militan en la tierra, así lo levantarán hasta el final del mundo los Santos que hayan de venir»¹²³.

La Iglesia, lejos de las dos acusaciones opuestas que se le hacen —la de ser innovadora y la de ser estacionaria—, progresa y evoluciona sin transformarse, permaneciendo siempre la misma, bajo el interno y continuo influjo del Divino Espíritu, quien la unifica y vivifica. Necesitada de una continua renovación por su incesante perfeccionamiento humano y por su infinita perfeccionabilidad divina, vive, crece y evoluciona, como cuerpo orgánico que es, manteniendo su identidad a través de todas las formas exteriores y de todas las vicisitudes. Siendo ya antigua, nunca envejece. Siendo siempre la misma, siempre parece como renovada. Porque en realidad, nunca se adhiere a formas transitorias y siempre tiene plasticidad para amoldarse a todo lo bueno que en su camino encuentra, al mismo tiempo que del inagotable fondo de su virtualidad infinita va sacando nuevos recursos para satisfacer a las nuevas necesidades y superar cuantas dificultades se opongan a su no interrumpida marcha. En todo se halla animada del mismo Espíritu de renovación y santificación¹²⁴.

De la inagotable vitalidad de la Iglesia, «formadora de Santos», surgen nuevas instituciones renovadoras gracias a numerosos elementos que concurren a fomentarlas, propagarlas y consolidarlas¹²⁵. Además de otras funciones como es la misión de la autoridad jerárquica, la de los sacerdotes o la de los doctores, se encuentra en la Iglesia una obra íntima de vivificación, edificación y renovación espiritual, que es realizada por el Espíritu Santo por medio de sus Santos. Los Santos son quienes poseen y desarrollan con mayor vigor el valor vivificador y renovador de la gracia. De ahí su «influencia renovadora» que señala el Padre Arintero¹²⁶.

En los Santos tiene la Iglesia sus mejores valedores en todo momento, y especialmente en las horas difíciles y peligrosas, en las cuales son como «el sostén de la Iglesia»¹²⁷. Más aún: en aquellas situaciones críticas de la Iglesia, llega siempre por parte de Dios una intervención renovadora excepcional en sus Santos: así fue, entre muchos otros, el caso de San Bernardo, de Santo Domingo o de Santa Catalina de Siena¹²⁸.

El Padre Arintero resalta el beneficio que los Santos proporcionan a la Iglesia, al armonizar la capacidad adaptativa que asimila los elementos favorables y la fortaleza preservativa contra los nuevos peligros. Al mismo tiempo, suplen con sobreabundancia de vida los fallos e insuficiencias de los que claudican en su fidelidad y en sus responsabilidades¹²⁹. Fue, en primer lugar, a través de la propia perfección, adaptación, diversificación y desarrollo del propio carisma, el modo por el que los Santos ayudaron a progresar y renovar el Cuerpo Místico de Cristo¹³⁰.

En 1910, Charles Péguy hace pronunciar a Juana de Arco, en las primeras páginas de su obra *El misterio de la caridad de Juana de Arco*, las siguientes palabras, en las que señala, además de la necesidad de los Santos, la novedad que supone la llegada de cada uno de ellos:

«En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Dios mío líbranos del mal, líbranos del mal. Si aún no ha habido bastantes Santas y bastantes Santos, envíanos otros, envíanos tantos cuantos sean precisos; envíanoslos hasta que el enemigo se canse. Nosotros les seguiremos Dios mío. Haremos todo lo que quieran. Haremos todo lo que ellos quieran. Haremos todo lo que ellos nos digan en tu nombre. Somos tus files, envíanos tus Santos [...] Si nos enviaras, si al menos quisieras mandarnos una de tus Santas. Porque aún las hay. Se dice que las hay. Se ve. Se sabe. Se las conoce. Pero se ignora qué es lo que ocurre. Hay Santas, la santidad existe, y pese a todo, esto no marcha. Haya Santas, la santidad existe, y jamás el reinado de la perdición había imperado así sobre la faz de la tierra. Tal vez, Dios, se necesitaría otra cosa, tú lo sabes todo. Tú sabes qué es lo que nos hace falta. Tal vez necesitamos algo nuevo, algo que aún no se haya visto nunca [...] Pero, Dios mío ¿quién se atrevería a decir que aún puede haber algo nuevo después de catorce siglos de cristiandad, después de tantas Santas y de tantos Santos, después de tus mártires, después de la pasión y muerte de tu hijo? En fin, lo que necesitaríamos, Dios mío, lo que necesitaríamos es que nos enviaras una Santa... que tuviera éxito»¹³¹.

- *Los Santos, testigos de Cristo, modelos para la Iglesia*

El recurso al uso de modelos constituye un rasgo común a todas las ciencias, tanto las relativas a la naturaleza como aquellas relacionada con el hombre, incluida en estas últimas la teología, es decir, la ciencia de la fe¹³².

En la vida ordinaria de cada día, proponer a los niños y a los jóvenes aquellos modelos de buen ejemplo que han sido ofrecidos por nuestros semejantes es el primer y principal medio de educación¹³³.

Por una inclinación natural, los hombres imitamos los ejemplos que vemos porque tales ejemplos atraen nuestra atención. De igual modo ocurre en el campo artístico. La realización de una obra, especialmente si es difícil y exige un hondo conocimiento de la materia, depende en gran parte de si se tiene un buen ideal y un buen ejemplar del mismo. La formación de este ideal es algo siempre difícil y fatigoso, puesto que el ideal no está inscrito en el intelecto humano y nuestra mente no alcanza a formarlo sino después de una largo camino. Así se muestra en el hecho de que grandes maestros pintan muchas veces pero bajo distinta luz el mismo ideal. Para los discípulos el camino más seguro será el contemplar los distintos ejemplos que el maestro ha ido mostrando con su arte. Esto mismo ocurre en el orden sobrenatural. Esto mismo encuentra su correspondencia en el arte de las artes, el arte de la santidad, en la cual los Santos fueron los grandes maestros¹³⁴.

La teología ha recurrido siempre, a lo largo de los siglos, al uso de modelos para expresar el misterio cristiano y profundizar en él. No sólo es un dato documentado en la tradición católica, sino, además, una necesidad profundamente sentida en ciertas épocas de la historia, como lo fue al comienzo del siglo XX¹³⁵.

En continuidad con lo que ya hemos afirmado al referirnos al replanteamiento del discurso apologético a comienzo del siglo, el Padre Arinterro indica cuál ha de ser la «táctica apologética»:

«Lo que más se necesita para preservarse, desinfectar el ambiente dañado y cautivar las almas, es la viviente apología del ejemplo. Esta no puede menos de ganar y disponer bien los ánimos, y está al alcance de todos los verdaderos discípulos del Salvador, que poseen la verdad liberadora. Quien tiene el verdadero espíritu de Jesucristo estará animado de ese celo *secundum scientiam* que sabe hacerse todo para todos, para ganarlos a todos»¹³⁶.

De ahí que la Iglesia nos proponga diariamente, como un catecismo encarnado, las vidas de mujeres y hombres que se han santificado en circunstancias análogas a las nuestras, queriendo y haciendo uso de las mismas gracias que nosotros tenemos a nuestro alcance¹³⁷. Los Santos son «norma de vida»¹³⁸, y «regla de conducta»¹³⁹. Los Santos son los hombres más identificados con las virtudes del Señor, y de ahí su influencia testimonial como afirma el Padre Arinterro¹⁴⁰. En los Santos, el Padre dominico descubre a los más «nobles tipos de la humanidad»¹⁴¹; «fuentes que riegan con la oración y el buen ejemplo los

jardines de los corazones fieles, y pozos de aguas vivas que brotan del manantial de la gracia»¹⁴²; «los mejores frutos y la mejor garantía de la misión salvífica de la Iglesia, así como de su crecimiento vital»¹⁴³.

La doctrina acerca de la santidad cristiana y del testimonio cristiano ha sido mostrada por la Iglesia a todos los hombres con la glorificación de tantos Beatos y Santos. En tales glorificaciones, Dios ha querido presentar a los cristianos y a toda la sociedad —a menudo asustada por los ejemplos que se leen en ciertas vidas de los Santos— quiénes son y cómo son los verdaderos modelos de santidad en el ejercicio de la vida común y ordinaria. De ahí se desprende la incesante recomendación de leer las vidas de los Santos por parte de muchos autores cristianos.

A la vista de estos ejemplares, ¿quién podrá decir con verdad que no puede ser Santo?, tras recordar las palabras de San Agustín: *Tu non poteris quod isti, quod istae?*¹⁴⁴.

Desde el momento en el que el Santo vive y actúa con la caridad de Cristo, desde el momento que el Santo es un testigo de Cristo, queda señalado el camino para que todo hombre, al conocerlo, pueda desear y vivir en perfección el ideal cristiano la propuesta que el Apóstol nos dirige a todos: *Sed imitatores míos, como yo lo soy de Cristo*¹⁴⁵.

• *Influencia expiatoria de los Santos*

La unidad de todos los fieles en el organismo vital divino del Cuerpo Místico de Cristo, los solidariza de tal modo que el bien y la vida de cada uno redundan en beneficio de todos. Pero más aún: por la comunión del amor en Él están insertos, todos comparten los males de todos, contribuyendo a su remedio en proporción con la perfección de su vida cristiana. Esta doctrina capital en la obra del Padre Arinterro le inspira en la apreciación de la influencia *expiatoria* de los Santos.

Es necesario que cada miembro del Cuerpo Místico, por el mero hecho de serlo, esté llamado a contribuir cuando pueda a la armonía y bien del conjunto, adaptándose a la misión que se le ha confiado. De este modo su subordinación y, si es necesario, su sacrificio por el bien común, redundan en provecho de todos. Esta es la razón de ser y el fundamento de la heroica abnegación cristiana que los Santos suelen sufrir con tanta frecuencia. «Sus padecimientos, más que “purgaciones”, son “propiciaciones”, o más bien una especie de “sinapismos” que les hacen sufrir para que otros miembros se alivien, sanen u obren con más desahogo»¹⁴⁶.

Ellos sufren como «víctimas expiatorias de la malicia o tibieza de los demás; sufren sin cesar para que todos sanen y la Iglesia se purifique, y pierden a veces de su vigor para comunicárselo a otros, a fin de que todos mejoren, se restablezcan y alegren en el Señor»¹⁴⁷. Su misión principal, aunque oculta, es continuar la obra expiatoria, propiciatoria y reparadora de Cristo en el Calvario; hacer lo que hacía María al pie de la Cruz como Corredentora¹⁴⁸: cooperar a la obra de nuestra Redención, regeneración, vivificación y santificación. De ahí que la Eucaristía sea verdaderamente el centro del corazón de la Iglesia, pues en ella Cristo «persevera real y corporalmente unido a su Iglesia... habitando de este modo por la fe en los corazones arraigados en la caridad»¹⁴⁹.

Al mostrarles el Señor los grandes males de la Iglesia, y la necesidad de expiaciones, los Santos participan verdaderamente de su agnía, le ayudan a llevar la Cruz y prolongan, a través de los siglos, el sacrificio del Calvario. Pero si *llevan siempre la mortificación de Jesús, también la misma vida de Jesús se manifiesta claramente en sus cuerpos mortales*, y reciben para sí y para los demás la salud y la vida. De este modo, «con el Espíritu de revelación que poseen, son la luz del mundo, y con sus continuos padecimientos, la sal de la tierra»¹⁵⁰.

- *Los Santos, poderosos intercesores ante Dios*

Los Santos, por su unidad con Cristo, son sus amigos más cercanos y por ello los más poderosos valedores e intercesores ante Él por el resto de los hombres. Ellos interceden ante Dios suplicándole el remedio de sus males o la concesión de nuevos bienes¹⁵¹.

Al testimonio dado por los Santos de cuál es el camino de la santidad, Paolo Arcari añade aún otra misión propia de los Santos: su intercesión ante Dios. Ya indicamos anteriormente cómo en los Santos se encuentran en armonía aquellos aspectos que para la mayoría de los hombres aparecen como aspectos disociados y contrapuestos. El Santo, en «este ritmo de silencio y de elocuencia, de inmovilidad y de movimiento, de intenciones y de obras, dejándose urgir, urge, transportado y divinamente violentado hace a su vez violencia a la tempestad que le envuelve, al Verbo que le atrae y que lo absorbe en sí»¹⁵².

Esta misma verdad es expresada de un modo poético por Charles Péguy cuando afirma el «complot de los Santos contra Dios». Todos ellos, «tanto aquellos que proceden de entre los justos, como los que salen de entre los pecadores», «buscan que la justicia de Dios ceda el lugar a Su misericordia», pues todos ellos viven de Ésta¹⁵³.

Los Santos ejercen su mediación intercesora con la integridad de toda su vida virtuosa, y no sólo en el ejercicio explícito de la oración

impetratoria. Todo su buen obrar redunda en beneficio general de todos los hombres, pues todo en ellos es intencional y virtualmente suplicante.

3. EL CRISTIANO ANTE EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS

La Iglesia ha exhortado siempre a los cristianos a corresponder al testimonio de los Santos con el culto debido a ellos.

Son muy numerosos los lugares de la Sagrada Escritura en los que se nos exhorta al culto de los Santos. Son tres los elementos que la tradición de la Iglesia ha considerado como integrantes de este culto: los honores rendidos, la invocación y la imitación¹⁵⁴.

En nuestro trabajo nos centramos en el tercero de estos elementos, en la imitación de los Santos, si bien todos y cada uno de ellos se necesitan recíprocamente y se enriquecen mutuamente¹⁵⁵.

Para observar la complementariedad exigida entre los tres elementos del culto de los Santos tomemos el ejemplo de la vida de la Iglesia a través de su liturgia. La Iglesia siempre tiene presente en la liturgia dos cosas que en realidad son inseparables: la gloria de Dios en cuanto de la creatura depende, y la santificación de los fieles. La segunda es indispensable para que se realice la primera, porque la adoración vale lo que vale el adorador, y Dios ha de ser adorado en espíritu y en verdad. La Iglesia exalta y honra los méritos de los Santos y celebra el triunfo de la vida cristiana obrado en ellos. A ellos se dirige suplicante, como a poderosos intercesores y mediadores ante Dios en favor de los hombres¹⁵⁶. En esta invocación, la Iglesia, en su liturgia –*lex orandi, lex credendi*–, invoca a Dios para que lleguemos a ser dignos de imitar a los Santos: *Summum devotionis est imitari quem colimus*¹⁵⁷.

3.1. El culto debido a los Santos

Ahora bien, ¿cuál es el contenido de la memoria cristiana de los Santos? ¿Cuál es el contenido del culto al que la Iglesia nos invita constantemente?

En el culto a los Santos resplandece, en primer lugar, la gloria de Dios, Uno en sus tres Personas, pues de nadie ni de nada recibe Dios tanta gloria como de los Santos. Por la santidad, todas las creaturas se unen a Jesucristo, para quien todas fueron hechas, pues el hombre, por medio de esta santidad, entra de lleno en el Cuerpo Místico,

cuya cabeza es el mismo Cristo. De ahí que, por la santidad, todo se une al Creador: *Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei*¹⁵⁸. Los Santos, como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, completan, por voluntad del mismo Cristo, la gloria dada por el Redentor¹⁵⁹. «Todos los Santos —afirma Charles Péguy— han llevado siempre en los pliegues de sus mantos la gloria de Dios»¹⁶⁰.

En el culto de los Santos a Dios se glorifica, en primer lugar, a Dios Padre. Los Santos pregonan aquella Sabiduría divina con la que hábil e infaliblemente, y a pesar de todos los obstáculos, Dios conduce a la creatura racional a las cumbres de la perfección, que es el fin para el que la ha creado: *Nos eligió antes de crear el mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante su acatamiento*¹⁶¹. De igual modo, en este culto a los Santos se glorifica al Hijo, pues ellos proclaman la eficacia de su preciosa sangre por ellos derramada. Igualmente se glorifica al Espíritu Santo, pues se enaltece el arte del artista incomparable que ha dibujado en los corazones de los Santos la imagen del que es prototipo de santidad creada, y que con el poder de su divina gracia les ha hecho agradables a Dios e hijos suyos¹⁶².

El culto a los Santos hace resplandecer la persona de Nuestro Señor Jesucristo, pues ellos son la corona del Redentor y el trofeo de su victoria. Todas las virtudes y toda la perfección que hay en ellos es obra de sus manos y fruto de su preciosa sangre. Al mostrar a los Santos, la liturgia muestra a Cristo entero, es decir, completado por sus miembros y en un estado que representa —aunque sea de una manera imperfecta— a aquel en que se ha de hallar cuando, habiendo sido todo restaurado y reunido en Él, definitivamente entregue su Reino al Padre. La belleza, la grandeza y las perfecciones que en los Santos admiramos, no son más que reflejos de la suma belleza, de la excelsa grandeza y de las perfecciones sin medida de Cristo, en quien el Padre celestial *tiene todas sus complacencias*¹⁶³.

En el culto de los Santos, los hombres pueden contemplar la distribución de los distintos oficios de la misión de Cristo que Él mismo ha querido conceder a su Iglesia, continuadora de su misión divina. Más aún: no sólo son los oficios de Jesucristo, sino también los carismas y virtudes que el Espíritu Santo había colmado a la Humanidad de Cristo, los que resplandecen en el culto a los Santos¹⁶⁴. La Iglesia continuamente nos exhorta a conocer en el culto a los Santos el camino que conduce a la felicidad eterna al señalarnos ellos el Modelo supremo, a quien ellos a su vez imitaron¹⁶⁵.

De este modo la liturgia nos enseña que no hay contradicción alguna entre el culto debido a Cristo y el culto dado a los Santos, sino

al contrario: se compenetran, en una clara dependencia del segundo al primero. Las virtudes de Cristo que más resaltan en determinado misterio de su vida nos ponen en camino para fijarnos en esas mismas virtudes practicadas por los Santos, a quienes, por su unión con Él, honramos; virtudes que, a su vez, nos ayudan a comprender, y nos mueven a imitar las virtudes del Señor, testimoniadas por ellos¹⁶⁶.

Por último, se puede afirmar –indica el Padre Delehaye– que el culto a los Santos es el modo con el que la Iglesia hace posible que el Santo continúe estando presente en medio de la comunidad eclesial¹⁶⁷.

3.2. La naturaleza de la imitación cristiana en cierta literatura de la época

Señalemos algunas de las aportaciones que ofrecieron autores de la época acerca de la naturaleza de la imitación cristiana de los Santos.

- *Nuestra imitación de Dios Padre en Cristo*

La teología, al cabo de su historia, no ha cesado, siguiendo a la Sagrada Escritura, de afirmar que imitar la santidad y la perfección de los Santos no es sino imitar la misma santidad de Dios, santidad participada en nosotros, no por un «discipulado» ni «repetición», sino por «filiación»¹⁶⁸.

En contra del paradigma hegeliano del amo y del siervo, propia de las filosofías de la arrogancia y de la sumisión, del dominio y de la opresión, toda la vida y la espiritualidad cristiana giran en torno a la expresión radical de la filiación divina¹⁶⁹. No es de extrañar que Eugenio d'Ors, en unas breves consideraciones que llevan la fecha de 1924, afirmara:

«¡Ay la gran orfandad, que ni da siquiera la posibilidad de poder rezar, con el corazón, el *Padrenuestro*! El viajero de los andurriales del mundo encuentra cada día más poblado su andar de visiones de grandes edificios, en estilo vulgar y ambicioso, que encienden por la noche todas sus luces y de cual salen las músicas más lánguidas o más locas. Se llaman casinos, “Kursaals”, “palaces”, grandes hoteles... Son, en realidad, orfelinatos./ Su grandeza, su multiplicidad, se han vuelto indispensables./ ¡Asilo para tantos hombres, para tantas mujeres como los necesitan, porque se han quedado huérfanos en la tierra, huérfanos y desamparados de la Paternidad de Dios»¹⁷⁰.

Afirma Santo Tomás en su comentario a Efesios 5, 1-2 que es propio de los hijos imitar a sus padres. Por ello, el hombre que ha recibido la filiación divina por el bautismo debe imitar al Padre¹⁷¹. Este es el verdadero fundamento de toda la moral cristiana, tal como es presentado por Jesús en el Sermón de la Montaña: *Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial*¹⁷². Por eso, la primera realidad que busca y encuentra el hombre en la imitación de los Santos es la imitación del Padre, es decir, amar como Dios ama, entregarse a Dios y a los hombres de forma análoga a como lo ha hecho y lo sigue haciendo Dios con el hombre¹⁷³.

Según Péguy lo que genera es la filiación: la sangre de uno, el Padre, pasa al corazón del otro, el Hijo, y produce una capacidad de realización distinta. Así se multiplica y se extiende el gran Misterio de su santidad, siempre presente en medio de la humanidad¹⁷⁴.

Ahora bien, ¿cómo es posible imitar a Dios Padre? ¿Cómo es posible «descender de Dios por las vías naturales de la filiación»? ¿Cómo pretender siquiera intentarlo si nuestros ojos no pueden ver sus acciones que deben ser modelos de las nuestras? Si toda imitación necesita de la contemplación de lo imitable, ¿cómo, pues, imitar a Dios que se escapa a toda la percepción de los sentidos? Antes aún, ¿cómo es posible incluso realizar el anhelo de ver a Dios?¹⁷⁵.

La respuesta a estos interrogantes se encuentra, dentro de la Revelación cristiana, en la Encarnación de Jesucristo. Así lo afirman el mismo Salvador, las enseñanzas del Nuevo Testamento, la conciencia cristiana por boca de los Padres, de los Doctores y de los Maestros de la vida espiritual y la observancia por parte de la Iglesia: «La ley del cristianismo es la imitación de Cristo que busca conformar el discípulo a su Maestro»¹⁷⁶.

Hecho hombre entre los hombres, Dios posibilita la imitación. Por ello, San Pablo¹⁷⁷, y con él numerosos testigos de la Tradición viva de la Iglesia, invitan a contemplar a Cristo, «a mirarle», presentándole como el modelo a imitar, después de haber hablado de la imitación de Dios¹⁷⁸. En el Verbo encarnado, Dios puede ser visto y contemplado; puede ser mirado sin que la luz de su divinidad deje al hombre ciego¹⁷⁹.

En 1910, el profesor Gillet, al señalar las condiciones subjetivas de eficacia que goza la moral católica, indica la doctrina de la imitación de Dios en Cristo como un elemento fundamental en la unión de los elementos psíquicos emocionales y en la integración del ideal a tales tendencias¹⁸⁰.

Jesucristo es la pieza clave, sin la cual el admirable intercambio y movimiento de Dios al hombre y del hombre a Dios habría sido imposible¹⁸¹.

Sin la Encarnación de Cristo —la imitación que Dios hizo del hombre cuando quiso participar de su más profunda miseria—, el hombre jamás habría podido ser un imitador de Dios. De este modo lo expresa el gran escritor católico francés Charles Péguy en su bello poema *El misterio de los Santos inocentes*:

«Se habla siempre, dice Dios, de la imitación de Jesucristo,
que es la imitación,
la fiel imitación de mi hijo por los hombres.

Y yo he conocido y conoceré imitaciones tan fieles,
dice Dios,
y tan aproximadas,
que yo mismo permanezco sobrecogido de admiración y respeto.

Pero, en fin, no hay que olvidar
Que mi Hijo había comenzado por esta singular imitación
del hombre.
Singularmente fiel.
Que fue impulsada hasta la identidad perfecta.

Cuando tal fielmente, tan perfectamente revistió la suerte moral.
Cuando tal fielmente, tan perfectamente imitó nacer.
Y sufrir.
Y vivir.
Y morir»¹⁸².

En 1921, Freud, al analizar la función de la imitación de Cristo como factor de cohesión, subraya los elementos negativos y de inmadurez de esa identificación¹⁸³. De modo ciertamente diverso lo afirmaba San Agustín en su pregunta: *Quid est enim sequi nisi imitari?*¹⁸⁴. La Iglesia con ello propone al cristiano no copiar físicamente la obra de Cristo o de sus Santos¹⁸⁵, sino que esta «imitación» haga referencia a una «prolongación», una «reproducción viviente», un «trocar» en «otro Cristo»¹⁸⁶. «La identificación con Cristo —afirma Valentino María Breton en 1939— es la común vocación; pero el medio de esta identificación es una conformidad obtenida con la imitación [...] Todos los esfuerzos del cristiano se resumirían en estas palabras: *formar en sí a Cristo*»¹⁸⁷.

Ahora bien, tal «conformación», «seguimiento» e «imitación» es, en primer lugar, acción de Cristo, y a ella concurren la acción de la Iglesia, del Espíritu Santo y del fiel mismo, sin las cuales aquélla no sería posible¹⁸⁸.

Con otras palabras, el profesor dominico Gillet nos señala la centralidad que Cristo, y desde Él los Santos, ocupan en una adecuada educación de la moral cristiana y, por tanto, en una lograda «filiación divina»:

«Cristo, *centro de la vida cristiana*, es también el *modelo*. Todo cristiano tiene a su disposición los ejemplares de la vida de Jesucristo. Por ellos es impelido a la *imitación* del divino modelo, obligado como Él a llevar su cruz labrada por Dios a medida de la debilidad o fuerza de sus hombres. No hay deber personal o social del que Cristo no haya dejado ejemplo; un ejemplo sensible que impresiona y evoca el sentimiento de los deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo./ Y por si este modelo pareciese a ciertas almas muy superior a sus fuerzas y fuera del cuadro habitual de su existencia, Cristo ha suscitado otros en la persona de los Santos, que por la palpable semejanza de sus vidas, les pone como al nivel de todos los fieles. Tenemos Santos de todo género y que han llegado a serlo en toda clase de situación, desde la Virgen María, Madre de Dios, cuya dulce figura conforta a los más desesperados, hasta niños y jóvenes cuya memoria debe inspirar confianza a los más débiles»¹⁸⁹.

- *La imitación de Cristo en los Santos*

Ciertamente, Cristo se hizo uno de nosotros por nuestra salvación, también en su aspecto más individual. Pero no basta con decir esto para comprender lo que significa la imitación de Cristo por parte de los Santos. Una primera anotación nos la ofrece Charles Péguy. Antes de cualquier reducción moralística en el obrar de los Santos, éstos son considerados por Péguy como hombres que se dieron cuenta, con verdadero estupor, de haber sido amados por un Dios que se les ha hecho semejante, que se les ha hecho «prójimo»¹⁹⁰.

Por ello, los Santos no señalan en primer lugar cómo ellos han amado –imitado– a Cristo, sino cómo ellos han sido amados –imitados– por Cristo. De ahí que «Cristo, modelo de todo hombre, no es un muerto, ni un inerte al cual el imitador se acerca sólo externamente, sino un vivo que transforma en sí a quien quiere imitarlo, y es internamente cómo se le imita»¹⁹¹. Él ha hecho de uno de nosotros algo propio de Sí mismo, y ésta es, precisamente, la esencia de la vocación

cristiana: vivir como quien es porción integrante del Cristo, en quien el Divino Salvador desea prolongarse tan perfectamente cuanto sea ello posible. El cristiano es elegido y enviado desde el mismo momento del Bautismo para la misión de ser testigo de Cristo. Si no se llegara a la edad de la libertad y de la conciencia madura, debemos decir al respecto lo que Péguy dice de los Santos inocentes: que su grandeza y su santidad están resumidas en el hecho de que, sin saberlo y sin haber hecho nada, han sido hechos partícipes del misterio de la misión de Cristo, que es la salvación del mundo¹⁹².

La misión fundamental de los Santos no es el indicarnos su propia grandeza, pues todos ellos, sin exclusión alguna, manifestaron su humildad ante la única grandeza de Dios. Tampoco lo es el comunicarnos su inteligencia acerca del misterio cristiano. La misión del Santo es acercarnos lo más posible al modelo de todos ellos, a Cristo, el «Testigo» y «Testimonio» por excelencia¹⁹³.

Ahora bien, al llegar al uso de la razón y a la edad de la decisión responsable, el Santo responde a su vocación obrando como «lo haría el mismo Cristo si ocupara su lugar»¹⁹⁴. La revelación de Dios en Cristo, presente en la Iglesia en sus Santos, reconoce, al presentar la verdad por medio del testimonio y no por medio de «recetas», la profunda responsabilidad de todo hombre y su verdadera libertad¹⁹⁵. Con estas palabras lo afirma en 1901 el Beato Carlos de Foucauld:

«El Evangelio me enseñó que el «Primer mandamiento» consiste en amar a Dios con todo mi corazón, y que hacía falta encerrarlo todo en el amor; todos saben que el amor tiene por efecto la imitación... No me sentía destinado a la imitación de la vida pública en la predicación: por tanto, debía imitar la vida escondida del humilde obrero de Nazaret»¹⁹⁶.

O, con estas otras palabras, en las que expresa su idea de la imitación de Jesús, propuesta a sus seguidores:

«Los hermanos y hermanas del Sagrado Corazón de Jesús tomarán como regla preguntarse en todas las cosas qué pensaría, diría, haría Jesús en su lugar, y hacerlo. Harán continuos esfuerzos para hacerse más y más semejantes a nuestro Señor Jesús, tomando como modelo su vida de Nazaret, que nos da ejemplos para todos los estados. La medida de la imitación es la del amor. “Si alguno quiere servirme, sígame”»¹⁹⁷.

Ellos siguen el mismo camino que anduvo Cristo, y en este aspecto llegan a ser sus hermanos, otros Cristos¹⁹⁸. Aquello que se ha admi-

rar y seguir en la imitación de los Santos es su imitación de Jesucristo, el Hijo Único de Dios¹⁹⁹. Esta imitación, «para ser perfecta, reclama no solamente una semejanza de acción exterior, sino, sobre todo, la conformidad íntima del sentimiento»²⁰⁰.

Él es el *Solus Sanctus*. Dios nos quiere semejantes a su Hijo, imagen perfecta suya, Tipo universal según el cual hemos sido creados y regenerados²⁰¹. La conformidad con Él es nuestra predestinación. Hay muchos Santos, pero todos reciben de Él la santidad, la cual es medida por la conformidad con Cristo, que es su Arquetipo²⁰². Ellos son manifestaciones, si bien imperfectas, de Él. La imitación de Cristo es la forma necesaria y suficiente de la perfección, mientras que la bondad relativa de la imitación de los Santos brota de Cristo, y en Él termina. Deshojando las vidas de los Santos y contemplando sus ejemplos, buscamos y damos culto a Jesús en ellos²⁰³. De este modo cumpliremos los mismos deseos de aquellos, que con San Pablo nos exhortan: *Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo*²⁰⁴.

- *Nuestra imitación de Cristo en la imitación de los Santos*

Al igual que en los Santos, en el camino de nuestra santidad, lo fundamental para todo cristiano, por tanto, no es reproducir los hechos del Cristo, lo cual ordinariamente nos es imposible, sino hacer lo que el Cristo haría si estuviera colocado en nuestro lugar²⁰⁵.

Con estas palabras lo expresa Maurice Zundel en su comentario al himno del *Gloria* y en forma de oración dirigida a Cristo:

«Dándonos lo que nuestra alma te suplica: la pobreza de un yo se desprende de sí mismo, y la gloria de una vida en la que la tuya se expresa, ya que ser santo es solamente dejarte a ti ser tú mismo en nosotros. *Porque sólo tú eres Santo, sólo tú, Señor, sólo tú Altísimo, Jesucristo*»²⁰⁶.

Más aún: el cristiano encuentra que, por voluntad misma del Padre, imitarle a Él, guiado por la imitación a los Santos, es imitar a Cristo, reflejado inconfundiblemente en el testimonio mismo de los Santos.

Para San Pablo, el cristiano no tiene por qué lamentarse de no haber estado en el número de aquellos que han vivido con Él. San Pablo no separa el Cristo histórico del Cristo místico; más bien, él ve el Cristo histórico en el Cristo místico, como un momento de la vida de Aquel que está siempre vivo. En esta perspectiva, para San Pablo la imitación de Cristo no es tanto la reproducción superficial de los hechos y de los gestos exteriores de Cristo histórico durante su vida terrena, cuanto la imitación de los sentimientos interiores de Cristo²⁰⁷.

La imitación de Cristo consiste por ello en realizar las consecuencias de la incorporación al Cristo místico, obrada por el bautismo: *No soy más yo quien vive, es el Cristo que vive en mí*²⁰⁸.

Maurice Zundel recoge un fragmento de un diálogo entre Jesús y Juan de Quitandoin, el introductor de los Carmelos de la Reforma de Santa Teresa en Francia [†1634], en el que expresa admirablemente esta verdad:

«—Oh Señor ¡qué pérdida no serviros!, ¡oh qué pérdida!, ¡qué os sirva, Dios mío!

—¿Quién, pues, te impide servirme?

—Yo mismo soy mi propio impedimento... ¡oh Señor, hace tanto tiempo que os he ofrecido mi cuerpo, mi alma!... ya que todo ello os pertenece, tomadlo.

—Juan, puesto que me lo has dado, yo lo tomo y lo recibo como cosa mía. Ahora te lo voy a confiar de nuevo, no como algo tuyo, sino como algo mío.

—¡Oh Señor, dadme vuestra gracia y viviré, no como algo mío, sino como algo vuestro para Vos!»²⁰⁹.

De aquí que acerca de la imitación de los Santos, si bien puede ser externa, se haya de tener en cuenta que los actos externos toman todo su valor de las disposiciones interiores. Imitar a los Santos quiere decir tomar su modo de vida como ejemplo y norma a seguir en nuestras acciones. Si en ellos son la caridad y los caminos múltiples de virtud —principios entitativos— los que les constituyen primariamente como Santos, hemos de buscar e imitar aquella misma virtud que, si bien se expresa en los actos, encuentra en el ser del hombre su lugar primero²¹⁰. Dios, si bien nos señala a los que son sus testigos, quiere encontrarse con nosotros, y esto no es posible sin el amor de caridad, puesto que Él mismo es Caridad²¹¹.

- Acerca de la posibilidad de la imitación cristiana la teología afirma que la santidad depende de dos causas: de la naturaleza y de la gracia. Con ello afirma que los Santos no fueron hombres preternaturales. Ellos recibieron la misma naturaleza nuestra y debieron combatir durante toda la vida para alcanzar la palma de la victoria²¹². Ellos cayeron en algunas culpas y defectos —como lo afirma el Concilio de Trento—, y Dios permitió tales combates como ocasión de muchos actos meritorios y progreso en la perfección²¹³. De igual modo se afirma que la gracia omnipotente de Dios que todo lo transforma no es concedida solamente a los Santos, sino también a nosotros²¹⁴.

- Si ciertamente la identificación al modelo divino Cristo es la vocación común de todos los cristianos, y si la imitación es el deber común mediante el cual todo cristiano realiza, por su parte, tal identificación, también es cierto que la realización de este deber no es único, sino que puede diferenciarse tanto por su motivo como por su ejecución. Es, precisamente, esta diferencia lo que distingue las diversas escuelas de espiritualidad²¹⁵.
- Dicho esto, se ha de añadir que esta imitación de los Santos no debe ser practicada con imprudencia y ciegamente. Todo aquello que se advierte en la vida de los Santos se debe practicar con discreción. Los Santos cultivaron en modo eminente las virtudes sobrenaturales, tanto morales como teologales, pero esto no excluye imperfecciones y defectos, tanto voluntarios, como involuntarios. En cada Santo se dan ciertas características propias, en su ser, en su actuar, y en su mismo progreso espiritual, que podrán ser útiles para algunos, pero no para todos²¹⁶. Del mismo modo, las acciones de los Santos no están reguladas por la sola razón humana, ni por la prudencia sobrenatural con la ayuda de la gracia ordinaria, sino por Dios mismo, que a través de los Dones del Espíritu Santo les impulsa a obrar de tal modo. «Todos los Santos han seguido el impulso del Espíritu Santo», afirmaba Santa Teresa de Lisieux²¹⁷. Estos dependen de la moción del Espíritu Santo, que *sopla donde quiere*²¹⁸. De hecho, algunos actos pueden ser dignos de una gran admiración pero no deben ser imitados²¹⁹.
- Dado que la verdadera virtud y la perfección se encuentran en el justo medio entre defecto y exceso, se deben seguir siempre las reglas de la prudencia ayudada por la fe. Si ante la vida de un Santo uno encuentra una buena acción que estima digna de imitación y desea realizarla, debe ponerse esta pregunta: ¿Cómo puedo practicarla en mi estado, en mi vocación y en mi actual condición, según mis fuerzas físicas, morales, espirituales y todas aquellas circunstancias en las cuales me encuentro? En una serena consideración de las circunstancias en las que fue realizada tal obra de santidad, y en una confrontación con las propias, se ha de tener presente que *cada uno tiene su propio don*, y que diversas son las virtudes y los medios para alcanzar la perfección en cada persona²²⁰. La Providencia divina, en su modo ordinario de actuar, lleva con suavidad y dulzura las almas a la perfección; la violencia no es fruto de la obra divina, y no dura en el tiempo. Es en los mismos modos de expresión de la verdad del testimonio don-

de el testimonio cristiano muestra su universalidad. El testimonio cristiano recoge tanto el pensamiento griego que destaca el aspecto «visual» de la verdad, como el pensamiento hebreo que da preferencia al oído: *la fe viene por el oído* [Rm 10, 17].

- A la hora de conocer recta, prudente y cristianamente lo que se ha de imitar en la vida de los Santos, se debe ser seguir siempre la doctrina de la Tradición Católica²²¹. Ante la duda se pida consejo a un hombre docto y virtuoso, y «entre estos a pocos»²²².
- Preferentemente se deben elegir Santos del propio estado y condición, y de entre estos, especialmente aquellos ejemplos de santidad que por la Iglesia fueron declarados Patronos para tal tipo de hombres, así como para los religiosos el espíritu de su Santo Fundador²²³.
- La naturaleza es la base para la gracia y la santidad. Estas no la destruyen sino que la presuponen, la elevan y la transforman. Todos los temperamentos y las diversas índoles, tantos naturales como sobrenaturales, son sustancialmente buenos, y todos pueden servir para adquirir la perfección cristiana, como de hecho la historia de la santidad lo muestra. Por ello, se deben elegir como modelos, y en igualdad de condiciones, preferentemente aquellos Santos que posean nuestro mismo carácter tanto natural como sobrenatural. Esta regla incluye aquella otra en la que se afirma que, a ser posible, se elija un Santo de la misma patria, pues cada pueblo tiene su propia idiosincrasia manifestada y perfeccionada ciertamente en los Santos²²⁴.

4. LA CIENCIA HAGIOGRÁFICA Y LITERATURA HAGIOGRÁFICA A COMIENZOS DEL SIGLO XX

Muchos son los criterios que la ciencia hagiográfica ha podido utilizar en una análisis de la santidad propuesta por la Iglesia, y más en la edad contemporánea. Tal ciencia fue siempre lugar de cruce de una pluralidad de aproximaciones y disciplinas como puedan ser, entre otras: la teología, la jurídica, la antropología, la literatura, la geografía, la historia y la sociología.

El género hagiográfico, por diversos motivos, internos e externos a la Iglesia, se encontró tras la Reforma bajo una profunda sospecha de veracidad histórica²²⁵.

Si bien no directamente relacionada con la crítica protestante —aunque ciertamente se diera en un contexto contrarreformista—²²⁶,

aparece en el siglo XVI una renovación de la hagiografía, ligada en su inicio a un proceso de erudición que tuvo lugar por aquellos siglos y que, desde su inicio, aunque de un modo germinal, se centró en la crítica histórica. Tras los intentos insuficientes de Lipomani, de Surius, del Cardenal Cesar Baronius [1538-1607] en la investigación y estudio del martirologio, fueron los jesuitas Roswey y Bolland los que llevaron a cabo la obra inmensa de las *Acta Sanctorum*, continuada por Henschenius y Papebrock.

A finales del siglo XVI encontramos la figura del Padre Jesuita Robert Roswey [1569-1629], que impulsa el recoger y publicar los manuscritos auténticos de las Vidas de los Santos, y depurarlos de los textos apócrifos y textos de fábula.

4.1. Los Bolandistas y la obra de Hipólito Delehaye [1859-1941]

Los Bolandistas, seguidores del Padre Jean Bolland, constituyeron desde el siglo XVII una sociedad de estudios pertenecientes a la Compañía de Jesús con sede en Bruselas, Bélgica, especializados en el estudio y en la publicación de los documentos relativos a los Santos²²⁷. Ellos fueron los principales autores en la ciencia hagiográfica en el contexto de unos siglos donde tendencias ideológicas muy diversas, como el iluminismo, el jansenismo, el clasicismo, el romanticismo y el protestantismo —con sus consiguientes doctrinas acerca de la santidad—, tuvieron un claro protagonismo en la cultura de la época²²⁸. Los Bolandistas, en el desarrollo científico de la ciencia hagiográfica, iluminarán el sentimiento religioso en la voluntad de alejarse de la dominante tendencia ultramontanista y de guiarse por el espíritu del Concilio de Trento y de la Reforma Católica²²⁹.

Su principal publicación está constituida por *Acta Sanctorum*, que representa una importante colección de textos hagiográficos, en la que se incluye importante colección de martirologios²³⁰. Esta colección sigue en su publicación el criterio del calendario litúrgico²³¹. Cada estudio de los Bolandistas llevaba consigo lo siguiente: un comentario introductorio; datos diversos acerca del santo: patria, educación, tiempo de la vida y de la muerte; otros datos acerca del sepulcro; los milagros; el oficio divino; el culto; las reliquias; y una parte final con el documento más antiguo acerca del Santo.

Otra importante colección dirigida por los Bolandistas fue *Subsidia Hagiographica*, es decir, un manual de trabajo para el estudio de los Santos. En esta serie se encuentran los inventarios de las fuentes

hagiográficas ya editadas: los tres volúmenes de la *Bibliotheca Hagiographica Latina*; los dos volúmenes de la *Bibliotheca Hagiographica Graeca*; y la *Bibliotheca Hagiographica Orientalis*. Además, desde 1892, comenzaron a publicar la revista hagiográfica «Analecta Bollandiana»²³².

De entre los Bolandistas se ha de destacar la obra de Hipólito Delehaye [1859-1941]²³³. En su continuo intento de dar a la hagiografía un rango verdaderamente histórico, el Padre Delehaye indagó acerca de la relación estrecha entre el culto y las realidades ligadas con el Santo; realidades como pudieron ser, entre otras: el lugar, las personas con las que convivió y la sociedad en la que nació y desarrollo su misión²³⁴. Con su obra confutó, con poderosas pruebas, las tesis, entre otros, de protestante E. Lucias, quien afirmaba que los mártires cristianos habrían sido los sucesores de los héroes griegos y romanos. Es mérito del Padre Delehaye haber demostrado científicamente cómo las primeras generaciones cristianas honoraban a los mártires de Cristo venerando sus sepulcros y celebrando solemnemente los aniversarios de su muerte. El Padre Delehaye indicó el lugar de la muerte y/o de la sepultura del Santo y la conmemoración del aniversario de su muerte o día del calendario litúrgico, como las «dos coordenadas hagiográficas» que al principio sirvieron para identificar un Santo y distinguirlo de aquellos que tuvieran el mismo nombre. Con el tiempo, y con la propagación del culto, se vio la necesidad de tener noticias del mártir y del Confesor²³⁵.

4.2. Los diccionarios hagiográficos

Abre la serie de diccionarios hagiográficos el *Dictionnaire Hagiographique*, publicado en 1850 como los volúmenes 40-41 de la *Encyclopedie théologique* del Migne, el editor infatigable de la Patrología Latina y de la Patrología griega, y quien había encargado al Abad Petit, sacerdote de Langres, dicho estudio²³⁶.

Sigue el *Diccionario general de los Santos* [en lengua alemana], comenzado por Stadler, de la Universidad de Munich, y por Heim, Vicario General de Magunza, y acabado por Ginal²³⁷. Muchos autores lo consideraron como un resumen de los *Acta Sanctorum*, si bien muchas veces resulta ser una copia del *Dictionnaire Hagiographique*.

En 1925, el francés Baudot publicaba su *Dictionnaire d'hagiographie*, que puede considerarse como un resumen del Diccionario de Petit, actualizado y poniendo la bibliografía más común al respecto²³⁸.

En inglés, fueron publicados algunos importantes y conocidos diccionarios hagiográficos. En primer lugar, es necesario mencionar la obra de Alban Butler [1719-1773], que aparece publicada en el siglo XIX en 4 tomos, reeditada bajo la guía del Padre jesuita Ernest Thurston a partir de 1926 en 12 volúmenes, y que de nuevo ve la luz bajo la dirección de Donald Attwater y Ernest Thurston²³⁹. En 1921 aparecía el trabajo silencioso y largo de los Benedictinos de Ramsgate, con el título *El Libro de los Santos*²⁴⁰. En 1924 aparece publicado *El Diccionario Biográfico de los Santos* guiado por Holweck²⁴¹.

En 1935, dos benedictinos de París, Baudot y Chaussin, comenzaron una recogida de las vidas de los Santos titulada *Vies des Saints et Bienheureux*. Éste sigue el orden del calendario, comprende un volumen por mes y se complementa con un decimotercer volumen, publicado en 1959, que contiene los apéndices y los índices²⁴².

Además de estos «Diccionarios», es necesario recordar que todas las enciclopedias, sobre todo las católicas —como la *Enciclopedia cattolica*, el *Dictionnaire d'histoire et de geographie ecclesiastiques* y el *Lexicon für Theologie und Kirche*— contienen un gran número de voces dedicadas a los Santos que ofrecen datos seguros y útiles para el estudio hagiográfico

4.3. La santidad propuesta en la literatura hagiográfica de la época

La santidad única e infinita de Dios se manifiesta en sus Santos de múltiples modos y maneras²⁴³. En un intento de señalar brevemente las ideas generales de la bibliografía que hemos encontrado en nuestra investigación —señaladas parcialmente en el desarrollo del presente trabajo—, se ha de afirmar, en primer lugar, que para gran parte de los hombres de aquella época los Santos son, ante todo, ejemplos de vida cristiana y, como tales, intercesores de Dios. Sin pretender generalizar ni afirmar el abandono o el descuido en el estudio de los innumerables Santos que la historia de la Iglesia ha ofrecido, gran parte de la literatura hagiográfica de las primeras décadas del siglo XX se siente más atraída por aquellos Santos en cuyas vidas el hombre de entonces ve reflejados aquellos aspectos de la vida cristiana que el pueblo espontáneamente les atribuyen, y no tanto por aquellos por lo que fueran en su día constituidos como abogados en tal o cual necesidad.

La teología académica, a pesar de su oficialidad, a menudo no llegaba al pueblo. Éste necesitaba de la vida de los Santos para poder in-

interpretar y vivir su fe. De este modo la vida personal del Santo se desplegaba de mil y un modos en la vida ordinaria de la gente²⁴⁴. Ligada estrechamente a su ejemplo, la vida de los Santos ofrecía al pueblo a la vez una teología muy enraizada en el lugar y en el tiempo que les correspondió vivir²⁴⁵. Su enseñanza se desarrollaba al menos en un doble aspecto: su visión sobre la realidad, y su magisterio espiritual, siempre profético²⁴⁶.

Se ha de reconocer que por aquel entonces fue muy abundante la literatura hagiográfica. Apoyada por una larga tradición, y conscientes de la importancia que éste tenía para el pueblo fiel, fueron muchos los que se ofrecieron a mostrar el tesoro eclesial de los Santos. Ahora bien, fueron principalmente dos las categorías que se utilizaron a la hora de diseñar tales hagiografías: por una parte las categorías histórico-biográficas, unidas o no a las psicológico-ascéticas²⁴⁷; y por otra, las categorías, relativamente incipientes, teológico-dogmáticas.

Las primeras tienen su origen en la advertencia por parte de la mayoría de los hagiógrafos de los peligros de una canonización prematura e indebida, así como de la torpeza, pesadez y falta de historicidad en muchos de los escritos hagiográficos. El mismo Pío XI señala los peligros que supone la falta a la fidelidad histórica²⁴⁸.

Por otra parte, sin embargo, se afirma ya por entonces —en parte, como complemento y rectificación por parte de la teología de los excesos del método psicológico— la relevancia del valor doctrinal que toda vida santa poseía. Si en todas las épocas puede darse y efectivamente se da el valor cristiano al catolicismo practicado con toda entereza, lo que hoy llama la atención —afirma Raul Plus en 1924— es que la santidad de hoy se manifieste como el fruto lógico de un catolicismo mejor comprendido que nunca. Los elementos doctrinales que animan este gran esfuerzo cristiano hacia la perfección son de primer orden. La santidad se liga en trabazón —acaso más íntimamente que en el pasado— con cuanto hay de más elevado y de más capital en nuestro dogma católico²⁴⁹. En este método destaca por entonces, entre otras, la obra del dominico H. Petitot acerca de Santa Teresa de Lisieux²⁵⁰.

La literatura hagiográfica de la época, teniendo en cuenta la necesidad histórica de aquellos momentos, muestra con particular interés —si bien, como hemos señalado mediante métodos diversos— algunas de las verdades relacionadas con la perfección cristiana, algunas de las virtudes vividas por aquellos Santos y Santas, y algunos de los medios por los que aquellos y aquellas llegaron a la santidad. Señalamos de entre ellos los siguientes:

- El hombre se siente ayudado e iluminado por el testimonio de aquellos Santos que han imitado y seguido a Jesucristo y han manifestado ejemplarmente en sus vidas algún aspecto de la caridad de Cristo, al mismo tiempo que correspondían a la misma con su propia existencia: es el caso, entre otros, de San Francisco de Asís, de San Francisco Javier y de los mártires, personas que dieron la vida como la dio Cristo²⁵¹.
- En los grandes Santos de la historia, como lo fueron San Agustín, Santo Tomás, San Juan de la Cruz y San Alberto Magno, entre otros muchos, se busca el equilibrio y la unidad existente entre la fe y de la ciencia, entre la sabiduría y la santidad de vida, aquel equilibrio entre el valor de lo humano y la importancia que se le concede a la inhabitación divina en nosotros por la gracia santificante y por medio del Santo Bautismo²⁵².
- Se subraya por parte de algunos hagiógrafos la cercanía de los Santos hacia las características que rodean a las personas en su realidad cotidiana: su dolor, sus necesidades tanto personales como sociales, su dignidad tanto como hombre como mujer y su lucha por valores y virtudes tanto de alcance personal, social e, incluso, nacional. Los Santos las asumieron y reconocieron, y lo siguen haciendo, en medio de las más variadas circunstancias de entonces y de ahora²⁵³.
- La experiencia enseña, además, que cuando se trata de conmover un alma esclava del pecado, las biografías más eficaces son aquellas que presentan las fases de una lucha victoriosa, las fatigas de una larga subida. Y ello por el hecho de que el lector ve reflejado en estas páginas su caso personal, si no siempre idéntico, por lo menos semejante²⁵⁴.
- En la literatura hagiográfica de la época es frecuente, igualmente, la clasificación de la santidad canonizada, o con fama de santidad, según el estado de vida: vida religiosa, vida misionera, vida sacerdotal y vida laica²⁵⁵.
- Será patente su cercanía hacia aquellos gigantes de la santidad que han aportado una visión personal de la vida cristiana o que han entregado su esfuerzo de santidad a la renovación de la Iglesia en cada época, como es el caso de los Santos Apóstoles, de San Pablo, de San Carlos Borromeo, de San Ignacio de Loyola, de Santa Catalina de Siena o de San Francisco de Sales. En todos ellos queda manifiesta cuál ha de ser nuestra participación según nuestra vocación bautismal, como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, en la Redención del mundo por Jesucristo. De ahí ese deseo ardiente de reparación que hay en los Santos que se nos presentan²⁵⁶.

- Si la razón de la Redención obrada por Cristo es su amor inmenso hacia nosotros, esta esencia redentora se manifiesta de un modo eminente en la Sagrada Hostia y en el Sagrado Corazón de Cristo²⁵⁷. La hagiografía de la época recogerá numerosos frutos de santidad de hombres y mujeres que vivieron santamente en un continuo espíritu eucarístico y de consagración al Divino Corazón²⁵⁸.
- La literatura contemporánea de Pío XI mostrará una especial predilección al mismo tiempo por aquellos Santos que, como San José, el Patriarca de la Sagrada Familia, o como Santa Teresa del Niño Jesús, habían unido a una vida sencilla y normal la fidelidad a la vocación divina²⁵⁹. Al comparar las vidas de Santos escritas hoy en día con las de otras épocas –afirma R. Plus– impresiona la marcada tendencia a insistir menos en que la santidad consiste en éxtasis y dones extraordinarios; a separar en este orden de ideas, con espíritu crítico más ilustrado y sagaz, la historia de la leyenda; y a destacar y elevar al primer plano el elemento auténtico de la santidad, es decir, la fidelidad absoluta en la virtud heroica a la voluntad divina. Tomemos como ejemplo el modelo de santidad presentado por Santa Teresita. En su estudio acerca de la Santa de Lisieux, el Padre dominico Petitot afirma que la novedad de Santa Teresita se expresó, en primer lugar, por las cualidades y caracteres negativos de su espiritualidad, que principalmente fueron: la ausencia de una ascesis violenta y de mortificaciones excepcionales; la ausencia de un método discursivo y riguroso en la meditación y en la oración; la ausencia de fenómenos extraordinarios, visiones o éxtasis; y la ausencia de obras exteriores múltiples²⁶⁰.
- Ligada a esta fidelidad a la voluntad divina se encuentra en los textos hagiográficos, y en el contexto de una recuperación del estado religioso, la lucha por el justo equilibrio, y por ello mismo el aprecio, que supone junto a una «vida escondida en Dios», la preocupación por el apostolado. Este apostolado encuentra especialmente su ejercicio en la instrucción de la juventud, en el servicio de la caridad cristiana y en la evangelización en tierras de «misiones extranjeras»²⁶¹. Ellos, los Santos, habían conseguido unir contemplación y misión en sus personas, y mediante ambas alcanzaron llegar a la santidad y ayudar a los demás en su camino de santidad²⁶². En este sentido, era frecuente un método hagiográfico seguido por las Ordenes religiosas, mediante el cual se estudia la relación entre los Santos y la profesión religiosa realizada.

- En muchos de los Santos que la hagiografía de la época nos propone hay tres verdades cristianas que son especialmente puestas de relieve: la infinita misericordia de Dios, el valor redentor de la Encarnación, de la vida y de la pasión de Cristo, y que la santidad es accesible para todos los hombres²⁶³. La afirmación de estas verdades llevó consigo una reflexión esmerada acerca de tres verdades morales: la caridad como núcleo de la perfección cristiana y reina de todas las virtudes, la Cruz como el único camino en la vida de perfección²⁶⁴, y el valor supremo de algunas virtudes como son la humildad, la paciencia y la confianza y abandono en Dios²⁶⁵.
- Mucha de esta literatura hagiográfica –entre sus autores destaca igualmente el Padre Petitot– se interesó en mostrar que la vida heroica y la santidad suponen esencialmente virtudes aparentemente contrarias y, sin embargo, necesariamente complementarias²⁶⁶. Así, en el estudio acerca de Santa Teresita, el Padre Petitot muestra cómo su santidad se desarrolló en la excelencia de aquellas virtudes complementarias que, aún siendo aparentemente incompatibles entre sí, de hecho se conciliaban en un principio superior²⁶⁷. El Padre Petitot señaló estas tres «antinomias positivas» –así las llama– en la vida de la Santa: la simplicidad de la infancia unida a la prudencia consumada de la madurez; la más humilde pequeñez unida a la más magnánima grandeza; y el gozo más profundo en medio de las pruebas morales más dolorosas. Los principios superiores que operaban en Santa Teresa la síntesis de estas antinomias fueron los dones del Espíritu Santo, en particular los dones de sabiduría y de fortaleza y, a fin de cuentas, el don del mismo Espíritu, que es la Caridad. La Caridad fue, en efecto, la llave de bóveda de todo el edificio espiritual de la Santa²⁶⁸. Tales cualidades suponían un ejemplo de santidad muy adecuado para aquellos tiempos, y ofrecían el cauce para una renovación de la sociedad humana y de la vida católica²⁶⁹.
- Ligada a la característica hagiográfica apenas mencionada se encuentra el hecho de que, con frecuencia, ocurre que no siempre los Santos son modélicos porque sus virtudes y cualidades hayan resultado o resulten agradables al espíritu de una época determinada. Con frecuencia atraen, a pesar de no coincidir con los gustos predominantes en una sociedad dada; más aún, atraen, precisamente, en la medida en que contrarían y corrigen los errores del tiempo en que vive el que los admira²⁷⁰.

- Son particularmente útiles las biografías edificantes de seglares contemporáneos, aun cuando no tengan todavía concedidos el título de Beato o Santo. Fueron muy numerosos los laicos, ellos y ellas, que por aquel entonces respondieron santamente a la llamada de Dios desde su vocación laical y en medio de las más diversas circunstancias de vida. Entre ellos destacan jóvenes como Pier Giorgio Frassatti²⁷¹, y hombres de gran cultura como Contardo Ferrini²⁷². La razón de su eficacia radica en que los sujetos de tales biografías respiraron el mismo aire que el lector respira, combatieron las mismas batallas, con las mismas armas, contra los mismos enemigos y las mismas dificultades²⁷³. Pese a la superabundancia de literatura hagiográfica que se encuentra en la época, los autores cristianos son conscientes de que en tales libros no se encuentra toda la santidad. A nadie le es extraño el hecho de que, a menudo, pasa inadvertido la verdadera grandeza de muchos santas y santos, aún no reconocidos como tales por la Iglesia²⁷⁴. De igual modo, gran parte de la hagiografía reconoce comúnmente que tampoco las condiciones sociales, ni la edad, ni el sexo son óbice para alcanzar la santidad²⁷⁵.
- Una de las características de la hagiografía de entonces será el reflexionar y poder mostrar la esencia de la santidad a través de la riqueza multiforme que ofrece la gran variedad de Santos, a menudo tratada explícitamente en los diversos estudios al presentar la relación espiritual y de testimonio entre dos o más Santos²⁷⁶. Toda realización de la santidad cristiana es una posibilidad más para el conocimiento de lo que debe ser el principio y el fin de toda vida humana.
- Otra de las características de la hagiografía de esta época fue el remarcar especialmente algunas de las verdades cristianas que, testimoniadas por los Santos, y a menudo con el derramamiento de la propia sangre, son consideradas en íntima unión con la existencia misma del Santo²⁷⁷.
- En el estudio histórico de la tipología de santidad que la literatura de cada época presenta, se muestra con claridad que esta tipología es, ciertamente, proporcional a la Orden, congregación religiosa o movimiento de espiritualidad que en aquel momento estaba más viva y presente. Por ello, en los tiempos modernos, la familia franciscana y la familia carmelitana fueron en cabecera, como había ocurrido antes con la familia benedictina.

Dicho esto, se entiende la afirmación de Domenico Giulioti en el prefacio a la obra de Ernesto Hello *Fisionomía de Santos*:

«A partir de estas páginas, en resumen, de historia humana rodeadas de sobrenatural, en la cual el arte no sólo no se avergüenza sino que se gloria de ser sierva de la fe, cada uno puede hacerse una idea de lo que la hagiografía podría ser, si en lugar de ser generalmente descolorida y congelada por fríos y torpes eclesiásticos, pasase a las manos de cristianos ardientes, que fueran, al mismo tiempo, verdaderos y auténticos escritores»²⁷⁸.

NOTAS

1. Encontramos esta objeción en LESSING, G.E. [1729-1781], *Über den Beweis des Geistes und der Kraft* [1777-1778] [citado en CARRASCO, A., *Vocación universal a la santidad*, en AA.VV., *Las Causas...*, 166]. Cfr. LESSING, G.E. [1720-1781], *Sobre la demostración en espíritu y fuerza* [1777], en ID., *Escritos filosóficos y teológicos*, Nacional, Madrid, 1982, 447.
2. Así, por ejemplo, Spinoza. Según él, el conocimiento de lo divino «debe derivarse de las ideas generales, ciertas en sí mismas y bien conocidas, en vista de lo cual la verdad histórica tiene poco o nada que ver en orden a obtener el bien mas alto». Cfr. SPINOZA, B., *Tractatus theologico-politicus*, 4 [texto citado en O'CALLAGHAN, P., *El testimonio de Cristo y de los cristianos. Una reflexión sobre el método teológico*, ScTh, XXXVIII/2 (2006) 557].
3. Cfr. NIETZSCHE, F., *El anticristo*, Alianza, Madrid 1977, 101-103; ID., *La gaya ciencia*, n. 13; ID. *Así habló Zaratustra*, Alianza, Madrid 1977, 145.
Cfr. O'CALLAGHAN, P., *El testimonio de Cristo y de los cristianos. Una reflexión sobre el método teológico*, ScTh, XXXVIII/2 (2006) 558-559.
4. Cfr. SAN IRENEO DE LYÓN, *Avd. Haer.*, IV, 33.
Al inicio de la Iglesia, los no cristianos, ante los mártires, oscilaron entre el desprecio y la admiración. Para no pocos de ellos el martirio de los cristianos es considerado como «un hecho lamentable y vergonzoso», como «el mayor de los fracasos posibles». Según ellos, los cristianos, por su mismo martirio, han de ser calificados como hombres «tercos y obstinadamente inflexibles» [cfr. PLINIO, *Ep.*, 10, 96, 3], que entregan a la muerte sus vidas miserables con «una vulgar valentía» [cfr. MARCO AURELIO, *Pensam.*, 11, 3, 2], y que por tanto se han de considerar «convictos de ser enemigos del género humano» [cfr. TÁCITO, *Anales*, 15, 44, 6]. Muchos otros hay, sin embargo, que llegan a la fe cristiana persuadidos por el testimonio de los mártires: intelectuales como Justino o Tertuliano [cfr. JUSTINO, 2 *Apol.*, 12; TERTULIANO, *Apol.*, 50, 15]; personas sencillas, soldados, carceleros, compañeros de cárcel, como la conversión del soldado Basílides, mártir de Alejandría ante el martirio de la Virgen Potamiana, o la conversión del lugarteniente de la cárcel ante la actitud de Perpetua. Cfr. IRABURU, J.Mª., *El martirio de Cristo y de los cristianos*, Fundación Gratis Date, Edibesa, Pamplona 2003, 80; PUERTOS MARTÍNEZ, S.-VILARIÑO RUIZ, F.J., *El sentido del martirio en Ireneo de Lyon*, en AA.VV., *San Vicente mártir: servidor y testigo...*, 183-200.
5. Cfr. BEATO CHARLES DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, Studium, Madrid 1964, 2ª ed., 127-128.
6. Texto citado en LATOURELLE, R., *Testimonio II: Motivo de credibilidad*, en DTF, 1534.

Véase, BAZIN, R., *Charles de Foucauld, explorateur du Maroc, ermite du Sahara*, Plon, París 1921; LESOURD, P., *La vraie figure du Père de Foucauld*, Flammarion, París 1933.

7. SANTA TERESA DE LISIEUX, *Carta a Celina (14 julio 1889)*, en ID., *Obras Completas*, Monte Carmelo, Burgos, 420.
8. Cfr. RANCE, D., *Un siècle de témoins. Les martyrs du XXe siècle*, Sarment, 1999, 148.

9. No hemos de olvidar que la noción de testimonio desde finales del siglo XIII sufre la consecuencia de la separación de la unidad del saber teológico. En tal separación, la teología manualística a comienzos del siglo XX, considera el martirio ligado al término de «heroicidad» o, incluso, de «milagro moral», y no tanto como acto de amor radical o como acto de comunicación de verdad.

Cfr. BRUGÈRE, M., *De vera religione*, Parisiis 1873, 142-153; DIDIOT, J., *Logique surnaturelle objective*, Lille 1892, 224-228; PERRONE, *Theologia Claromontensis*, I, Parisiis 1895 [7ª ed.], 239-243; HURTER, *Theologiae dogmaticae compendium*, I, Innsbrück 1900 [10ª ed.], 99-104; LODIEL, D., SI., *Nos raisons de croire*, París 1901, 186 ss.; TANQUEREY, A., *Synopsis theologiae*, Parisiis 1901 [5ª ed.], 225-233; BILLOT, L., *De Ecclesiae Sacramentis*, I, Romae 1924, 241.

De todos modos, esta perspectiva deductiva no fue siempre la que imperó en el discurso católico. Pío IX presentó la constancia de los mártires como un signo de la Revelación divina para que cualquier mente y pensamiento pudiera con facilidad entender que la fe cristiana es obra de Dios. Cfr. BEATO PÍO IX, Enc. *Qui pluribus*, DenzHün, 2799.

10. Cfr. *Discurso a Diogneto*, VII, 7-8 [*Padres Apostólicos...*, 853].
11. Un gran escritor cristiano de la antigüedad, Tertuliano, intelectual convertido gracias al testimonio de los mártires, acuñó un texto, posteriormente muchas veces repetido, acerca del valor del testimonio de los mártires. Cfr. TERTULIANO, *Apologeticus*, 50: PL, 1, 534.

Acerca de la espiritualidad del mártir en el pensamiento de Tertuliano, véase, PINCKAERS, S., *La Spiritualité du martyre... jusqu'au bout de l'amour*, Saint-Paul, París 2000, 103, 113.

12. Cfr. ROPS, D., *Introducción*, en HAMMANN, A., OFM, *La gesta de la sangre*, Patmos, Libros de espiritualidad, 104, Rialp, Madrid 1961, 13.
13. En el año 2004, algunas universidades francesas tuvieron un debate acerca de diversos aspectos relacionados con el testimonio, desde el punto de vista analítico, bíblico y ontológico. Si bien ya hemos hecho referencia a los aspectos analíticos de este debate [cfr. c. 1], es digno de destacar, en su aspecto bíblico y ontológico, el artículo de Jean-Louis Chrétien. Cfr. CHRÉTIEN, J.L., *Neuf propositions sur le concept chrétien de témoignage*, en AA.VV., *Le témoignage. Perspectives analytiques, bibliques et ontologiques*, «Philosophie», 88 (2005) 75-94.

Los artículos de J.L. Vieillard-Baron, S. Robilliard, R. Calin y E. Housset analizan respectivamente el pensamiento de Hegel, Husserl, Jean Nabert [1881-1960] y Lévinas [1905-1995], y se preguntan acerca de la relación entre finitud del hombre e infinitud del objeto testimoniado, mostrando cómo es, precisamente, la apertura del hombre a este infinito lo que abre una nueva comprensión de su esencia.

Con respecto a la «metafísica del testimonio» de Jean Nabert, véase el estudio, HEURE I BOHIGAS, J., *Trascendencia y revelación de Dios. Metafísica de las «cifras» según Karl Jaspers. Metafísica del testimonio según Jean Nabert*, Collectanea Sant Pacià, Facultat de teologia de Barcelona, Herder, 1983, 87-145 [*Bibliografía*], *ibid.*, 152].

14. ADAM, K., *La esencia del catolicismo*, ELE, Barcelona 1955 [1924] 276.
Con razón afirmaba el Beato Carlos de Foucauld en 1901 tras haber conocido al Sur de Marruecos la fe de hombres que vivían en continua presencia de Dios:
«La vista de esta fe, de estas almas viviendo en continua presencia de Dios me hizo entrever algo más grande y más auténtico que las ocupaciones humanas»: BEATO CHARLES DE FOUCAULD, Carta a Henry de Castries (8 julio 1901), en CHATELARD, A., *Carlos de Foucauld. El camino de Tamnarasset*, San Pablo, Madrid 2003, 31.
15. Cfr. DONDAINE, H., OP., *La grâce du témoignage*, LVSp, LI (1937) 233.
16. Cfr. SAN AGUSTÍN, *In Ionnis Evangelium*, Tractatus II, 8 [S. Ag., XIII, 104-105]. Santo Tomás se pregunta acerca de la necesidad de dar testimonio de Aquel que «es Luz en sí misma, Luz que todo manifiesta» como San Juan afirma del Hijo. La objeción –responde el Aquinate– es de los maniqueos que quieren eliminar el Antiguo Testamento. Contra ellos, los Santos Doctores presentan varios motivos por los cuales Cristo quiere ser testimoniado por los Profetas. Orígenes elenca tres argumentos. 1) Dios quiere tener testimonios no porque necesite de su testimonio, sino, al igual que lo hace en el orden del universo sirviéndose de causas segundas, por ennoblecer a aquellos que constituye como testigos suyos. 2) Porque, confiad a la Escritura y a la Tradición, de ese modo no sólo los contemporáneos sino las generaciones futuras pudieran creer en él. 3) Los hombres son de índole diversa y, por tanto, están dispuestos y llevados a conocer la verdad de modo diversos. Algunos prefieren por medio de prodigios y milagros, otros a través de la sabiduría. 4) Un cuarto argumento sería señalado por San Juan Crisóstomo. Los hombres, de limitada inteligencia, no pueden llegar por sí solos a la verdad y al conocimiento de Dios. La necesidad del testimonio viene dada, ya no sólo por la irradiación de la luz, sino por motivo de la indigencia humana. Cfr. SANTO TOMÁS, *Super Ionn.*, c. 1, lib. 4, n. 118-119 [*Commento al Vangelo di San Giovanni*/I, Città Nuova, Roma 1990, 98-100].
17. El profesor Latourelle nos recuerda dos afirmaciones de dos grandes escritores católicos de la época, Gabriel Marcel, uno de los grandes «convertidos», y Daniel-Rops.
«Gabriel Marcel declara: “Los encuentros han jugado un papel capital en mi vida. Me he encontrado con seres en los que sentía la realidad de Cristo tan viva que no me era lícito dudar de ella”. Y Daniel-Rops: “No hay nada tan decisivo como ver con los propios ojos lo que es un cristianismo vivo y encarnado”»: LATOURELLE, R., *Testimonio II: Motivo de credibilidad*, en DTF, 1535.
18. Cfr. DONDAINE, H., OP., *La grâce du témoignage*, LVSp, LI (1937) 234; SAUDREAU, A., *L'âme des Saints*, LVSp, XXXVIII (1934) 166.
Acerca de la Iglesia como testigo del Espíritu Santo en el mundo contemporáneo, véase, PAOLETTI, D., *La testimonianza cristiana nel mondo contemporaneo in Papa Montini*, Miscellanea Francescana, C.E.F.A., Roma 1991, 16, 283-383.
Cfr. JUAN PABLO II, Litt. Enc. *Veritatis splendor*, n. 107 [AAS, 85 (1993) 1217].
19. Cfr. WEISS, A., OP., *Cómo los Santos salvan y juzgan al mundo*, LVS, VII (1924) 211 [Texto antiguo].
20. Cfr. CONGAR, Y.M.J., OP., *La fe...*, 202.
21. Recordemos que al igual que en el resto de «lugares» de la Tradición, el discernimiento por parte del Magisterio es el elemento formal desde el punto de vista del valor normativo; en el caso de la vida de los Santos es éste quien discierne la santidad de los mismos.
22. Cfr. SANTO TOMÁS, *Quodlibet.*, XI, a. 7; *Summa contra Gentiles*, IV, c. 60; *S.Th.*, III, q. 72.

23. Cfr. DONDAINE, H., OP., *La grâce du témoignage*, LVSp, LI (1937) 228.
24. PÉGUY, Ch., *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Encuentro, Madrid 1989 [1911], 78-80.
25. Bien claro lo tenían los primeros cristianos, y fue predicación constante de los Padres; los cristianos eran llamados a dar testimonio de la belleza de su fe a través de la misma presencia externa como así lo afirma San Juan Crisóstomo en sus *Catequesis Bautismales*. Cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Octava Catequesis*, en ID., *Las Catequesis bautismales*, Ciudad Nueva, 1998, 154-155.
26. Cfr. ZUNDEL, M., «*Infra actionem*». *A la source de l'action*, LVI, 48 (1937) 341-343.
27. Cfr. *ibid.*, 350.
28. Cfr. DE GUIBERT, J., SI., *El deseo de la perfección*, en ID., *Lecciones...*, I, 234-241. Cfr. MELINA, L., *Amore, desiderio ed azione*, en AA.VV., *Domanda sul bene e domanda su Dio*, MELINA, L.-NORIEGA, J. (dir.), PUL-Mursia, Roma 1999, 91-108.
29. Cfr. SAVI, B., *I Santi*, VCr, VI (1934) 610.
Este «renacimiento» está ligado al término de «infancia espiritual», que testimoniada por Santa Teresita de Lisieux, fue recogida tanto por gran parte de la literatura de la época, como por el magisterio de Pío XI. Cfr. PETITOT, L.H., OP., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, La Revue des Jeunes, Paris 1925, 21-22.
Cfr. ZUNDEL, M., «*Infra actionem*». *A la source de l'action*, LVI, 48 (1937) 343-348; LECLERCQ, J., *La enseñanza de la moral...*, 199.
30. Cfr. ZUNDEL, M., «*Infra actionem*». *A la source de l'action*, LVI, 48 (1937) 350.
31. Cfr. LAVAUD, L., *Notes distinctives de sa sainteté (Saint Thomas)*, LVSp, VIII (1923) 341-342 [citando S.Th., II-II, q. 183, a.1-2]; JORET, D., OP., *Dieu contemplé dans son image*, LVSp, XX (1929) 483-485, XXI (1929) 35-55.
32. Cfr. BONDIOLI, P., *Santità*, VP, XXI (1930) 232.
33. Cfr. DONDAINE, H., OP., *La grâce du témoignage*, LVSp, LI (1937) 236.
Cfr. RATZINGER, J., *Guardare Cristo. Esercizi di fede, speranza e carità*, Jaca Book, Milano 1989, 30-31.
34. Cfr. Sb 8, 1.
35. Algunos testimonios de la Tradición al respecto son: «Non enim cum vi, sed secundum suadellam» [SAN IRENEO, *Adversus Haereres*, 5, 11]; Dios «envío a su Hijo de la mejor manera, como Salvador, como uno que persuade, no como uno que constriñe. Porque en Dios no hay violencia» [cfr. *Carta a Diogneto*, 7, 4: SCh 33, 68]; «Neminen enim invictum vicit Christus, sed suasionem (*peithon*), cum sit Verbum Dei» [ORÍGENES, *Sel. in Ps.*: PG, 12, 1133b].
Según San Agustín, Dios actúa invenciblemente (*gratia invicta*) sobre los hombres, al tiempo que respeta exquisitamente la libertad del sujeto (Dios obra según lo que él denomina la *suavitas amoris*). Cfr. SAN AGUSTÍN, *De corr. et grat.* 12, 38: ID., *Enn. in Ps.* 13.
36. Cfr. ZUNDEL, M., «*Infra actionem*». *A la source de l'action*, LVI, 48 (1937) 352-353.
Años más tarde, Giussani afirmará que la admiración, primero, y después un sacrificio inevitable, son los pilares de una relación auténtica. Cfr. GIUSSANI, L., *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, 50-51.
Silvano Petrosino ha realizado un estudio recientemente dedicado al «asombro» en el que lo describe como «la circunstancia en la que la visión está obligada a convertirse en mirada; lo que obliga es el esplendor del objeto»: PETROSINO, S., *El asombro*, Encuentro, Madrid 2001 [1997], 83. Antes de su parte más sistemática, el profesor Petrosino recoge el testimonio dado por autores por Platón y Aristóteles, Ernst Bloch, Roland Barthes, Guy de Paupassant, o el ofrecido por Artaud acerca de la obra de Van Gogh.

37. Para algunos pensadores, como J.P. Sartre, el término «imagen» era objeto de sospecha, pues su contenido se aferraba, según Sartre, a una concepción «cosista» y «mágica» del mismo al estar ligado a ciertos sistemas metafísicos clásicos. Husserl, Bergson y otros filósofos desde el movimiento fenomenológico revalorizaron el valor significante, al mismo tiempo que subjetivo de tal concepto. Véase, SARTRE, J.P., *L'Imagination*, Alcan, Paris 1936; FELDAMN-COMITI, Y., *Structures intellectuelles. Introduction a l'étude phénoménologique de l'image a propos d'un ouvrage récent*, RMM, 44 (1937) 767-779; SARTRE, J.P., *Structure intentionnelle de l'image*, RMM, 45 (1938) 543-609.

Desde comienzos de siglo, los pensadores judíos, y de entre ellos cabe destacar de un modo especial a Lévinas y a Adorno, intentaron justificar filosóficamente sus posturas iconoclastas. Ambos, Lévinas y Adorno, fueron criticados por H. Gadamer [*Verdad y método*, 1960] quien recuerda que fue, sobre todo, San Juan Damasceno quien mejor formuló la justificación de la imagen y del arte a partir de la verdad de la Encarnación de Cristo, manifestación visible de Dios. Cfr. SAN JUAN DAMASCENO, *Orationes pro sacris imaginibus*, 730: PG, XCIV, 1246 A. [Recordemos que San Juan Damasceno sería proclamado Doctor de la Iglesia por León XIII]. Véase, PONZIO, A., *Responsabilità e alterità in Emmanuel Lévinas*, Jaca Book, Milano 1995; RICOEUR, P., *Emmanuel Lévinas, penseur du témoignage e L'herméneutique du témoignage*, en ID., *Lectures 3. Aux frontières de la philosophie*, Paris 1994, 83-105, 107-139; LÉVINAS, E., *Subjectivité et Infini*, en ID., *Autrement qu'être ou au-delà de l'essence*, Martin Nijhoff, La Haye 1974, 167-218; VANDEVELDE, G., *L'«Autrement qu'être» ou la foi opérant par la charité*, NRTTh, 115 (1993) 699-715.

Otro filósofo en la defensa de la imagen en el contexto de una teología estética será J.L. Marion. Cfr. MALDONADO, L., *Liturgia, arte, belleza. Teología y estética*, San Pablo, Madrid 2002, 39-47.

38. Cfr. DONDAINE, H., OP., *La grâce du témoignage*, LVSp, LI (1937) 236-237.
 39. Cfr. SANTO TOMÁS, *Super Job*, lect. 2; *S. Th.*, II-II, q. 66, a. 2, ad 2.
 Cfr. LAVAUD, L., *Notes distinctives de sa sainteté (Saint Thomas)*, LVSp, VIII (1923) 342.
 Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 17.
40. Un sugerente texto del Cardenal Trujillo –retomando palabras de San Josemaría Escrivá, al mismo tiempo que hace de él una semblanza– señala lo esencial y distintivo de los Santos. Cfr.

«Otros autores bien conocidos en el panorama literario como Rabindranath Tagore o Khalil Gibran, y en buen número de poetas de la lengua española, nos ofrecen una sabiduría que abre el corazón a la trascendencia y nos hacen respirar, en cierta forma, el aroma de un incienso sacro que nos libera de encadenarnos a la tierra. José María Pemán decía que somos un poco de polvo con afares de Dios [...] El autor de *Camino* nos conduce más allá: nos mete –era su intención– “en caminos de oración y de Amor” [...] Sólo los santos son contemporáneos de Dios y de los hermanos, en una tal sintonía que se transforma para éstos en compasión y comprensión, en un diálogo concreto y exigente [...] Urs von Balthasar, precisamente tratando del laicado, decía que la flecha va más lejos cuando el arquero tensa más la cuerda poniéndola junto al corazón. Los Santos abren horizontes insospechados y hacen que la Iglesia respire y dé la vida. Ellos son su talante genuino y como su rostro capaz de iluminar porque reflejan la luz de Cristo. El Padre, el Beato [ahora Santo] Josemaría, ha lanzado su flecha luminosa muy alto, muy lejos, porque el mensaje, la Buena Nueva, la puso dentro de su corazón. Nunca como una figura evasiva, como desencarnada e inaccesible: nos pone y transita con nosotros en un camino que desputa en Dios. Para usar el símil –bien conocido– los Santos son

como árboles que tienen sus raíces en lo alto, vueltas a Dios. Del arraigo en Dios recaban toda su vitalidad, su capacidad de crecimiento y su misma capacidad de testimonio. Reciben del sol que surge de lo alto [Lc 1, 78] su capacidad de iluminar y de la cercanía al centro, al fuego incandescente, su capacidad de ser fuego que calienta»: LÓPEZ TRUJILLO, A., Card., «*Camino: un modo de mirar a Dios y al mundo*, en AA.VV., *En torno a la edición crítica de «Camino»*, ÁNCHEL, C. (dir.), Rialp, Madrid 2003, 148-149, 154.

Tanto Kierkegaard como Newman habían señalado ya la contemporaneidad a Cristo por parte de los testigos cristianos. Cfr. CHRÉTIEN, J.L., *Neuf propositions sur le concept chrétien de témoignage*, en AA.VV., *Le témoignage. Perspectives analytiques, bibliques et ontologiques*, «Philosophie», 88 (2005) 87-88.

41. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 26-27.

42. Cfr. DE GUIBERT, J., *Apolétique vivante*, RAP, I (1905) 350.

Véase esta misma expresión: *Si isti et itae, cur non ego?*, en un discurso de Pablo VI, en el que señalando las necesidades prioritarias de la Iglesia señala como primera recomendación el conocimiento de la vida de los Santos, «museo de incomparables experiencias humanas y de excitantes ejemplo al progreso posible de un auténtico perfeccionamiento moral y espiritual». Cfr. PABLO VI, *Le necessita prioritarie della Chiesa* (16 octubre 1974), IPVI, XII (1974) 938.

Cfr. RISSO, P., *Testimoni per il nostro tempo*, Elle Di Ci, Torino 1991, 197.

43. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 23.

44. Ch. Péguy a André Gide (9 enero 1912) [Texto citado en CHIOCCHETTA, P., *La spiritualità tra Vaticano I e Vaticano II*, Studium, Roma 1984, 68] [Traducción nuestra].

45. NEWMAN, J.H., *Nota D: La serie de vidas de Santos [1843-1844]*, en ID., *Apologia pro Vita sua*, Encuentro, Madrid 1996 [1864], 312-313.

46. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 5-9; BOURGET, P., *Un santo*, Guinart y Pujolar, Barcelona 1904, 58.

47. El siglo XIX y el siglo XX han visto a hombres que, como Shopenhauer y más tarde M. Julien Brenda, afirman que la virtud surge del error, y la razón, de la locura, estado en el que el hombre se encuentra habiendo sido arrojado por la vida a un abismo irracional. De ahí que de entre las distintas explicaciones «puramente naturales» del comportamiento cristiano se hallen las siguientes: para el «materialismo dialéctico» la misma creencia sería fruto de una actividad química celular; para el sociologismo el hombre actúa según las exigencias de su cuerpo y, sobre todo, de la sociedad; para el psicologismo, todo es fruto de la transmisión de una educación, al mismo tiempo que de un sistema puramente racional de ideas. Cfr. RABEAU, G., *Le témoignage d'une vie chrétienne*, LVI, 19 (1933) 14-17.

48. SARTRE, J.P., *Saint Genest, comédien et martyr* [1952], NRF, 1952, 185 y 234 [Traducción nuestra].

A.M^a. Sicari nos recuerda otro texto de J.P. Sartre que indica, de igual modo, su sarcasmo ante la realidad de los Santos:

«Mostro o santo, me ne fregavo. Volevo solo essere inhumano [...] Addio mostri, addio santi. Addio orgoglio. Non ci sono che uomini»: SARTRE, J.P., *Il diavolo e il buon dio*, en ID., *Teatro*, Mondadori, Verona 1964, 502-505 [citado en SICARI, A.M^a, *I mille volti della santità*, en AA.VV., *Pastorale e pedagogia della santità*, Pontificio Istituto di Spiritualità del Teresianum, OCD, 2002, 169].

49. Véase el extraordinario movimiento en defensa de la hagiografía que se produce ya a finales del siglo XIX en EMERY, E., *In defense of hagiography: the catholic revival and illustrated lives of Saints*, en AA.VV., *Medieval Saints in late nineteenth century french culture*, EMERY, E.-POSLEWATE, L. (dir.), McFarland, North Carolina 2004, 99-106.

- P. Dupouey contrapone de un modo extraordinario la belleza presente en los Santos a la belleza propuesta por la modernidad. Cfr. DUPOUEY, P., *Témoignage*, LVSp, XXXIX (1934) 155-156.
50. Cfr. ROMOLI, L., OP., *Eroi ignorati del giorno*, VCr, VIII (1936) 53.
 51. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 9-10. 68.
Véase un texto parecido en ARINTERO, J.G., OP., EvM, 2ª part., c. 8 § 2, 605-606.
 52. Cfr. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?...*, 19. 190.
«¿Qué Dios nos dé Santos!», es la intención mensual que la revista española de gran difusión nacional *El Mensajero del Corazón de Jesús* ofrece en diciembre de 1924 para todos sus lectores.
 53. Cfr. ELIOT, S.T., *Coros de «La Piedra»*, Alianza, Madrid 1995 [1934] 180.
 54. HELLO, E., *Fisonomías de Santos...*, I, XV.
Cfr. TERTULIANO, Q., *El Apologético*, 50, Biblioteca de Patrística 38, Ciudad Nueva 1997, 186; SANTO TOMÁS, *Super Rom.*, c. 1, lect. 5; SAN BUENAVENTURA, *In II Sent.*, d. 26, q. 2 [Quaracchi, II, 635].
 55. Cfr. BERNANOS, G., *Jeanne, relapsa e santa* [1929] en ID., *Essais et écrits de combat*, I, Gallimard 1971, 40.
Léase el comentario que autores diversos hacen acerca de este escrito, en *ibid.*, 1367-1368. Véase el comentario que Von Balthasar hace de la obra de Bernanos acerca de su doctrina acerca de los Santos: VON BALTHASAR, H.U., *Le Chrétien Bernanos*, Seuil, Paris 1956, 221-273.
 56. Cfr. BERNANOS, G., *Obras*, I: *Diario de un cura rural*, L. De Caralt, Barcelona 1959 [1936], 3-4.
 57. Cfr. RABEAU, G., *Le témoignage d'une vie chrétienne*, LVI, 19 (1933) 10.
Cfr. NIGG, W., *Grandi Santi*, Mediterranea, Roma/Milano 1949, 7.
 58. Frente a los antropocentrismos emergentes de su época, hace falta, recuerda Von Balthasar, lo que Kierkegaard había llamado una «suspensión teológica de lo ético», es decir, una dependencia de lo ético respecto de lo religioso. En un mundo que tiende a sustituir lo teológico por lo ético se necesitan «no teólogos [también teólogos!], sino inequívocamente santos; no sólo decretos, sino figuras por las que podemos orientarnos como faros». Cfr. BALTHASAR, H.U. VON, *Seriedad con las cosas. Córdula o el caso auténtico*, Sígueme, Salamanca 1986 [1966], 136.
 59. En este mismo sentido J. Ratzinger afirma que «la conversión del mundo antiguo no fue el resultado de una actividad planificada, sino el fruto de la prueba de la fe en medio del mundo como se hacía visible en la vida de los cristianos y en la comunidad de la Iglesia. Al contrario –sigue Ratzinger– la apostasía de la edad moderna se funda sobre la caída de la verificación de la fe en la vida de los cristianos». Cfr. RATZINGER, J., *Guardare Cristo. Esercizi di fede, speranza e carità*, Jaca Book, Milano 1989, 31.
 60. Cfr. GUIBERT, J., *Apolétique vivante*, RAP, I (1905) 337.
 61. Cfr. JOLY, E., *Psicología de los Santos...*, 6.
 62. El que fuera Arzobispo de Milán durante el pontificado de Pío XI, Beato Cardenal Schuster, afirmaría el 18 agosto 1954, pocos días antes de morir:
«La gente non si lascia più convincere dalla nostra predicazione; ma di fronte alla santità ancora crede, ancora si inginocchia, ancora prega. Se passa un santo, vivo o morto che sia, tutti accorrono. Cospì per don Orione, cosí per don Calabria. Il diavolo non ha paura dei nostri campi sportiv, dei nostri cinema; ha paura della nostra santità!»: SCHUSTER, A.I., OSB., [1880-1954] [citado en CITTERIO, B., *I miei sette cardinali*, Milano 2002, 61.
 63. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 11.

- Cfr. LENOIR, R., *Sur les rapports de la religion et de la morale*, RMM, 28 (1921) 583; BELOT, G., *La religion comme méthode de pédagogie morale*, RMM, 28 (1921) 558; BONDIOLI, P., *Santità*, VP, XXI (1930) 231; LAVAUD, M.B., OP., *L'étude chrétienne de l'expérience des saints*, NV, VI (1931) 344-345.
64. Acerca del cuerpo como difusor de la belleza recibida del alma, véase, SAN BERNARDO, *In Cant. Serm.* 85, n. II: PL, CLXXXIII, 1193.
Cfr. MOUROUX, J., *Sentido cristiano del hombre*, Palabra, 2001 [1943], 86.
65. Cfr. CHATELAIN, F.M.-DEMAN, Th., *Le Ve Congrès International d'éducation morale*, LVI, 9 (1930) 412.
66. Cfr. GUIBERT, J., *Apolétique vivante*, RAP, I (1905) 345.
Cfr. BERGSON, H., *Les deux sources de la religion*, Paris 1932, 249; FESTUGIÈRE, A.J., OP., *Pour le dix-neuvième centenaire de la Rédemption. Le Sage et le Saint*, LVI, 27 (1934) 404].
67. ARINTERO, J.G., OP., EvDoc, c. 2 § 5, 120-121 [El autor cita a nota de pie de página un texto del P. Longhay, *Les Saints dans l'histoire*, en *Etudes*, 5 Janv. 09, 42]. Tras la gran aportación dejada por el P. Arintero, en la segunda mitad del siglo XX algunos autores desarrollan la cuestión acerca del Santo como un tema peculiar en la teología. Un estudio acerca de dicho desarrollo se encuentra por Ramón Arnau-García. Él señala —tras la huella del P. Arintero— autores como E. Iserloh, K. Rahner, K. Wittstadt y, sobre todo, M. Llamera y H.U. Von Balthasar. Cfr. ARNAU-GARCÍA, R., *El Santo como tema teológico*, en AA.VV., *Vivir en la Iglesia*. Homenaje al Prof. Juan Agulles, Facultad de teología San Vicente Ferrer Valencia 1999, 149-164.
68. ID., EvM, prólogo, 9-10.
69. ID., EvDoc, c. 2 § 5, 110 [en la nota 4 a pie de página].
70. ID., MecDiv, c. 6 § 2, 354.
71. ID., EvDoc, c. 2 § 4, 81 [citando a nota de pie de página un hermoso texto de Balmes, *Cartas a un escéptico*, VII].
Cfr. CIVARDI, L., *Apóstoles en el propio ambiente*, Gili, Barcelona 1956, 3ª ed. [1939], 56-57.
72. Así lo afirma San Alberto Magno, en un texto citado y comentado por el Cardenal Christoph Schönborn. Cfr. SCHÖNBORN, C., *Sólo la caridad atrae*, «30Días», XVII/2 (1999) 59.
73. Cfr. LAVAUD, L., *Notes distinctives de sa sainteté (Saint Thomas)*, LVSp, VIII (1923) 366.
Acerca de los Santos como personas que han sido revestidas de autoridad para bien común de los pueblos y de las naciones, véase, DUTHOIT, E., *La crisi d'autorité*, DC, XIV (1925) 411.
74. Acerca del poder psicológico del ejemplo son muy iluminadoras las palabras del profesor Civardi, véase, CIVARDI, L., *Apóstoles en el propio ambiente*, Gili, Barcelona 1956, 3ª ed. [1939], 50-51.
75. Cfr. ANÓNIMO, *La perenne missione educatrice di San Luigi Gonzaga, A proposito del secondo centenario della canonizzazione* (31 diembre 1726), CC, 77/IV (1926) 487.
76. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 194.
Cfr. LECLERCQ, J., *La enseñanza de la moral...*, 174-180; RODRÍGUEZ DE YURRE, G., *Ética*, Seminario Diocesano, Vitoria 1966, 2ª ed., 8.
77. Véase acerca de la memoria como presupuesto del conocimiento y garantía que la verdad permanece en nosotros en RUPNIK, M.I., *La verdad, memoria de la vida*, en ID., *Decir el hombre. Icono del Creador, revelación del amor*, PPC, Madrid 2000 [1996], 19-74.

78. Texto recogido por R. Latourelle en la presentación al libro, PAOLETTI, D., *La testimonianza cristiana nel mondo contemporaneo in Papa Montini*, Miscellanea Francescana, C.E.F.A. 1991, 7.
Véase en el estudio del profesor Latourelle apenas señalado, los apartados «L'uomo contemporaneo ascolta i testimoni», y «Il mondo attende il passaggio dei Santi», expresión esta última retomada del mismo Pablo VI: *ibid.*, 311-317.
79. Véase, MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*, De Presenza, Roma 1950 [1932].
80. Cfr. *ibid.*, 13.
Léase la presentación que Luigi Giussani hace años más tarde a la reedición del libro de C.C. Martindale: GIUSSANI, L., *Presentación* [1976], en MARTINDALE, C.C., SI., *Los Santos*, Encuentro, Madrid, 1988 [1932].
81. Cfr. HELLO, E., *Fisonomías de Santos...*, I, XVI.
82. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*..., 14 [Traducción nuestra].
83. *Ibid.*, 183 [Traducción nuestra].
84. Cfr. SANTO TOMÁS, *Super Rom.*, 6, lect. 6.
85. Cfr. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*..., 14-16.
86. Cfr. *ibid.*, 181-182.
87. Rm 8, 29-30.
88. Dice la *Imitación de Cristo* al respecto: «Yo soy el que hice todos los Santos; yo les di la gracia; yo les concedí la gloria». Cfr. THOMAS À KEMPIS, *De imitatione Christi*, 77, lib. 3, c. 58.
Tales afirmaciones son expresadas de modo admirable por el Padre Arinterro especialmente en tres de sus obras: ARINTERO, J.G., OP., MecDiv, c. 2 § 1-2; ID., *Exposición mística del Cantar de los cantares*, Salamanca 1919, c. 4, v. 9; ID., *La verdadera mística tradicional*, Fides, Salamanca 1925: *Llama*, 2ª., 34.
89. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*..., 189 [Traducción nuestra].
90. ARCARI, P., *Il Santo...*, 195 [Traducción nuestra].
91. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*..., 180 [Traducción nuestra].
92. *Ibid.*, 184 [Traducción nuestra].
93. *Ibid.*, 16 [Traducción nuestra].
94. *Ibid.*, 184-185 [Traducción nuestra].
Cfr. *ibid.*, 16-17. 189.
95. Cfr. *ibid.*, 17. 183.
Cfr. ARINTERO, J.G., OP., MecDiv, c. 6 § 5, 414-415
96. ID., EvM, 3ª part., c. 2 § 1, 695.
97. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*..., 18 [Traducción nuestra].
98. Cfr. *ibid.*, 185.
99. Cfr. *ibid.*, 186.
100. ARCARI, P., *Il Santo...*, 207-208 [Traducción nuestra].
101. Cfr. *ibid.*, 180, 181, 182, 184, 185, 187.
102. Cfr. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*..., 186.
103. Cfr. *ibid.*, 18-19.
Cfr. ARCARI, P., *Il Santo...*, 210.
104. Cfr. *ibid.*, 186.
105. Cfr. *ibid.*, 214-215.
106. Cfr. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*..., 186-188.
107. Cfr. ARCARI, P., *Il Santo...*, 188-189, 219.
108. Cfr. *ibid.*, 196-197.
109. Cfr. MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?*..., 14.
110. Cfr. ARCARI, P., *Il Santo...*, 199.
111. *Ibid.*, 168 [Traducción nuestra].

112. *Ibid.*, 201 [Traducción nuestra].
113. Véase la cercanía de tales afirmaciones con el axioma clásico *Bonum est diffusivum sui*. Cfr. PEGHAIRE, J., *L'axiome «Bonum est diffusivum sui» dans le néoplatonisme et le thomisme*, «Revue de l'Université d'Ottawa» (1932) [section spéciale, vol. 1], 5-30.
114. Cfr. ARINTERO, J.G., OP., EvDoc, c. 1 § 6, 207-230; ID., EvM, 1ª part., c. 2 § 1, 49.
115. Véase la segunda y tercera parte del estudio, LLAMERA, M., OP., *Los Santos en la vida de la Iglesia según el P. Arintero*, San Esteban, Salamanca 1992, 47-162.
116. ARINTERO, J.G., OP., EvM, 2ª part., c. 8 § 2, 606.
117. Cfr. SAN GREGORIO, *Moralia*, lib. 24, c. 8, n. 15: PL, 76, 295.
Cfr. GAY, Ch., *De la vida y de las virtudes cristianas*, III., Católica Internacional, Madrid 1878, 7ª ed., XVII, I; BERLIÈRE, U., OSB., *L'ascèse bénédictine des origines à fin du XIIIe siècle*, Maredsous 1927, 15, 112, 169.
Véase acerca de la sección «Ejemplares de Vida Sobrenatural» que se podía leer en la revista «La Vida Sobrenatural», en REQUENA, F.Mª., *Espiritualidad en la España de los años veinte. Juan G. Arintero y la revista «La Vida Sobrenatural» (1921-1928)*, Euns, Pamplona 1999, 238-242.
118. VAN DER MEER DE WALCHEREN, P., *Nostalgia de Dios*, 7ª ed., Desclee, Buenos Aires 1951 [1914], 83.
119. Cfr. ARINTERO, J.G., OP., EvDoc, c. 3, a. 3 § 9, 320-321.
120. Cfr. *ibid.*, 321 [el autor cita dos textos: uno del Rmo. P. Cormier, *Lettre à un étud. en Ecriture*, 27-29, y el otro del P. Caussade, *L'Abandon à la Providence*, lib. 2, c. 5].
121. Cfr. MINOZZI, G., *I Santi dell'Anno Santo (1925)*, Amatrix, Roma-Milano 1926, IX-X.
122. Cfr. ARINTERO, J.G., OP., EvOrg, c. 2 § 8, 344; MARTINDALE, C.C., SI., *Che sono i Santi?...*, 180.
123. SANTA TERESA DE LISIEUX, *Manuscritos...*, 265 [*Manuscript C*, 36v].
124. Cfr. ARINTERO, J.G., OP., EvOrg, prólogo, 24-26; *ibid.*, c. 1 § 7, 246-247.
Este mismo planteamiento acerca de la estabilidad de la Iglesia y, al mismo tiempo, de su flexibilidad y adaptabilidad, se encuentra referido a la moral católica en las conferencias que el dominico M.S. Gillet pronunció en París entre 1910 y 1911. Véase, GILLET, M.S., OP., *El valor educativo de la moral católica*, Sáenz de Jubera, Madrid [1910-1911] [GILLET, M.S., OP., *El valor educativo de la moral católica...*].
125. Cfr. ARINTERO, J.G., OP., EvOrg, c. 2 § 8, 191. 330-345; ID., MeDiv, c. 2 § 6, 116-121.
126. Cfr. *ibid.*, c. 1 § 3, 4. 65-92.
127. Cfr. *ibid.*, c. 2 § 4, 92-97.
128. Cfr. *ibid.*, c. 1 § 3, 4, 65-92; ID., EvM, 2ª part. c. 5 § 3, 483-500; *ibid.*, 3ª part., c. 2 § 1, 695.
129. Cfr. ID., MeDiv, c. 5 § 4, 7. 246-258. 301-327.
130. Cfr. ID., EvM, 3ª part., c. 2 § 2, 690-696.
131. PÉGUY, Ch., *Le mystère de la charité de Jeanne d'Arc*, Gallimard, 90ª ed., 1950 [1910] 14-15.
Cfr. EVDOKIMOV, P., *Le sainteté dans la tradition de l'église orthodoxe*. La nouveauté de l'Esprit, Begrolles, Abbaye de Bellefontaine, 1977, 110.
132. Cfr. CRIPPA, L., *Modelos espirituales*, en DM, 1261.
133. Cfr. BARBERA, M., SI., *Pedagogía cristiana vissuta*, CC, 88/IV (1937) 348; CIVARDI, L., *Apóstoles en el propio ambiente*, Gili, Barcelona 1956, 3ª ed. [1939], 49-51.

Cfr. PINCKAERS, S.Th., OP., *Necesidad de la ayuda de otro y de la disciplina en la educación para la virtud*, en ID., *La renovación de la moral. Estudios para una moral fiel a sus fuentes y a su cometido actual*, Verbo Divino, Estella 1971 [1964], 244-246.

Acerca del concepto del *exemplum* en la sociedad medieval [historia, fábula, parábola, moralidad, descripción para confirmar o apoyar una doctrina] y acerca de sus características básicas [didactismo, figuralidad, teatralidad y autoconciencia], véase, FERNÁNDEZ-GARCÍA, M^a.S. en su recensión a PALAFOX, E., *Las éticas del «exemplum». Los castigos del rey don Sancho IV, el Conde Lucanor y el libro del Buen Amor*, Universidad Nacional Autónoma del México, México 1998, en AHI, IX (2000) 661.

En la ciencia pedagógica actual continúa teniendo validez esta referencia a los modelos, relacionándolos con términos y cuestiones como las siguientes: la existencia de modelos universales y modelos metaculturales; la elección ante la multiplicidad de imágenes; la forma de considerar estos modelos según la edad, capacidades, circunstancias; la presencia del modelo como fruto de la necesidad de relación y socialización, así como de la necesidad de concretar algo que me atrae del otro y que lo hace englobar todo; la necesidad de des-subjetivar el modelo. Como se puede comprobar, esta cuestión es tratada por la pedagogía especialmente al considerar el hecho de la socialización.

134. Cfr. HUBER, M., SI., *Die Nachahmung der Heiligen in Theorie und praxis*, Freiburg i. B. 1926, 5^a ed., 175-178.
La expresión «el arte de la santidad», usada a menudo por Juan Pablo II, está siempre ligada a la verdad del arte como camino hacia Dios y a la verdad de Cristo y de su gracia, viva en la compañía de la Iglesia Madre; verdades, ambas, que hacen posible recorrer este camino. Cfr. JUAN PABLO II, Discurso al final de la misa en la Basílica de San Pedro con ocasión del Jubileo de los artistas (18 febrero 2000)
135. Cfr. OLGIAI, F., *La teologia vissuta e la spiritualità dei Santi*, en AA.VV., *Teologia e spiritualità*, Milano 1952, 87-119.
136. ARINTERO, J.G., OP., MecDiv, c. 6 § 2, 352.
Cfr. TURMANN, M., *Exemples Apologétique vivante*, RAp, I (1905) 517-522.
137. Cfr. SURIN, P., SI., *Lo ordinario en la vida sobrenatural*, LVS, VII (1924) 420 [Texto antiguo]; ROJO, C., OSB., *El culto de los Santos*, LVS, XII (1926) 332.
Cfr. CRIPPA, L., *Modelos espirituales*, en DM, 1261.
138. Cfr. SAN AMBROSIO, *De Joseph*. 1, 1, en ID., *Opera Omnia di Sant'Ambrogio*, Biblioteca Ambrosiana-Città Nuova, Milano-Roma 1982, III, 345 [Traducción nuestra].
Cfr. SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Contra Iulianum*, lib. VI [PG, LXXVI, 788-789].
139. Cfr. SAN ANTONIO DE PADUA, *Sermones dominicales y festivos. Cuarto Domingo de Pascua*, 11, Espigas, Murcia 1995, 497.
140. Es hermoso el relato que el P. Arintero nos hace de uno de sus encuentros con «un sabio profesor de gran prestigio» [Miguel de Unamuno] y en el que nos confirma la admiración que genera en todos la narración de los ejemplos de virtud. Cfr. ARINTERO, J.G., OP., MecDiv, c. 6 § 2, 354.
141. *Ibid.*, c. 6 § 5, 414.
142. ID., *Exposición mística del Cantar de los cantares*, c. 4, Salamanca 1919, 415-417.
Cfr. ID., MecDiv, 2 § 1, 63-64.
Véase el reconocimiento que el P. Arintero hace de los Institutos Religiosos como «nidos» de Santos y fruto, al mismo tiempo, de la santidad de éstos. Cfr. *ibid.*, c. 3 § 2, 134-147.
143. ID., EvM, 3^a part., c. 2 § 1, 690-696.

144. Cfr. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, 8, 11 [citado en TANQUEREY, A., *Compendio...*, 110].
Cfr. DE CASTRO, M., *Carta pastoral de S.E.R. sobre la necesidad que el cristiano tiene de ser santo* (30 nov. 1930), BOEAB, LXXIII/22 (1930) 597.
145. 1Co 11, 1.
Cfr. TANQUEREY, A., *De la parte de los Santos en la vida cristiana*, en ID., *Compendio...*, 107-110; ROJO, C., OSB., *El culto de los Santos. La imitación de sus virtudes*, LVS, XII (1926) 332 [citando Hb 12]. 336 [citando SAN BENITO, *Santa Regla*, cap, IV: *instrumento de las buenas obras*].
146. ARINTERO, J.G., OP., EvM, 3ª part., c. 1 § 2, 685.
147. *Ibid.*, 3ª part., c. 2 § 1, 694 [en este texto el Padre Arintero confirma su doctrina con textos, señalados a pie de página de Sta. Foligno, de Sta. Catalina de Siena y de Sta. Ma. Magdalena de Pazzis].
Entre algunas de las «almas víctimas ejemplares» que el Padre Arintero señala se encuentran: Santa Catalina de Siena, Santa Liduina, Rosa de Lima, Margarita María Alacoque, Catalina Emmerich, la Venerable Sor Bárbara. Cfr. *ibid.*, 3ª part., c. 1 § 2.
148. Cfr. *ibid.*, 3ª part., c. 1 § 2, 685; ID., EvOrg, c. 1 § 7, 231-237; ID., MecDiv, c. 1 § 4, 31.
149. ID., EvOrg, c. 1 § 7, 235. [citando Ef 3, 17].
150. ID., EvM, 2ª part., c. 8 § 2, 606 [citando SANTA CATALINA DE SENA, *Diálogos*, c. 143].
151. Cfr. ID., *Cuestiones místicas, o sea, las alturas de la contemplación accesible a todos*, Conclusión 2ª., Calatrava, Salamanca 1916, 668-672; ID., EvM, 1ª part., c. 2 § 1, 40-50.
El Padre Arintero señala algunos ejemplos relevantes de influencia intercesora: Santa Catalina de Siena, Santa Luduina, Santa Verónica Juliani, Sor Bernarda Espelosín. Cfr. *ibid.*, 2ª part., c. 5 § 3, 495-497.
152. ARCARI, P., *Il Santo...*, 219 [Traducción nuestra].
Cfr. *ibid.*, 220-221.
153. Cfr. PÉGUY, Ch. [1873-1914], *Palabras cristianas* (Selección de textos), Sígueme, Salamanca 1966, 63-65.
154. Cfr. SÉJOURNE, P., *Saints (Culte des)*, en DTC, 14/I (1939) 870.
155. Cfr. Ex 25, 40; Tb 2, 18; 1M 9, 10; Mt 16, 24; Mc 8, 34; Lc 9, 23; Jn 8, 39-40; 1Co 4, 16; 1Co 11, 1; Flp 3, 17; 1Ts 1, 6; Rm 4, 3; Ga 3, 6-9; Hb 11, 8; Hb 13, 7.
156. Cfr. SAN AGUSTÍN, *Sermo* CLIX, 1; *Sermo* CCXLVIII, 1 [PL, 38, 867; 1288]; GUILLAUME DE SAINT-PATHUS, *Vie de Saint Louis*, Delaborde, Paris 1899, 73.
San Bernardo de Claraval, a comienzos del siglo XII, afirmaba:
«La memoria de los Santos suscita en nosotros el deseo de gozar de su compañía tan dulce [...] Para que la esperanza de una felicidad incomparable llegue a ser realidad nos es necesario su ayuda»: Texto citado en SOCCI, A., *Cristiani. L'avventura umana di 14 santi*, Nuova cultura, Roma 1991, 7 [Traducción nuestra].
Uno de las condiciones en el culto a los Santos es la confianza en su intercesión debido al crédito de que gozan éstos ante Dios a favor de los hombres. Ellos no han dejado de ser miembros del mismo Cuerpo Místico al que estuvieron unidos en este mundo, ni se interesan menos ahora por los miembros de la Iglesia militante, pues, estando unidos a la misma cabeza, siguen luchando por mantener, consolidar y perfeccionar la unión. La doctrina de la Tradición, la liturgia, la doctrina del Magisterio de la Iglesia, así como el *sensus fidelium*, están convencidos de que los Santos pueden y quieren oír las oraciones de los hombres, aún peregrinos, y alcanzarles del Señor el mayor bien. La reforma protestante negará, no la ejem-

- plalidad de los Santos en cuanto dignos de imitación, sino su poder de intercesión. Cfr. ROJO, C., OSB., *El culto de los Santos. Confianza en su intercesión*, LVS, XIV (1927) 328-330 [citando a SAN JERÓNIMO, *Alusión a la súplica de los Santos, Apocalipsis VI*, 9-11; SAN BERNARDO, *Sermón 5 para la fiesta de todos los Santos*; ID., *Epistola in obitu Sancti Malachiae, Sermo in obitu Humberti*].
157. Cfr. *Breviarium Romanum*, Comm. Plur. Mart, Comm. Conf. non Pontificis, Comm. Virginis: PL, XXXIX, 2161 [citado en HEERINCKX, G., OFM., *L'imitazione dei Santi*, VCr, VI (1934) 175].
Acerca del culto a los Santos en las celebraciones litúrgicas de los primeros siglos, véase, SÉJOURNE, P., *Saints (Culte des)*, en DTC, 14/I (1939) 916-939.
158. Cfr. ROJO, C., OSB., *El culto de los Santos*, LVS, VIII (1924) 344 [citando 1Co 3, 23-23].
159. Cfr. *ibid.*, 345.
160. PÉGUY, Ch., *El misterio de la caridad de Juana de Arco*, Encuentro, Madrid 1978 [1909], 137.
161. Cfr. ROJO, C., OSB., *El culto de los Santos*, LVS, VIII (1924) 344 [citando Ef 1, 4].
162. Cfr. *ibid.*, 344-345.
163. Cfr. *ibid.*, 346.
164. Cfr. *ibid.*, 346-347 [citando Ef. 4, 1 y 12, 13; 1Co 12, 8-10].
165. Cfr. *ibid.*, 349.
Cfr. SAN JUAN MARÍA VIANNEY [texto citado en LÓPEZ TEULÓN, J.-RODRÍGUEZ, F.J., «No tengáis miedo» *Testigos ante el Tercer Milenio*, Monte Casino, Zamora 1996, 18].
166. Cfr. ROJO, C., OSB., *El culto de los Santos*, LVS, VIII (1924) 398 [citando como referencia suprema la obra de GUÉRANGER, P., *L'Année Liturgique*, 15 vols., 1841-1901 [Aldecoa, Burgos 1956].
Cfr. CVAT II, LG, 50.
Cfr. RATZINGER, J., *Presentazione*, en PELOSO, F., *Santi e Santità dopo il Concilio Vaticano II. Studio teologico-liturgico delle orazioni proprie dei nuovi Beati e Santi*, Bibliotheca Ephemerides Liturgicae, Subsidia 61, Liturgiche, Roma 1991, 5-6; RISSO, P., *Testimoni per il nostro tempo*, Elle Di Ci, Torino 1991, 7-8.
167. Cfr. DELEHAYE, H., SI., *Cinq leçons sur la méthode hagiographique*, Sussidia hagiographica 21, Société des Bollandistes, Bruxelles 1934, 7-8.
168. La relación existente entre los conceptos de «filiación» e «imitación» nos recuerda la afirmación de Lutero cuando afirma «non imitatio fecit filios, sed filiatio fecit imitatores» [texto citado en FERNÁNDEZ, B., *Seguimiento. Reflexión teológica*, en DEVC, 1625, nota 3].
Para una comprensión paulina de la filiación y de la fraternidad, véase, GRUND-MANN, W., *Die Gotteskindschaft in der Geschichte Jesu und ihre religionsgeschichtliche Voraussetzungen*, Erfurt 1938; TWISSELMANN, W., *Die Gotteskindschaft der Christen nach dem Neuen Testament*, Gütersloh 1940.
Acerca de la filiación divina en la Tradición de la Iglesia, véase, RAHNER, K., *Die Gottesgeburt, Die Lehre der Kirchenväter von der Geburt Christi im Herzen des Gläubigen*, ZKT, 59 (1935) 333-418; JANSSENS, L., *Notre filiation divine d'après saint Cyrille d'Alexandrie*, ETHL, 15 (1938) 233-278; TORREL, J.P., OP., «Imiter Dieu comme des enfant bien-aimés». *La conformité à Dieu et au Christ dans l'oeuvre de Saint Thomas*, en ID., *Recherches thomasiennes*, Études revues et augmentées, J. Vrin, Paris 2000, 325-336.
169. Un claro ejemplo de enseñanza teológica y de testimonio de vida situados ambos bajo la luz de la filiación divina es el que nos ofrece la espiritualidad tanto de Santa Teresa de Lisieux, como de San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. Vé-

- ase, JAMART, F. *Complete spiritual doctrine of St. Therese of Lisieux*, Manila 1989; OCÁRIZ, F., *La filiación divina, realidad central en la vida y en las enseñanzas de Mons. Escrivá de Balaguer*, ScTh, 13 (1981) 513-552; ID., *Vocación a la santidad en Cristo y en la Iglesia*, en AA.VV., *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, Eunsa, Pamplona 1996, 37-38.
- Cfr. MARMION, C., OSB., *Jesucristo en sus misterios*, Conferencias Espirituales, c. 3, 6, ELE, Barcelona 1948 [1918], 3ª ed., 52.
170. D'ORS, E., *Nuevo glosario*, Madrid 1947, I, 823-825.
171. Cfr. SANTO TOMÁS, *Super Eph.*, c. 5, lib. 1, n. 267.
172. Mt 5, 48.
- Esta afirmación bíblica será estudiada ampliamente años más tarde por J. Dupont. Cfr. DUPONT, J., *L'appel à imiter in Matthieu, 5, 48 et Lc 6, 36*, «*Rivista Biblica*», 14 (1966) 137-158; ID., «*Soyez parfaits*» [Mt 5, 48], «*Soyez Miséricordieux*» [Lc 6, 36], en AA.VV., *Sacra Pagina. Miscellanea biblica Congressus Internationalis Catholici de Re Biblica*, COPPENS, J.-DESCAMPS, A.-MARAUX, E. (dir.), Paris-Gembloux 1959, 150-162.
173. SAN LEÓN MAGNO, *Serm.* 95, 6-8: PL, LIV, 465.
174. Cfr. PÉGUY, Ch., *Cahiers*, VIII, XI, 3.2.1907 [ID., *Oeuvres en prose complètes*, II, Gallimard, Paris 1988 661-662.
175. Es esta la misma cuestión que San Gregorio de Nisa se plantea en su obra *Vita Moysis*. «Así, pues, Moisés, que anhela ver a Dios, ahora aprende cómo poder verlo: seguir a Dios a donde quiera que él guía. Eso es ver a Dios» [*Vida de Moisés*, Sígueme, Salamanca 1993, 252: PG, XLVI, 408d]. San Gregorio introduce en este contexto todo el tema de la belleza de Dios, la cual nos arrebató hacia lo alto, como elevación interior del hombre [*ibid.*, 210-255: PG, XLIV, 400a-409b].
176. Cfr. BRETON, V.M., OFM., *L'imitazione di Cristo alla Scuola di San Francesco*, Vita e Pensiero, Milano 1939, 9-10. 14-15.
177. Ef 4, 32-5, 2.
178. Acerca de la imitación de Cristo en la patrística oriental, véase, BULGAKOV, S. *The Orthodox Church*, London 1935 [1932], 150; ŠPIDLÍK, T., SI., *La spiritualità dell'Oriente Cristiano*, Pontificium Institutum Orientale, Roma 1985 [1978], 36-37.
- Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, 26, 5, en ID., *Obras completas*, Burgos 1977, 2 ed., 655-656; SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras completas*, Madrid 1971, VI 95.
179. Cfr. NEWMAN, J.H., *Il senso escatologico della santità* [1834], RVS, 37 (1983) 327 [ID., *Sermones parocchiali* [1834-1843], I, 1-14].
180. Cfr. GILLET, M.S., OP., *El valor educativo de la moral católica...*, 149.
181. Cfr. ARCARI, P., *Il Santo...*, 194-195.
- El camino para la solución de la «cuestión de Ovidio» –*Video meliora proboque deteriora sequor* [Metamorfosis, VII, 20]– ha sido de hecho expuesto por la Revelación de Dios al hombre por medio de Cristo. La teología moral, como beneficiaria del hecho de la Revelación, afirma: el hombre ha llegado a ser «el camino» del Dios-Hombre hacia el hombre. Este es el motivo por el que Juan Pablo II dirá: «el hombre es el camino para la Iglesia»: JUAN PABLO II, Litt. Enc. *Redemptor hominis* (4 abril 1979), n. 14. Cfr. STYCZEN, T., SDS., *Cur Deus Homo? Cur Deus Panis? A proposito della relazione tra l'etica e la teologia morale*, en AA.VV., *Dar razón de la esperanza...*, 759.
182. PÉGUY, Ch. [1873-1914], *Oeuvres poétiques complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, Paris 1975, 692 [Traducción nuestra].

183. Cfr. FREUD, S., *Psicología de las masas y análisis del Yo* [1921], en ID., *Obras completas*, III, Biblioteca Nueva, Madrid 1973, 2603-2604.
Cfr. GOMÁ, J., *Macroimitación: la estructura imitativa de la sociedad. Teoría de las élites*, en ID., *Imitación y experiencia*, Pre-textos, Valencia 2003, 242-261.
184. SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, 27: PL, XL, 411b.
185. Algunos autores, especialmente a partir de los años setenta del siglo XX, devalúan el término de «imitación» por su contraposición con el término «seguimiento», contraposición que se remonta, en la Edad Moderna, a una interpretación de la doctrina de Lutero. Los autores que defienden esta teoría sospechan que la imitación lleve resabios de autojustificación por las obras y, considerada como «copiar un modelo», es infravalorada respecto al seguimiento, el cual nos señala asumir un destino [así CASTILLO, J.M., *El seguimiento de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1986, 50-51, 67-70]. Como respuesta hemos de afirmar: 1) ya vimos la opinión de Lutero al respecto para quien la imitación brota de la gracia de la filiación; 2) la categoría de seguimiento-imitación pone de manifiesto el aspecto dinámico de la existencia cristiana. Cristo no se es, se llega a ser. Se basa en la experiencia de la existencia humana como historia, camino y proyecto; 3) la consideración de la relatividad de los «modelos de santidad» respecto a Cristo, no anula la validez de su naturaleza modélica, sino que lo sitúa en su verdadera importancia, alejándonos de toda abstracción y huida a valores desencarnados [a nuestro juicio creemos que en esto peligran opiniones, como la de Ch. Duquoc [cfr. *Presentación*, en AA.VV., *Modelli di santità*, «Concilium», 149 (1979) 317-325]. Véase bibliografía abundante acerca de esta cuestión en FERNÁNDEZ, B., *Seguimiento. Reflexión teológica*, en DEVC, 1624-1641.
Un juicio más acertado nos parece el dado por Lawrence S. Cunningham al afirmar que los Santos no sólo son modelos de perfección, sino poseedores de poderes especiales. Son *loci* de la gracia y por esto están provisto de gracias extraordinarias. En la imitación de los Santos, por tanto, hay que tener en cuenta la tensión entre el santo, modelo para nosotros, y las gracias extraordinarias de las que dispone, las cuales pueden hacerlo inaccesible. En este sentido, el concepto de singularidad debe guardar un equilibrio armónico con el de imitabilidad, como lo hay entre función pedagógico y gesto profético. Cfr. CUNNINGHAM, L.S., *Current Theology. A decade of Research on the Saints: 1980-1990*, TSt, 53 (1992) 517-533.
Un acertado estudio acerca del principio evangélico de la imitación a la luz del Nuevo Testamento se encuentran en WOJTYLA, K., *Il principio evangelico dell'imitazione*, en ID., *I fondamenti dell'ordine etico*, Biblioteca del nuovo areopago, CSEO, Roma 1989, 163-174. Según Wojtyla «la ética cristiana presupone una real perfección moral de la Persona y de las personas y basa sobre ésta el principio de la imitación» [cfr. *ibid.*, 166].
Cfr. CVAT II, SC, 104, 111.
186. Siguiendo lo señalado por San Josemaría Escrivá de Balaguer en *Camino*, Cristo continúa presente tras la Resurrección en todos los que le siguen, y sigue actuando a través de ellos [Recuérdese que *Camino* aparece con el título de *Consideraciones espirituales* en su primera edición de 1934]. Les da «un corazón nuevo» [cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, puntos 417, 420 y 426] para que pueda corresponder a su gran amor y transparentar la gloria de Dios. La estrecha unión con el Señor ocasiona una transformación en el cristiano. Es ahora un «alma de criterio», como afirma San Josemaría. Es una persona que ve claro por donde conduce el camino [cfr. *ibid.*, puntos 785-786]. El «sol de la fe» le muestra una nueva y gozosa realidad [cfr. *ibid.*, punto 279]. No es un «héroe», en su sentido perfeccionista, sino un auténtico amigo de Cristo [cfr. *ibid.*, puntos 57, 58,

- 273, 474, 534]. Es uno que, sencillamente, vive con el Dios en el que cree [cfr. *ibid.*, punto 584]. Sólo los Santos son «contemporáneos de Dios y de los hermanos, en una tal sintonía que se transforma para éstos en compasión y comprensión, en un diálogo concreto y exigente. De este modo, los Santos se muestran como los más originales de todos los hombres, pues, despojados de toda atadura convencional, se entregan a la voluntad divina y actúan con aquella libertad de espíritu, propia de su Señor» [cfr. *ibid.*, puntos 267, 389-392, 688, 864 y 956]. Cfr. BURGGRAF, J., *Dimensión espiritual de «Camino»*, en AA.VV., *En torno a la edición crítica de «Camino»*, ÁNCHEL, C. (dir.), Rialp, Madrid 2003, 172-174.
187. BRETON, V.M., OFM., *L'imitazione di Cristo alla Scuola di San Francesco*, Vita e Pensiero, Milano 1939, 14-15 [citando Ga 4, 13; Ef 4, 19] [Traducción nuestra].
 188. Cfr. *ibid.*, 12-13 [citando Rm 6-7; Jn 14, 17-19; Jn 25, 9-16; Jn 16; Jn 17, 12-13], 15-16.
 189. GILLET, M.S., OP., *El valor educativo de la moral católica...*, 145.
 190. Cfr. PÉGUY, Ch. [1873-1914], *Oeuvres poétiques complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, Paris 1975, 692 [Texto ya citado].
 191. BRETON, V.M., OFM., *L'imitazione di Cristo alla Scuola di San Francesco*, Vita e Pensiero, Milano 1939, 12-13, 16 [Traducción nuestra].
 192. Cfr. PÉGUY, Ch., *El misterio de los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 1993 [1912], 165 ss.
 193. Cfr. BERNANOS, G., *I predestinati*, Gribaudi, Milano 1995, 73-93 [En dicha publicación se recogen las obras hagiográficas *Saint Dominique* [1926], *Jeanne, relapse et Sainte* [1929] Frère Martin [1943] y el texto de la conferencia que tuvo lugar en otoño del 1947 dirigida a las Hermanitas de Charles de Foucauld *Los Santos, nuestros amigos*].
 194. Esta expresión de San Vicente de Paúl, tan repetida en la literatura de la época, expresa sencillamente una reflexión quizás latente, pero ciertamente presente, en todo adecuado estudio acerca de la imitación de Jesús. En esta imitación se instituye una proporción en la que entran no dos realidades —vida de Jesús y vida del cristiano—, sino cuatro magnitudes: el acto interno y el acto externo de ambos. La actitud interior plasma, da forma al acto externo, así como el acto externo da cuerpo, encarna la actitud interior. Cfr. CAFFARRA, C., *La vida en Cristo*, Eunsa, Pamplona 1988 [1981] 71-72.
 195. En una poética del todo cristocéntrica, y ante la continua amenaza de la libertad del hombre, Georges Bernanos el «escritor cristiano» —como afirmara Von Balthasar— empeña su vida en favor del «Testigo» y «Testimonio» por excelencia, Jesucristo, que en su Encarnación y Pascua ha demostrado que Dios es Amor. La regla de oro del cristiano, la expresión de su mismo ser, es, por tanto, ser «testigo» y «testimonio».
 196. BEATO CHARLES DE FOUCAULD, *Carta a H. De Castris*, 14 de abril 1901 [citada en VOILLAUME, R., *En el corazón de las masas*, Studium, Madrid 1968, 6ª ed., 113.
 197. BEATO CHARLES DE FOUCAULD, *Directorio*, Herder, Barcelona 1963, 43-44.
 198. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Ep. ad Philip.*, 11, 2: PG: 62, 266cd.
 199. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, Madrid 1939, n. 2 [*Consideraciones espirituales*, Cuenca 1934, 5].
- Cfr. MOELLER, Ch., *Epílogo*, en ID., *Sabiduría griega y paradoja cristiana*, Encuentro, Madrid 1989 [1946], 259; MOLINARI, P., *I Santi e il loro culto*, Roma 1962, 108.
- En todos y cada una de estas afirmaciones se salva aquella prevención que el profesor Delooz manifiesta a la hora de hablar de los Santos como modelos. El prof. Delooz mantiene que el Santo es imitable porque permite a Dios actuar. Las *Acta Sanctorum* son *gesta Dei per Sanctos*; al igual que lo deberían ser sus escritos y los

- milagros concedidos gracias a su intercesión. Cfr. DELOOZ, P., *La canonización de los Santos y su significación social*, «Concilium», 149 (1979) 340-352.
200. Cfr. MONIER-VINARD, H., *La spiritualité du P. De Foucauld*, RAM, 9 (1928) 408.
201. Como afirma Olivier Clement, «en el pensamiento cristiano de todos los tiempos y de todos los lugares, el *leitmotiv* del hombre como imagen de Dios, imagen de Cristo, es el planteamiento de fondo de una “imitación”, que es también una “vida en Cristo en el Espíritu Santo”, o sea, el camino que va de la imagen a la semejanza». Cfr. CLEMENT, O., *Introducción*, en RUPNIK, M.I., *Decir el hombre. Icono del Creador, revelación del amor*, PPC, Madrid 2000 [1996], 5.
202. El origen de la palabra «arquetipo» se remonta a la tradición cultural del mundo griego. *Typos*, primitivamente, significaba golpe, ruido hecho al golpear, marca dejada como consecuencia de un golpe. *Arjé* agrega el sentido de principalidad, originalidad. Por tanto: «golpe o marca original». El arquetipo es así una suerte de modelo original que golpea al hombre y lo atrae por su ejemplaridad, un primer molde permanente, una forma o idea concretada en una persona, que tiende a marcar al individuo, instándole a su imitación. La virtualidad causal ejemplar del arquetipo consiste propiamente en ser imitada, en suscitar una semejanza no causal ni espontánea, sino pretendida, buscada; es la forma ideal que el hombre se propone al realizar una obra.
203. Cfr. ROJO, C., OSB., *El culto de los Santos. Naturaleza y orden de este culto*, LVS, VIII (1924) X (1925) 334-338.
204. 1Co 4, 16.
Cfr. GAY, Ch., *De la vida y de las virtudes cristianas*, III., Católica Internacional, Madrid 1878, 7ª ed., XVII, I.
205. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 19-21.
206. Cfr. ZUNDEL, M., *El poema de la Santa Liturgia...*, 63.
207. Acerca de la *imitatio Christi* en Santo Tomás señalamos algunas citas de sus obras en las que trata acerca de esta cuestión: Cristo es «*via tendendi in Deum*» [cfr. *S.Th.*, I, q. 93; I-II, q. 109; II-II, q. 81; III, prol., q. 40, a.1; III, q. 7-8; III, q. 25]; Cristo es causa ejemplar y eficiente-instrumental de la gracia, la gracia es gracia de Cristo [cfr. *S.Th.*, I-II, q. 108, a.1; I-II, q. 112, a.1-2; *Super Eph.*, c. 4, lect. 4 fin]; la imitación de la Cruz de Cristo [cfr. *In III Sent.*, d. 18, q. 1, a. 4, sol. 2; *Summa contra Gentiles* III, 55 in fine; *De Malo*, q. 4, a. 6, ad 7; *S.Th.*, I-II, q. 85, a. 5, ad 2; III, q. 69, a. 3].
Cfr. GILLON, L.B., *L'imitation du Christ et la morale de S. Thomas*, «Angelicum», 36 (1959) 263-286.
El profesor Caffarra no duda en afirmar que «existen en la historia de la moral cristiana algunas escuelas que han profundizado con gran vigor y han vivido la espiritualidad de la imitación de Cristo; por ejemplo, la escuela franciscana del siglo XVII». Señala el mismo profesor que «la devoción al Corazón de Cristo nace, en la Iglesia, de esta exigencia de participar íntimamente en los sentimientos de Jesús». Cfr. CAFFARRA, C., *La vida en Cristo*, Eunsá, Pamplona 1988 [1981] 71.
208. Cfr. DUPERRAY, J., *Il Cristo nella vita cristiana*, Brescia 1942 [1928, 4ª ed.], 122-126, 142 [citando Ga 2, 20].
Véase en este mismo sentido la teología oriental al respecto en autores como V. Lossky para quien «la espiritualidad se define más bien como una vida en Cristo». De todos como afirma N. Cabasilas, ambas, «imitar a Cristo» y «estar en Cristo», son dos expresiones complementarias; la primera expresa más el aspecto moral, la otra el aspecto ontológico. Cfr. SPIDLIK, T., *La imitación de Cristo*, en ID., *El camino del Espíritu*, PPC, Madrid 1998 [1995], 11-114; KESSELOPOULOS, A.G., *La vida spirituale secondo Nicola Cabasilas*, en AA.VV., *Santità: vita nello spirito*, Atti

- del V Simposio intercristiano, Assisi-5-8 settembre 1997, ZILIO, P.-BORGESE, L. (dir.), Qiqajon, Comunità di Bose 2003, 105-126.
209. ZUNDEL, M., *La liturgia de la vida, vocación a la santidad*, en ID., *El poema de la Santa Liturgia...*, 234.
210. Cfr. OLGIALTI, FR., *La santità di Contardo Ferrini*, SCt, 49 (1921) 122-124.
211. Recensión a ANILE, A., *Bellezza e verità delle cose*, Vallecchi, Firenze 1935: CC, 86/II (1935) 615.
212. «Tengamos entendido que no fueron los Santos de una naturaleza más excelente que la nuestra, sino más observante; ni nos figuremos que no conocieron los vicios, sino que procuraron la enmienda de ellos»: SAN AMBROSIO, *Brev. Dom. 3 de cuaresma* [citado en ROJO, C., OSB., *El culto de los Santos*, LVS, XII (1926) 332].
213. Cfr. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre la justificación* (13 enero 1547), c. 16 [DenzHün, 1545-1550].
Cfr. ZIMMERMANN, O., SI., *Lehrbuch der Aszetik*, Freiburg i. B. 1932, 2ª ed., 421; DE SMET, Ch., SI., *Notre Vie Surnaturelle*, I, Bruxelles, 101-111.
214. Cfr. SAN AGUSTÍN, *Sermón 325*: PL, XXXVIII, 1448 [S. Agustín, XXV, 643-644].
215. BRETON, V.M., OFM., *L'imitazione di Cristo alla Scuola di San Francesco*, Vita e Pensiero, Milano 1939, 17.
216. Cfr. LAMBERTINI, P., *De Servorum Dei beatificatione...*, lib. 3, c. 41; JOLY, H., *Psychologie des Saints*, Paris 1924 [1902], 36; HEERINCKX, J., *Introductio in Theologiam spiritualem*, Torino-Roma 1931, 60.
217. SANTA TERESA DE LISIEUX, *Manuscritos...*, 207-208 [Manuscrit C, 2v].
218. Cfr. Jn 3, 3.
219. Cfr. VERNET, F., *La spiritualité médiévale*, Bloud, Paris 1921, 162-168; HUBER, M., SI., *Die Nachahmung der Heiligen in Theorie und praxis*, Freiburg i. B. 1926, 5ª ed., 56-58.
220. Cfr. 1Co 7, 7; 1Ts 5, 21; 1Jn, 4, 1.
Cfr. SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, Católica, Madrid 1982, part. I, c. 3.
Cfr. HUBER, M., SI., *Die Nachahmung der Heiligen in Theorie und praxis*, Freiburg i. B. 1926, 5ª ed., 11; HEERINCKX, J., *Introductio in Theologiam spiritualem*, Torino-Roma 1931, 212, 215, 244-253.
Esta afirmación será años más tarde enriquecida por el profesor Caffarra [inspirándose en NEWMAN, J.H., *Carta al Duque de Norfolk* [1875], c. V, donde el Cardenal inglés trata acerca de la dignidad de la conciencia]. Cfr. CAFFARRA, C., *La vida en Cristo*, Eunsá, Pamplona 1988 [1981] 122-124.
221. Cfr. DA AUGSBURGO, D., *De exterioris et interioris hominis compositione*, Quaracchi 1899, 340.
222. Cfr. *ibid.*, 365.
223. Cfr. BEATO PÍO XI, Epist. Apost. *Unigenitus Dei Filius* (19 marzo 1924), AAS, XVI (1924) 135.
Cfr. HEERINCKX, J., *Introductio in Theologiam spiritualem*, Torino-Roma 1931, 67.
224. Cfr. JOLY, H., *Psychologie des Saints*, Paris 1924 [1902], 54-56; HUBER, M., SI., *Die Nachahmung der Heiligen in Theorie und praxis*, Freiburg i. B. 1926, 5ª ed., 225-230; HEERINCKX, G., OFM., *L'imitazione dei Santi*, VCr, VI (1934) 200-208.
Cfr. THILS, G., *Misterio cristiano y santidad. El mundo celestial*, en ID., *Santidad cristiana: Compendio de teología ascética*, Sígueme, Salamanca 1962, 2ª ed [1958], 115-116; RAVETTI, L., *L'esempio dei Santi ci spinge alla santità perfetta; La memoria dei Santi ci spinge ad una più profonda carità fraterna e soprannaturale*, en ID., *La Santità nella «Lumen Gentium»*, Corona Lateranensis 29, Pontificia Università Lateranense, Roma 1980, 109-112.

- Una posición crítica acerca de la afirmación del santo canonizado como modelo se encuentra en DELOOZ, P., *La canonización de los Santos y su significación social*, «ConciliumE», 149 (1979) 340-352. A nuestro modo de entender, una visión excesivamente sociológico de las canonizaciones –entendidas a menudo como actos políticos por parte de la jerarquía– así como una laguna en el conocimiento histórico de los conceptos de virtud heroica y de imitación de los Santos, pueden llevar a posturas ciertamente ambiguas respecto a la verdad en cuestión.
225. La controversia protestante afectó, ciertamente, al género hagiográfico. Autores como Luis Vives o el Cardenal Belarmino no eran partidarios de argumentar con la *Leyenda dorada* o con las *Acta martyrum*. Melchor Cano [1509-1560] afirmó tener más seguridad en los documentos paganos que en las historias de mártires, Confesores y Vírgenes narradas por la literatura cristiana, pues según él falsificaban el verdadero valor de los héroes de Cristo. Cfr. CANO, M., *De locis theologicis*, lib. XI, c. VI [citado en SÉJOURNE, P., *Saints (Culte des)*, en DTC, 14/I (1939) 973].
 226. Véase el apartado anterior *La imitación de los Santos desde la Reforma protestante hasta el siglo XX*.
 227. El Padre Jesuita Jean Bolland –latinizado Bollandus– [1596-1665] fue encargado de proseguir el trabajo de Rosweyde. Bolland decide de seguir el orden del martirologio y de cada Santo se publicaría sus *Actas*, o en su defecto, la documentación relativa a cada Santo y su correspondiente aparato crítico. *Acta Sanctorum* será de ese modo el título de la colección.
Cfr. DELEHAYE, H., *L'oeuvre des Bollandistes à travers trois siècles. 1615-1915*, Subsidia Hagiographica, 13a, Bruxelles 1913, 2ª ed.; BAIX, F., *Le centenaire de la restauration du Bollandisme*, RHE, XXXIV (1938) 270-296; PEETERS, P., *L'oeuvre des Bollandistes*, Bruxelles 1961 [2ª ed].
 228. Cfr. PLONGERON, B., *L'illuminismo (1715-1826). La santità in un secolo celebrato como «filosofico»*, en SSSCr, IX, 6-37; AA.VV., *I Testimoni (1715-1800): la santità classica; la santità giansenista; la santità ortodossa; santità e riforma; la santità sotto la rivoluzione francese*, en SSSCr, 40-176; SAVART, C., *La santità vissuta... o sognata*, en SSSCr, IX, 176-194.
 229. Cfr. SAVART, C., *La santità ultramontana (1840-1880)*, en SSSCr, IX, 179-182.
 230. El interes de los bolandistas, así llamados hagiografos de Anversa, por los múltiples martirologios es descrita brevemente por GODDING, R., *Il commentario del martirologio romano*, en AA.VV., *Il martirologio romano. Teologia, liturgia, santità*, CONGREGATIO DE CULTO DIVINO ET DISCIPLINA SACRAMENTORUM (dir.), Città del Vaticano 2005, 71-87.
 231. Los *Acta Sanctorum* comenzaron a publicarse en 1643 y lo fueron durante trescientos años. La colección cuenta actualmente con setenta y cinco volúmenes y ha tenido tres ediciones; la segunda y tercera aún incompletas.
Este mismo criterio, que sigue el calendario litúrgico, se encuentra en la obra, AA.VV., *Vies des Saints et des bienheureux selon l'ordre du calendrier avec l'historique des fêtes*, BAUDOT, J., OSB.-CHAUSSIN, P., OSB.-DUBOIS, J.-ANTIN, P. (dir.), 13 vols., Paris 1935-1959 [La obra desde el volumen VII fue continuada por los benedictinos de París].
 232. Se han publicado, desde 1882 al 1982, cinco volúmenes de índices, de gran ayuda para el estudioso acerca de los Santos.
 233. Vease entre sus obras más importantes: *Synaxarium Ecclesiae Constantinopolitanae*, Bruxelles 1902; *Les origines du culte des martyrs*, Bureau de la Société des Bollandistes, Bruxelles 1912 [2ª ed. 1933]; *L'oeuvre des Bollandistes à travers trois siècles. 1615-1915*, Subsidia Hagiographica, 13a, Bruxelles, 1913 2ª ed.; *Les saints stylites*,

- Paris 1923; *Sanctus. Essai sur le culte des saints dans l'antiquité*, Subsidia hagiographica 17, Société des Bollandistes, Bruxelles 1927 [recensión: *La notion de Sainteté*, RAM, 8 (1927) 197-199]; *Les légendes hagiographiques*, Société des Bollandistes, Bruxelles, 1927 [*Le leggende agiografiche*, Fiorentina, Firenze 1966; *The legend of the saints*, University Notre Dame, London 1961]; *Cinq leçons sur la méthode hagiographique*, Subsidia hagiographica 21, Société des Bollandistes, Bruxelles 1934; *L'ancienne hagiographie byzantine: les sources, les premiers modèles, la formation des genres*. Conférences prononcées au Collège de France en 1935, Bruxelles 1935; *Étude sur le légendier romain. Les saint de novembre et de décembre*, Société des Bollandistes, Bruxelles 1936 [recensión: RevSR. XVI (1936) 230-236].
- Acercá del ambiente en el que se surge y se desarrolla la obra del profesor Delehaye, de la aceptación, dificultades e influjo que tuvo, véase, TALAR, C.J.T., *Discourse on Method: Hippolyte Delehaye's. «Leggendes hagiographiques»*, en AA.VV., *Medieval Saints in late nineteenth century french culture*, EMERY, E.-POSLEWATE, L. (dir.), McFarland, North Carolina 2004, 139-159.
234. Cfr. BOESCH, S., *Des «Loca Sanctorum» aux espaces de la sainteté: étapes de l'historiographie hagiographique*, RHE, 95 (2000/3) 48-70.
 235. Cfr. DELEHAYE, H., SI., *Cinq leçons sur la méthode hagiographique*, Subsidia hagiographica 21, Société des Bollandistes, Bruxelles 1934, 7-17.
 236. Véase, PETIN, L.M., *Dictionnaire hagiographique. ou, Vies des saints et des bienheureux, honorés en tout temps et en tous lieux depuis la naissance du christianisme jusqu'à nos jours, avec un supplément pour les saints personnages de l'Ancien et du Nouveau Testament, et des divers ages de l'église, auxquels on ne rend aucun culte public, ou dont le jour de fête est inconnu*, 2 vols., en AA.VV., *Encyclopedie Théologique: ou Série de dictionnaires sur toutes les parties de la science religieuse* [50 vols.], MIGNE, J.P. (dir.), vols. 40 y 41, Ateliers catholiques du Petit Montrouge, Paris 1850.
 237. Véase, STADLER, J.E.-HEIM, F.J.-GINAL, J.N., *Vollständiges Heiligen-Lexikon*, 5 vols., Augsburg 1858-1883.
 238. Véase, BAUDOT, J., OSB., *Dictionnaire d'hagiographie mis à jour à l'aide des travaux les plus récents*, Bloud, Paris 1925.
 239. Véase, BUTLER, A., *The Lives or the Fathers, Martyrs and other principal Saints*, 4 vol. en 7 tomos, London 1756-1759; ID., *The Lives of the Saints*, THURSTON, H., SI. (dir.), 12 vols., London y Dublín 1926-38 [AA.VV., *Butler's Lives of the Saints*, THURSTON, H., SI.-ATTWATER, D. (ed.), 4 vol., London 1956].
 240. Véase, AA.VV., *The Book of Saints, a dictionary of servants of God canonized by the Catholic Church: extracted from the Roman and other martyrologies*, BENEDICTINE MONKS OF ST. AUGUSTINE'S ABBEY-RAMSGATE, Macmillan, New York 1921 [1989, 6ª ed.] [AA.VV., *Dix mille saints. Dictionnaire hagiographique*, BÉNÉDICTINS DE RAMSGATE (dir.), Brepols, Belgique 1991].
 241. Véase, AA.VV., *A Biographical Dictionary of the Saints*, HOLWECK, F.G. (dir.), Herder, San Luis-London 1924 [ID., *A Biographical Dictionary of the Saints, with a General Introduction on Hagiology*, Omnigraphics, 1991].
 242. Véase, AA.VV., *Vies des Saints et des bienheureux selon l'ordre du calendrier avec l'historique des fêtes*, BAUDOT, J., OSB.-CHAUSSIN, P., OSB., 13 vols. Paris 1935-1959 [La obra desde el volumen VII fue continuada por los benedictinos de París: J. Dubois y P. Antin].
 243. El profesor Moiola, en un conocido artículo, afirma que a inicios del siglo XX y en los años previos al Concilio Vaticano II brotó una nueva metodología hagiográfica que ayudaría a romper el formalismo existente hasta entonces acerca de la relación entre «santidad» y «santo» cristianos. Cfr. MOIOLI, G., *La santità e «il santo» cristiani. Il problema teologico*, SCT, 109 (1981) 352-374.

244. No es por casualidad que el amor personal de Charles de Foucauld se desplegara, veinticinco años después de su muerte, en dos congregaciones que continúan su acción, o que Teresa de Lisieux se convirtiera en patrona de las misiones, o que Bernardita de Lourdes se transformara en la primera de una multitud devota y viva»: VILANOVA, E., *Teología biográfica: los Santos*, en ID., *Historia de la teología cristiana*, III, Herder, Barcelona 1992 [Barcelona 1989], 641.
245. Los Santos del siglo XIX reflejan las características culturales y sociales de su época y a pesar de la pobreza intelectual que pudieron conocer y vivir, sin embargo, mostraron que la ilusión romántica de muchos autores católicos, enfrentada o mezclada con muchas pretensiones de la crítica racionalista, desembocaría, como máximo, en la reconstrucción anacrónica de un saber total, en la resurrección de un mundo medieval, descolocado en aquella sociedad industrializada, abierta ya a la técnica y la ciencia. Ciertamente, existía el peligro de una anemia espiritual que exigía una renovación evangélica. Cfr. *ibid.*, 640-641.
246. *Ibid.*, 639-642.
247. A este respecto se expresa H.U. Von Balthasar:

«Las obras más conocidas y más penetrantes que hasta los últimos tiempos se han ocupado sobre Teresa de Lisieux, se mueven preferentemente dentro de las categorías histórico-biográficas y psicólogo-ascéticas. En esta línea han surgido una serie de obras conocidas que se proponen ante todo como objetivo, frente al amaneramiento y la empalagosa cursilería con que se han presentado a la santita, sacar a la luz la autenticidad de su figura. Lo cual, de acuerdo con sus medios de trabajo, creyeron los autores de aquellas obras que no podían realizar de otro modo que por medio del descubrimiento de la “verdad histórica”. Dos rasgos caracterizan esta literatura. Ante todo, su tendencia a la “revelación”. Apoyándose en la creencia, no injustificada, que más de un pormenor doloroso y amargo en la vida religiosa de Teresa había sido, por razones de miramiento, ocultado por sus hermanas de religión, se desencadenó una verdadera tempestad contra la “mendacidad” de las biografías oficiales y se entabló una como porfía en la publicación de trágicos pormenores, en parte escandalosos y estremecedores. Con esto se enlaza el segundo rasgo de estas obras: la figura de Teresa pareció ganar así en grandeza y dimensión, pues detrás del silencioso y sonriente “caminito”, se perfilaron los rasgos sobrehumanos, heroicos y trágicos de su destino y de sus sufrimientos, y todo lo que ella misma borrara o cubriera de cristiano perdón, se desplegaba, desnudo y sangrante, ante los ojos del lector»: BALTHASAR, H.U., *Teresa de Lisieux, Historia de una misión*, Herder, Barcelona 1989, 3ª ed. [1950] 29.

Es el mismo Balthasar quien señala algunos autores que escribieron acerca de Santa Teresa de Lisieux en estas categorías: el capuchino P. Ubald d'Alençon; Lucie Delarue-Mardrus; Ghéon; Bernoville; y más tarde: I. Frederike Görres, Maxence Van der Meersch, Piat.
248. Si bien Pío XI era conocedor de los nuevos criterios de la ciencia hagiográfica al haber sido Prefecto de la Ambrosiana y de la Biblioteca Vaticana y dada su relación personal con muchos de los Bolandistas, no lo era menos de las publicaciones que durante su época se fueron divulgando acerca de los Santos y que indicaban, ya en la cantidad de libros que sobre tal o cual Santo se publicaba, las preferencias de sus contemporáneos. Fue el mismo Pío XI quien lamentó alguna vez la negligencia y las tristes condiciones en las que se había transmitido la memoria de grandes Santos al cabo de la historia:

«Me disgusta ciertamente que por la negligencia y las tristes condiciones de tiempos pasados, se hayan transmitido acerca de tan gran hombre, tan pocas noticias, que se pueden considerar verdaderamente como apuntes dudosos, pues aunque

- fueran recogidas dichas memorias por los escritores más conocidos de la vida de Bernardo, sin embargo, no se buscó con todo afán la fidelidad a la historia»: PÍO XI, Epist. Apost. *Quod Sancti Bernardi* (20 agosto 1923), CC, 74/IV (1923) 4 [Traducción nuestra].
249. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 178-189.
250. Véase, PETITOT, L.H., OP., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, La Revue des Jeunes, Paris 1925 [recensión: SCt, LVII/14 (1929) 465]. Esta obra fue reconocida por H.U. Von Balthasar como la apertura del camino teológico como método hagiográfico. A esta corriente el mismo Balthasar añade otras obras de por entonces: la obra anónima *Sainte Thérèse de l'Enfant Jésus, considérée comme aimante de la Bible, docteur de la voie d'enfance spirituelle et séraphin d'amour* [1934]; la obra colectiva, *Une sainte parmi nous* [1937] con contribuciones de E. Fumet, G. Thibon, J. Malègue, J. Madaule, Daniel Rops y otros; la obra de Paulot, *Message doctrinal de Saint Thérèse de l'Enfant Jésus à la lumière de Saint Paul*. A estas obras se añadirían en esta misma línea los estudios de André Combes y, sobre todo, de P.M. Philippon, OP. Cfr. BALTHASAR, H.U., *Teresa de Lisieux, Historia de una misión*, Herder, Barcelona 1989, 3ª ed. [1950] 30-36.
251. Entre los autores que escribieron por entonces acerca del testimonio ofrecido por San Francisco de Asís se encuentran: J. Ancelet-Hustache, A. Bonnard, L. Braccalorio, V.M. Breton OFM., G.K. Chesterton, Cuthbert OSFC., H. De Lucerna, N. De Monte OFM., R. De Thomas de Sinat-Laurent, C. De Tour OFMCap., F. Duhoucau, V. Facchinetti OFM., H. Felder, A. Fortín, A. Léon OFM., E. Maire, D. Merezkowski, R.G. Nuti, P. Sabatier, J. Sánchez, E. Tormo y Monzo, F.X. Seppelt, M^a. Sticco, Tarducci, A. Zimei, M^a. P. Borgese, V. De Peralta OFMCap., Y. De Romain, R. Fei OP., E. Gilson, M. Lereux OFM., J. O'Mahony OFMCap., A. Pérez, G. Salvadori, TH. Soiron OFM., A. Torró, Ubald D'Alenson, G. Valls OFM., L. Veilleur, L. Villuendas OFM., P. Voltas CMF. Entre aquellos que publicaron estudios acerca del testimonio de San Francisco Javier: G. Schurhammer SI., C.M^a. Abad SI., J.M^a. Colodrón, C. Eguía SI., Gener SI., R. Uriarte.
252. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 180.
253. Cfr. ARCARI, P., *Il Santo...*, 201-203.
254. Cfr. CIVARDI, L., *Apóstoles en el propio ambiente*, Gili, Barcelona 1956, 3ª ed. [1939], 57.
255. Véase, PLUS, R., SI., *La santidad católica*, Difusión, Buenos Aires 1941 [1929].
256. Cfr. *ibid.*, 179-184.
257. Cfr. PLONGERON, B., *Convergenza di valori nella rivendicazione dei Santi. La religione del cuore*, en SSSCr, IX, 35-36.
258. Cfr. PETITOT, L.H., OP., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, La Revue des Jeunes, Paris 1925, 84-89. Véase al año siguiente de acabar la segunda guerra mundial, la publicación de una obra acerca de los Santos donde se describe certeramente el valor humano de la santidad vivida. Véase, BRUCKBERGER, R.L., *El valor humano de lo santo*, Rialp, Madrid 1964, 5ª ed. [1946].
259. Entre los autores que escribieron por entonces acerca del testimonio del Patriarca San José se encuentran: J.M^a. Bover SI., J. Jammes, A.H.M. Lepicier, Meschler, F. Segarra SI., M. Cordovani SI., I Da Castel S. Pietro, F. Hormaeche, G. Maillet, Muñiz OP., R. Petrone CM., T. Stramare OST. Fueron muchos los autores que por entonces anhondaron en el testimonio ofrecido por Santa Teresa del Niño Jesús. Entre ellos: J. Angot des Rotours, M. Ballart, S. Barrault, C. Bernoville, A. Bierbaum, H. Borel, I. Casanovas SI., S. Coubé, P.

- Croidys, J. Christophe, J. D'Ars, M.M^a. de Jesús OCD., R. De Papiol, Th. De Poncheville, A. De Pouvoirville, Fl. Del Carmelo OCD., L. Delaure-Mardrus, P. Gilotiaux, M. Villaescusa, E. Joly, L.I.C.E., Mgr. Laveille, E. Le Bec, M.H. Le-long, V. Lepetit, E. Martin-Deville, A. Méndez SI., E. Monaci-Guidotti, B. Mor-teveille, S. Navantes, E. Mortier OP., Mgr. Paulot, L.H. Petitot OP., L. Prunel, M.J. Savignol, Theodoor Van Sint Jozef, B. Williamson, P. Xavier OFM., L. As-cunce SI., P. Claudel, U. D'Alençon OFCap, S. De Jesús OCD., R.M^a. De San Justo CD., A. De San Luis Gonzaga OCD., E. De Santa Teresa OCD., Th. Du-bosq, E.G., T. Echevarría CMF., G.A., H. Ghéon, M. Gil SI., T. Lemonnier, V. Osende OP., C. Rodríguez OSA., S.L., A. Saudreau, G. Sioppese.
260. Cfr. PETITOT, L.H., OP., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, La Revue des Jeunes, Paris 1925, 3-164.
261. Cfr. SARVAT, C., *La santità vissuta... o sognata*, en SSSCr, IX, 180-181.
262. Cfr. PLONGERON, B., *Convergenza di valori nella rivendicazione dei Santi. La vita nascosta in Dio*, en SSSCr, IX, 33-35.
263. Así lo expresa el Padre Petitot:
 «Je désire beaucoup qu'elle soit béatifiée, disait sa soeur aînée au procès de canoni-sation, parce qu'on verra ce qu'elle voulait qu'on voie: qu'il faut avoir confiance dans la miséricorde de Dieu qui est infinie, et que la sainteté est accessible à tou-tes sortes d'âmes»: PETITOT, L.H., OP., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, La Revue des Jeunes, Paris 1925, 19-20.
 Cfr. FERAUD, J.M^a., ¿*Por qué no te haces Santo?*, LVS, XXXV (1938) 37.
 Acerca de la relación entre la doctrina acerca del Amor Misericordioso y el «cami-no espiritual» señalado por Santa Teresa de Lisieux, véase, REQUENA, F.M^a., *Espi-ritualidad en la España de los años veinte. Juan G. Arintero y la revista «La Vida So-brenatural»(1921-1928)*, Eunsa, Pamplona 1999, 151-179.
264. PLONGERON, B., *Convergenza di valori nella rivendicazione dei Santi. La teologia della Croce*, en SSSCr, IX, 36-37.
 En este sentido, recogemos el testimonio dado por San Maximiliano Kolbe en una carta escrita a su madre el 1 de marzo de 1921 tras leer la biografía del Padre Ger-mán de San Estanislao acerca de Santa Gema Galgani, publicada en 1907: «Yo tengo una vida de Gema en italiano... La he leído ya tres veces; me agrada muchí-simo; me ha hecho un bien mayor que un curso de Ejercicios espirituales». Texto citado en VILLEPELÉE, J.F., *La locura de la Cruz. Gema Galgani*, El Pasionario, 1989 [1977-1978], 7.
265. Cfr. PETITOT, L.H., OP., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, La Revue des Jeunes, Paris 1925, 286-287.
266. Cfr. HELLO, E., *Fisionomías de Santos...*, I, XV-XVIII.
 Cornelio Fabro señala, en este sentido, uno de los logros de la que fuera la última obra de Louis Lavelle, y su testamento espiritual, *Quatre Saints*:
 «El Lavelle ha podido encontrar aquella que Kierkegaard llama la “dialéctica inver-sa” del espíritu, es decir, la “reduplicación cualitativa” que comporta la existencia en el Santo, como ya en Cristo, Modelo de los Santos, de aspectos opuestos y con-trario; de humildad y grandeza, de sabiduría y locura, de actividad y contempla-ción: esto, porque “en el Santo hay una naturaleza nueva que en lugar de oponer-se a la otra se une a ella porque la espiritualiza”»: FABRO, C., CPS., *Presentazione*, en LAVELLE, L., *Quattro Santi*, Brescia 1953 [1951], 12 [Traducción nuestra].
267. Así afirma el Padre Petitot en su estudio acerca de Santa Teresita:
 «En étudiant la *Somme* de Saint Thomas d'Aquin, en méditant la philosophie pas-calienne, en analysant d'assez près dans des articles et des monographies, diverses vies de saints, nous avons toujours reconnu que la vie héroïque e la sainteté suppo-

sent essentiellement des vertus contraires ou complémentaires. On n'admire pas en effet l'*excellence* d'une vertu chez un saint sans rencontrer l'*excellence* de la vertu complémentaire. Et ce sont précisément ces vertus opposées, équilibrées, qui constituent toute l'économie de la sainteté. Si jamais des héros et des saints ont allié en une synthèse harmonieuse les vertus contraires ou complémentaires, ce sont les héros, les saints du christianisme. Nous appelons [...] *antinomie positive*, l'opposition des vertus apparemment incompatibles, mais qui en fait se concilient dans un principe supérieur»: PETITOT, L.H., OP., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, La Revue des Jeunes, Paris 1925, 16-17.

Cfr. GOFFI, T., *Antinomias espirituales: trama antinómica entre las virtudes*, en NDE., 68-71.

268. Acerca de Santa Teresa de Lisieux, Santa Edith Stein afirma en una carta dirigida a una hagiógrafa de la Santa de Lisieux:

«Lo que usted ha escrito acerca de Teresita me ha sorprendido [...] Mi impresión era sólo que aquí hay una vida humana modelada hasta el final y exclusivamente por el amor de Dios. Yo no conozco nada más sublime y, en la medida en que es posible, de ello quisiera impregnar mi vida y la vida de todos aquellos que me rodean»: STEIN, E., Carta 125 (17 marzo 1933) a Sor Adelgundis Jaegerschmid OSB. [citado en SESÉ, J., *Sabiduría y Santidad: Teresa del Niño Jesús y Edith Stein*, ScTh, 29 (1997) 802].

269. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 156.

Cfr. GOMIS, J., *Vida y corrientes en la espiritualidad contemporánea*, en AA.VV., *Historia de la Espiritualidad*, II, Juan Flors, Barcelona 1969, 594.

270. Bien señalaba Chesterton:

«La sal preserva a la carne, no porque es semejante a la carne, sino porque le es desemejante. De ahí que cada generación es convertida por el Santo que más le contradice»: [Texto citado en SAENZ, A., SI., *Arquetipos cristianos*, Fundación Gratis Date, Pamplona 2005, 12].

271. Pier Giorgio Frassati, de noble familia del Piamonte (su padre Alfredo fundó y dirigió el periódico de Turín *La Stampa* y fue senador y embajador en Berlín), muy activo y miembro de diversas asociaciones católicas, murió a los veintitrés años en 1925. Fue beatificado el 20 de mayo de 1990 por Juan Pablo II.

Véase, COJAZZI, A., *Pier Giorgio Frassati*, SEI, Torino 1928 [recensión: CC, 79/II (1928) 345-347]; DELL'ACQUA, G., *Pier Giorgio Frassati*, VP, XIX (1928) 354-360; ANÓNIMO, *Pier Giorgio Frassati*, MDom, 45 (1928) 439-441; MARMOITON, V., *Pier Giorgio Frassati*, Apostolat de la Prière, Toulouse 1932; FERNÁNDEZ, C., OP., *Pier Giorgio Frassati*, LVS, XXVI (1933) 125-141; FOSSATI, M., *Nella luce della santità*, OR, 31 maggio 1936, 35-36; OLMO, G., *Il pane di Pier Giorgio Frassati*, VCr, IX (1937) 78-84.

272. Acerca de Contardo Ferrini, véase, PELLEGRINI, C., *La vita del prof. Contardo Ferrini*, SEI, Torino 1921 [recensión: CC, 79/II (1928) 345-347]; OLGATI, F., *La santità di Contardo Ferrini*, SCt, XLIX (1921) 116-127; MARTÍNEZ, L., *La figura morale di Contardo Ferrini*, VP, XIX (1928) 45-51; ALBERTARIO, E., *Contardo Ferrini: l'uomo e lo scienziato*, VP, XIX (1928) 497-503; ORSENIGO, C., *Per la beatificazione di Contardo Ferrini*, VP, XIX (1928) 257-261; ANÓNIMO, *Intorno alla «Vita» ed alle «opere» del prof. Contardo Ferrini*, CC, 80/II (1929) 128-136; PORTALUPPI, A., *L'anima religiosa di Contardo Ferrini*, Vita e Pensiero, Milano 1930 [recensión: STer, XXIII (1934) 663-664]; CORSANEGO, C., *Il Ven. Contardo Ferrini*, Fiorentina, Firenze 1931; OLGATI, F., *Il Santo delle Alpi. Contardo Ferrini Venerabile*, VP, XXII (1931) 349-354.

Muchos fueron los ejemplos de santidad entre el laicado a finales del siglo XIX y principios del siglo XX entre los cuales podríamos señalar a Paulina Jaricot, Federico Ozanam, Gemma Galgani, Isabel Leseur, doctor Necchi y Matt Talbot. Cfr. MARTINDALE, C.C., SI., *Santos sin el «San»*, en ID., *Los Santos*, Encuentro, Madrid, 1988 [1932], 143-150.

Junto a ellos, se fue desarrollando una nueva forma de vida laical, los Institutos seculares, que daba la posibilidad de vivir los consejos evangélicos a personas que viven en medio del mundo. Esta realidad eclesial fue ya indicada por León XIII en 1889 en el Decreto *Ecclesia Catholica* [ASS, XXIII (1890/91) 634-636].

Von Balthasar señalará la insistencia en la teología de los consejos evangélicos como la tercera de las grandes tendencias que podrían encontrarse en su obra. «Mostrar que no contienen fuga alguna del mundo, porque se trata de dedicarse a la salvación del mundo, siguiendo a Cristo y a su donación eucarística. Teresa de Lisieux lo comprendió admirablemente»: VON BALTHASAR, H.U., *Discurso de Von Balthasar (en la entrega que se le hizo del premio «Pablo VI»)*, ORE, 22 julio 1984, 2.

273. Cfr. CIVARDI, L., *Apóstoles en el propio ambiente*, Gili, Barcelona 1956, 3ª ed. [1939], 57

Cfr. *Hacia al canonización de un jefe de estación*, BOEAZ, LXV (1925) 410-411.

274. Cfr. PLUS, R., SI., *La santidad católica...*, 148-149.

275. Véase, MERTENS, XAV., SI., *Une martyre de 14 ans. Anne Wang de Ma-kia-tchoang*, Lethielleux, Paris 1935; VON HERTLING, L., SI., *Utrum pueri canonizari possint?*, PrMCL, 24 (1935) 67-73.

Véase algunos estudios posteriores como: LELIÈVRE, V., *Les jeunes peuvent-ils être canonisés?*, Téqui, Paris 1984; ID., *La canonizzabilità dei ragazzi Confessori*, en AA.VV., *Miscellanea...*, 265-297.

276. Son muy numerosos los estudios de la época que tratan sobre la relación existente entre dos o más Santos. Véase, COUANNIER, H.M., *L'âme de Saint François de Sales révélée par Ste. Jeanne-Françoise de Chantal*, Annecy 1922; BAYLE, C., *El Espíritu de Santa Teresa y el de San Ignacio*, RF, 63 (1922) 5; TAURISANO, I., OP., *Santa Caterina da Siena, e il Beato Andrea Franchi*, MDom, XXXIX (1922) 3-20; MONIER-VINARD, H., *Le Bx Cardinal Bellarmin et Saint François de Sales*, RAM, IV (1923) 225-242; MAIRE, E., *Le baiser de Saint François et de Saint Dominique*, Lethielleux, Paris 1926; FEI, R., OP., *San Francesco d'Assisi e Santa Caterina da Siena*, MDom, 43 (1926) 373-385; FEI, R., OP., *San Francesco d'Assisi e Santa Caterina da Siena*, MDom, 43 (1926) 373-385; GEMELLI, A., OFM., *San Ambrogio e San Agostino*, VP, XXI (1930) 392-400; CLAUDEL, P., *Sainte Jeanne d'Arc et Sainte Thérèse de Lisieux*, LVI, XII (1931) 289-296; GARRIGOU-LAGRANGE, R., OP., *Saint Albert le Grand, théologien et précurseur de Saint Thomas*, NV, VIII (1933) 35-44; DE LA COLINA, J.Mª., *Mónica y Agustín*, MCJ, LXXVIII (1933) 139-154; BOSCO, J., San [1815-188], *L'amicizia di due Santi [Ciò che scrisse San Giovanni Bosco dell'amico San Giuseppe Cottolengo]*, Opera Pia Cottolengo, Pinerolo 1934; DEPLANQUE, L., *Saint Vincent de Paul et Sainte Louise de Marillac*, 1936.

277. Véase, por ejemplo, MARINI, *Il primato di San Pietro e de'suoi successori in San Giovanni Crisostomo*, Vaticana, Roma 1926, 2ª ed.; FORGET, J., *Le témoignage de Saint Irénée en faveur de la primauté romaine*, EThL, V (1928) 437-461; TESTORE, C., SI., *Il primato spirituale di Pietro difeso del sangue dei martiri inglesi*, Macioce e Pisani, Isola del Liri 1929; ANÓNIMO, *Il Beato Claudio de la Colombière d.C.d.G., direttore spirituale di Santa Margherita M. Alacoque (1641-1682)*, CC, 80/II (1929) 490-505; ANÓNIMO, *I novelli Beati. martiri inglesi difensori del primato romano*, CC, 80/IV (1929) 481-494, 81/I (1930) 125-138; SANTINI, P., *Il primato e l'infallibilità del Romano Pontefice in San Leone Magno. I suoi scritti, la sua dottri-*

- na, Italo-Oriente, Grottaferrata, 1936; BEYLARD, H., SI., *La vie et la mort heroïque de Saint André Bobola, Jésuite polonais, martyr de l'Unité Catholique (1590-1657)*, Spes, Paris 1938; BUTLER, Ch., *Catholic and Roman: the witness of St. Cyprian*, DR, 56 (1938) 127-144.
278. GIULIOTTI, D., *Prefazione*, en HELLO, E., *Profili di Santi*, Firenze 1930, XV [Traducción nuestra].

ÍNDICE DEL EXCERPTUM

PRESENTACIÓN	11
ÍNDICE DE LA TESIS	17
BIBLIOGRAFÍA DE LA TESIS	21
ABREVIATURAS DE LA TESIS	43
LA UNIÓN ENTRE VERDAD, BIEN Y BELLEZA: EL TESTI- MONIO DE LOS SANTOS	51
1. EL TESTIMONIO CRISTIANO	53
1.1. El testimonio cristiano, don divino	54
1.2. El testimonio cristiano, acción divina y humana	55
2. EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS	58
2.1. La continua presencia de los Santos	59
2.2. Identidad del Santo cristiano	63
2.3. La misión de los Santos	66
3. EL CRISTIANO ANTE EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS	73
3.1. El culto debido a los Santos	73
3.2. La naturaleza de la imitación cristiana en cierta literatura de la época	75
4. LA CIENCIA HAGIOGRÁFICA Y LITERATURA HAGIOGRÁFICA A COMIEN- ZOS DEL SIGLO XX	83
4.1. Los Bolandistas y la obra de Hipólito Delehaye [1859-1941] ...	84
4.2. Los diccionarios hagiográficos	85
4.3. La santidad propuesta en la literatura hagiográfica de la época ...	86
NOTAS	93
ÍNDICE DEL EXCERPTUM	119